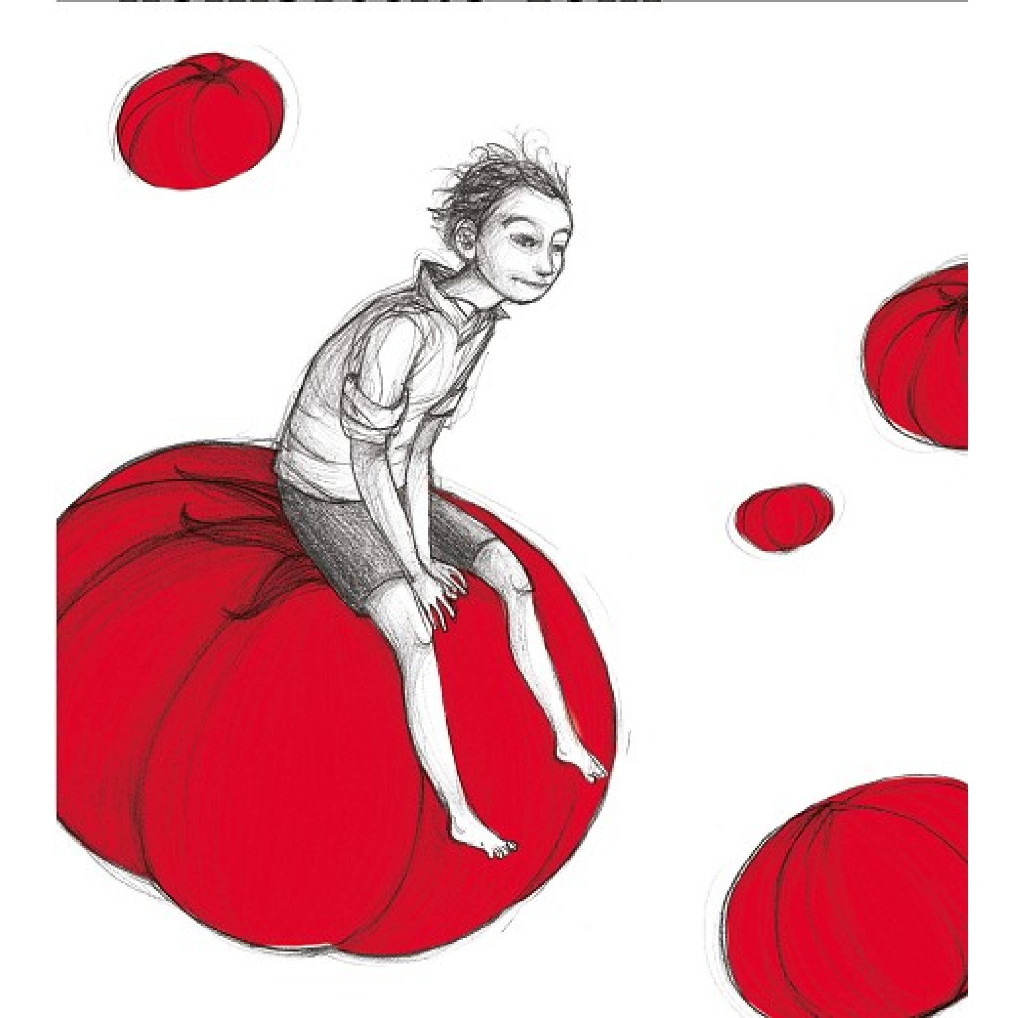
Seix Barral Biblioteca Formentor

Barbara Constantine

Tom, pequeño Tom, hombrecito Tom



Índice

A Raphaël, el último en llegar.
Pero también a todos los demás.

1

A FALTA DE TORDOS...

Ella sigue de mala leche. Lleva así tres días, por lo menos. Puede que tenga la regla, se dice él. La palabra le hace sonreír. Regla... En todo caso, sabe que cuando la tiene es mejor echar el freno. Obedecer sin rechistar. Y eso es lo que hace ahora. Lo que ella le ha pedido. Quieto, apenas respira. Pero ya hace un buen rato que está así, y no había previsto esa piedrecita, puntiaguda, sobre la que se ha tumbado sin querer. Y empieza a metérsele entre las costillas, la capulla. Le gustaría deslizar la mano que tiene libre y sacarla. Pero el cordel que sostiene con la otra vibra con cualquier movimiento. Y menos ahora, podría echarlo todo a perder. Así que, para aliviar ese dolor puntiagudo, intenta desplazar suavemente el peso de su cuerpo y...

¡Zas! Le ha dado. Joss tiene la mano larga. En voz baja, gruñe:

—¡Te he dicho que no te muevas!

—Pero tengo una piedra...

—Me da igual. Que no te muevas, y punto.

No se mueve. Y se calla la boca. Sólo mueve los ojos, que pestañean rápidamente para no llorar. La piedra se clava en sus costillas. Le duele cada vez más. Intenta pensar en otra cosa. Tiene la mejilla ardiendo. Debe de estar súper roja. Le pica. Joder, Joss no se anda con chiquitas. A Tom se le hace un nudo en la garganta. Así que se concentra en... las hormigas que pasan por delante de su nariz. Entre varias se han puesto a transportar una cosa enorme, por lo menos veinte veces más grande que ellas, una cagarruta de conejo, quizá...

Joss no lo mira. Le sabe mal. Tal vez lo podría haber evitado, se dice. Pero es que él también... es agobiante, no

para de moverse. Le había dicho que esto podía durar, no escucha nunca… ¡Ah!, mira, uno… Uf. A ella también se le estaba haciendo demasiado largo. Es hermoso, gordito. Se acerca. Sigue la hilera de grano que ella le ha dejado preparada… Joss pellizca el brazo de Tom, muy fuerte. Le clava las uñas. Él se tensa. Fija la mirada en el mirlo que avanza a saltitos hacia ellos. Se para. Vuelve a avanzar. Ay. Ha visto algo… No, vale. Sigue. Tres saltitos hacia adelante… Gira la cabeza hacia la derecha. Hacia la izquierda. Otros tres saltitos. Y Joss grita…

—¡Ahora!

Tom tira del cordel con un golpe seco. La trampa cae y enjaula al mirlo.

Joss se levanta de un salto.

—¡Y cuatro!

Besa la mejilla al rojo vivo de Tom, le hace cosquillas en el cuello, riéndose.

—Venga, ¿no? No pongas esa cara, pequeño.

Él prefiere que esté de buen humor, así que sonríe. Joss saca el mirlo de la trampa, lo acaricia suavemente. Le roza las plumas de la cabeza con sus labios, delicada. Y, con un gesto seco, le retuerce el pescuezo.

—Menudo festín —dice.

Tom se ha girado para no verlo.

—¡Pero si no sufren, ya te he dicho que no les da tiempo! ¡Es demasiado rápido! Qué finolis te has vuelto…

A falta de tordos…

Despluman los mirlos. Dos cada uno. Y los limpian. Joss le cuenta que hay gente que se come los pájaros sin limpiarlos. Que los cuelgan de las patas con un cordel y los dejan así bastante tiempo, maniéndose. Y que cuando están maduros y caen, se los zampan. Sin cocinarlos ni nada. Se parte de risa al ver la cara que pone Tom. Pero él no le cree, porque comerse pajaritos podridos con sus tripas y todo dentro es casi imposible.

—Que sí, de verdad.

—Sí, claro, y yo me chupo el dedo.

Tom termina de vaciar su segundo pájaro. Tiene ganas de vomitar y sale corriendo. Joss se burla.

—Aléjate para devolver. Que si no va a apestar hasta en la casa.

Tom se encoge de hombros. Ésa sí que es buena. Llamar casa a esta lata prefabricada y grasienta...

Ella, ya desde dentro, le grita:

—No quedan patatas. ¿Vas a buscar?

Tom se monta en su bici y pedalea un poco antes de contestar.

—Vale, mamá, voy.

Joss, de pie en la puerta, las manos en las caderas y el ceño fruncido, gruñe.

Aunque él ya se ha alejado.

—Deja de llamarme así, Tom. Como te coja...

2

EL JARDÍN DE LOS VECINOS...

No le hace falta escuchar lo que dice. Ya lo sabe. Detesta que la llame mamá, eso es todo. Y gruñe cada vez que se lo dice: «Deja de llamarme así, Tom...», con ese aire suyo de «como te coja, vas a ver lo que es bueno». Pero le hace gracia hacerle rabiar.

Tumba la bici sobre una cama de hierba. Y camina hasta la pequeña valla. Despacio, aguza las orejas. Bien. No hay moros en la costa. De cabeza por el boquete. Fácil. Joss lo intentó el otro día, pero no pasó. Se quedó atascada por culpa de los pechos. Ella dice que su talla de sujetador es fácil de recordar: *100, 100D, ¡enciende!* Joss dice también que tenerlos tan grandes es un *handicap*. Aunque no siempre. A veces tiene ventajas. Y no le importa aprovecharlas.

En el huerto, Tom camina a resguardo de la valla. Conoce bien el sitio. Lo inspecciona desde lejos, y se decide. Corre por la vereda. Se agacha, en cuclillas, delante de una mata. Tira de ella muy suavemente. Hurga en las raíces. Saca cuatro patatas. Entierra la mata de nuevo. Aprieta bien la tierra de alrededor con el pie y se va. Mete la cabeza por la valla, pero en el momento de sacarla, se queda helado. Está el dueño.

Bueno... tampoco hay que exagerar, sólo está su gato. Aunque es verdad que se parecen mucho. Es sorprendente. Los dos tienen la espalda tiesa y el ceño siempre fruncido. De momento, el gato sigue sentado, mirándolo fijamente. Tom baja la mirada. El gato le impresiona. Para excusarse, saca las cuatro patatas de los bolsillos, como diciendo: «Que

sólo he cogido esto...» El gato se levanta, camina lentamente hacia él. Anda con tres patas. Tiene una cortada. Avanza sin quitarle ojo a Tom, y luego..., de un salto, se escurre bajo la valla y desaparece.

Tom suspira. Por los pelos.

3

LOS PROGRAMAS DE LA TELE

Tras el almuerzo, Tom regresa a casa de los vecinos. Se coloca, a escondidas, bajo las ventanas. Le gusta escucharlos. Son un poco raros. Entre ellos se tratan de «usted». Y se hablan siempre muy educadamente, incluso cuando están enfadados. Además, el marido tiene un acento inglés bastante gracioso.

Justo ahora, discuten del programa de la tele.

—¿Qué quiere ver esta noche, Odette? ¿Una película?

Tom cierra los ojos y piensa con fuerza: «Ah, sí, buena idea...»

—Ah, sí, buena idea.

—Espera, voy a mirar la programación. Hay un documental en la otra cadena. Veamos el resumen: «En la periferia de las ciudades...»

Tom suspira... «Oh, no, no me interesa nada eso...»

—Oh, no, no me interesa absolutamente nada, Archibald. Mejor la película. A menos que usted prefiera ver el documental, claro.

Tom sonríe... «Sus deseos son órdenes...»

—Sus deseos son órdenes, ya sabe.

Tom se entusiasma. Qué fuerte, la telepatía. Y lo intenta una última vez, antes de irse: «¿Le sirvo un cóctel, querida?»

—Le sirvo un whisky...

Tom arruga la cara.

—¿... o prefiere un cóctel, *my darling*?

¡Ah, menos mal!

Tom vuelve corriendo para contarle a Joss la programación.

Ella está pintándose, con un lápiz, una línea negra bajo

los párpados.

—Joder. Aquí sigo...

A Tom no le gusta ver cómo se maquilla. Eso quiere decir que...

—Tengo ganas de salir esta noche, pequeño Tom.

Él pone mala cara.

—A tomar una cerveza bien fría. ¿Quieres venir?

No tiene ganas, pero bueno...

—De acuerdo.

Joss conduce el vespino. Detrás, en bici, Tom se agarra a una punta de su jersey. Ella acelera cada vez más. Él sostiene a duras penas el manillar con una sola mano. Y acaba por soltar el jersey.

—¿Estás tarado? No ha faltado nada para que nos rompamos la crisma.

Acelera mucho más y por encima del ruido del motor grita sin girarse:

—¡Me voy delante! Así aprenderás a no soltarte sin avisar.

Tom pedalea con todas sus fuerzas. Es una putada que lo deje así, solo. La bici no tiene luces y es casi de noche. Y además, el bar todavía queda lejos.

Llega, aparca la bici junto al vespino, pasa por delante de la cristalera, lentamente.

Tiene mucha sed, pero no se atreve a entrar. Dentro del bar ve a Joss, hablando con unos chavales y bebiendo cerveza. Ellas se ríen mucho, ella y su amiga Lola. Se les oye incluso fuera. Él se sienta en un banco. Mira las estrellas y las luces de las casas que se apagan poco a poco. Aquí la gente se acuesta pronto. El dueño del café sale y baja la persiana metálica.

Y Tom se duerme.

—¿Que qué haces aquí?

Tom se sobresalta. Joss lo sacude como a un ciruelo.

—¿Por qué no has ido a acostarte? ¿Has visto la hora

que es? Cómo se puede ser tan burro…

4

¿USTED TAMBIÉN SE HABÍA DADO CUENTA?

En casa de los vecinos...

Odette se asoma a la ventana de la cocina. Ve a Archibald a cuatro patas en medio de las matas de patatas. Para no aplastarlas, tiene una pierna en el aire, como si fuera un perro meando contra un árbol. A Odette le parece divertido. Rompe a reír y grita:

—¿Ya ha encontrado el hueso, Archibald?

Él se gira gruñendo. No le hace gracia. Ni siquiera sonríe. De todas formas, tampoco ha entendido lo que le ha dicho. Además, ya no está tan ágil. La espalda le está haciendo sufrir mucho.

—Hay un curioso animal que visita nuestro jardín. Un animal que camina a dos patas y que calza un 35. Le encantan las verduras y las frutas, ¿se ha dado cuenta?

Odette mueve los ojos.

—Sólo son unas cuantas pata... —Se calla.

Archibald se detiene.

—Ah. Entonces usted también se había dado cuenta.

La invita a dar una vuelta por el jardín. El gato de tres patas los sigue. Se paran delante de la mata arrancada y que con tanto cuidado Tom ha puesto otra vez en su sitio. Sonríen, divertidos. Salvo el gato, claro. La mata empieza a marchitarse. No le ha gustado mucho que la manoseen. Archibald la acaricia.

—Nunca se sabe. ¿Quizá vuelva a crecer?

—Sí, quizá. Miraré en el libro de jardinería.

Dan una vuelta por el lado de las zanahorias. Archibald muestra a Odette una zanahoria abandonada, en mitad del camino. Está medio mordisqueada.

—Estaba ahí ayer por la tarde. La famosa muerte del conejo, ¿no?

Ríen.

—Qué suerte. Vamos a poder estudiar de cerca la fauna local. Aprender un montón de cosas interesantes sobre la vida y las costumbres de los animales salvajes, Archi. Apasionante.

A continuación Archibald va a por su cámara de fotos, hace una foto de la zanahoria mordisqueada y otra de la mata replantada. Para el álbum: *Nuestro primer año en el campo y otras aventuras, by Archibald and Odette*.

Y Odette mira su manual de jardinería, pero no encuentra nada sobre el cuidado de plantas arrancadas y después replantadas. Parece que eso no está previsto.

5

REENCUENTROS

Espera, inmóvil, a pocos metros de la puerta.

Normal. Un tío que está esperando.

Un poco antes, ha querido darse un aire como de...; ha ensayado un aire indolente. Las manos en los bolsillos del pantalón, los hombros un poco subidos, la cabeza inclinada a un lado... Psé, no está mal.

Cabreado: brazos cruzados, mentón recto, ojos entrecerrados... Buá. Pero enseguida se ha preguntado: ¿por qué enfadado, en el fondo? Y, en efecto, como no ha encontrado un motivo razonable, lo ha dejado estar.

Luego ha querido parecer un vacilón. ¿Es así un vacilón? Pero no ha insistido mucho, porque tampoco tenía muchas ganas de dar esa imagen. Así que ha decidido plantarse al borde de la carretera, sin pose alguna. Sólo él, inmóvil y natural.

No es fácil, con traje negro, corbata negra, camisa blanca...

Espera. Desde hace más de media hora.

El ruido de un vespino se acerca. Una descarga de aire frío le recorre de golpe toda la columna vertebral. Se pregunta, aterrado, si al final no habría sido mejor elegir una pose... Ahora, seguro que da una imagen de... No tiene tiempo de saber de qué, el vespino aparece en lo alto de la cuesta. Ya está. Es ella, seguro. Segunda descarga de aire frío por la espalda. De lejos, ve que ella lo ve esperando, inmóvil delante de su puerta. E imagina que debe de pensar: ¿quién será el enterrador ese que está delante de mi puerta esperando? Siente que ella quiere dar media vuelta. Y le da miedo que lo haga. No, no lo hace. Y... joder, ya

está, lo ha reconocido.

Se baja del vespino, se quita el casco, despacio, lo mira, pero no se acerca. Él sigue igual, inmóvil. No había pensado que se quedaría petrificado hasta tal punto. Siente que ella desconfía, pero sin estar seguro del resto de sensaciones. Ella aprovecha el tiempo muerto para recomponerse del canguelo que la invade. Se repone del primer subidón, y se vuelve de piedra. Todo en dos segundos y medio, que parecen horas. Evidentemente.

—¿Eres tú?

—Pues claro.

—¿Cómo lo has hecho?

—¿Hecho el qué?

—Encontrarme.

—Bueno, un poco por azar, de hecho...

—Sí, sí, cómo no. Y, para empezar, ¿por qué vienes vestido todo de negro?

—Salgo del curro...

—¿Vestido como un enterrador?

—Pues sí... eso es lo que hago ahora, más o menos.

—Ah, vale. ¿Y es divertido, el curro?

—Pasable.

A él le parece que ella pregunta un poco a lo tonto. Aunque, de momento, pasa. Hace tanto tiempo que intentaba imaginarse este reencuentro. Y... ¡bingo! Ahí está. A punto de vivirlo de lleno. No es el momento de hacerse el fino, ni de comerse demasiado el coco. Lo importante es que están ahí, uno enfrente del otro, que se miran... ¡Y que se reconocen! Porque no era tan fácil. Después de doce años sin escribirse, sin llamarse por teléfono, sin fotos ni nada. Ella apenas tenía trece años. Ahora, veinticinco. Normal, los cambios. A simple vista ha crecido un poco y también ha echado caderas. Su pelo no es, para nada, del mismo color. Ni su corte. Una mujer, vamos. Sólo una cosa sigue igual. Sus pechos. Ya eran así a los trece. Unas tetas pasmosas. Unas tetas hermosas. Hermosas, hermosas... Mierda, ya está, ya no puede quitarles ojo, Dios santo...

De repente, ella se enfurece. Ya le parecía que no había cambiado mucho… pero ahora, de pronto, está segura. Porque hacía años que ella también se preguntaba qué pasaría el día que se reencontraran. Y jamás había conseguido imaginar que pudiera salir bien. También es el canguelo, en parte. Porque Samy no es que sea lo mejor que le ha pasado en su vida. En todo caso, ya está. Él está ahí, delante de ella… y nada. Se lo piensa, pero lo tiene claro. Ni frío ni calor. Un alivio. Así que, tranquilamente, le da la espalda y le pone el caballete al vespino.

—Bueno, ¿y entonces?

—¿Entonces qué?

—Pues que… ¿qué es lo que quieres? ¿Para qué has venido?

—Quería verte, Joss, sólo eso.

—Bueno, pues ya está, ya me has visto. ¿Contento? Pues venga, hasta luego.

Le da la espalda y se va.

Eso lo deja todavía más de piedra. No había previsto esta parte del guión. Últimamente, se inclinaba más bien por esta otra: nos miramos, emocionados, se oye de fondo la canción *When a man loves a woman*, que sube lentamente, y para acabar los besos, el magreo de tetas y unos revolcones en una cama o cualquier otro sitio en posición horizontal. Pero esto, esto no tiene nada que ver con ninguna de las versiones que él se ha imaginado, y le cuesta aceptarlo. La ve alejarse.

—¡Joss! Espera. Podríamos hablar un poco…

Ella sale corriendo, entra en la caravana y cierra rápidamente tras ella. A su vez, él empuja, golpea la puerta con el hombro, le salta encima y la tumba. Ella forcejea. Intenta arañarle la cara. Él la agarra del pelo, la arrastra por el suelo. Ella quiere gritar, pero no le sale la voz. Escupe, como si fuera un gato. Él la abofetea. Ella tiene miedo. Le empieza a arrancar la ropa.

La puerta se abre a su espalda, pero no la oye. Ya no oye nada. Se ha vuelto loco.

—Señor, déjela.

Tom mismo se sorprende de la fragilidad de su voz. Y, evidentemente, no ocurre nada. El hombre sigue con lo que ha empezado.

Sólo cuando el cañón de la escopeta toca su nuca, Samy por fin se está quieto.

—La dejo, vale, yo la dejo...

Muy lentamente, Samy se pone en pie, con las manos en alto y se gira para hablar con el de la escopeta.

—Pero ¿qué haces tú con eso?

—Váyase, señor.

—De acuerdo, pequeño, de acuerdo. Pero deja eso primero, ¿vale?

—Si no se va, tiro a dar.

—¡Tom! ¿A qué viene esa escopeta? Escúchame. Se va, Tom. Déjalo irse. De verdad, no te preocupes...

—Pero te estaba haciendo daño.

—No, no. Mira, no tengo casi nada. ¿Ves? Todo bien. Se va ahora mismo. Ves, se va.

—Sí, sí. Me voy...

—Más rápido, por favor.

—Vale, ya está...

Samy baja la escalera a trompicones, con las manos todavía en alto.

—Joss, ¿quién es este crío?

—Mi hermano pequeño...

—Pero no sabía que...

—Pobre gilipollas, hay tantas cosas que no sabes...

Se aleja.

—Zorra.

—No vuelvas nunca, Samy. ¿Me oyes? ¡Nunca jamás!

Camina por la carretera sujetándose el pantalón con una mano. Le falta el botón de la bragueta y la cremallera está rota. Justo hoy que no se ha puesto cinturón... Un poco atontado, masculla sin parar: «Qué coño he hecho, soy idiota... mierda.. ya está, soy idiota... pero joder... qué mierda he hecho...»

Joss, todavía sin aliento tras una enorme y nerviosa carcajada, pregunta a Tom de dónde ha sacado la escopeta. Le responde que la ha encontrado en un desván abandonado. Ella frunce el ceño. Pero Tom no le deja tiempo para que se enfade y le pregunta sobre la marcha quién es ese hombre que la ha golpeado y le ha arrancado la ropa; a continuación ella le responde: nadie. Él le muestra que la escopeta no está cargada. Ella le pide que por lo menos la devuelva a su sitio. Él dice que vale. Y en eso quedan.

Por ahora.

Esa misma noche, Joss tuvo fiebre. Tom, preocupado, le llevó agua y le pasó un trapo húmedo por la frente. Tiritó y castañeteó los dientes un buen rato. Luego, se durmió en brazos de su hombrecito. De su pequeño Tom.

6

MADELEINE

Joss ha hecho la lista de la compra:

2 pueros (con una sola r)
2 zanaorias (sin h)
2 huevos (qué raro, está perfecto)
1 gallina (demasiado fácil)

A Tom se le salen los ojos.

—¿Una gallina?

Joss se ríe.

—Que no, que es una broma. Aunque si tuviéramos dos o tres gallinas aquí, tampoco estaría tan mal...

Tom está bastante de acuerdo, aunque si «aquí» en parte también es «de momento», ¿qué harían con las gallinas el día que se muden? Un piso no es lo mejor. Se cagan por todos sitios, apestan y cacarean a todas horas. A veces Joss tiene unas ideas muy curiosas.

—Esta noche voy a volver tarde, pequeño. Hazte lo que sobre del mediodía.

—Vale.

Al final del día, Tom sale a hacer la compra.

A la búsqueda de nuevos jardines.

Se pasa un cuarto de hora largo dando vueltas. Un sitio que no tiene pinta de estar habitado. Se equivoca. Un poco más lejos, hay una casa vieja, sin luz. Deja su bici sobre la cuneta y sigue a pie. Se acuclilla detrás de un matorral y escucha. No se mueve nadie. Si hay un jardín, debe de estar por detrás. Se acerca despacio. Nada. Espera un poco más, luego avanza ya abiertamente, a pecho descubierto. Un

gemido. Sorprendido, corre a esconderse detrás de un gran árbol. Otro gemido y luego el llanto...

—... No... no... Oh, no...

Tom se quiere ir. Pero el llanto vuelve...

—... Socorro...

Es una voz débil. La voz de una mujer. De una mujer muy mayor. Que tiembla. Tom intenta ver algo. Y lo consigue: un montón de ropa en el suelo, entre coles. Pero los gemidos vuelven. Sin duda, salen del montón de ropa.

—... me he hecho daño... Oh...

Tom se dice a sí mismo que no puede dejar así a la pobre vieja, sola, en medio del jardín, llorando. Pero por otro lado, cuando la haya ayudado a levantarse, seguro que le va a preguntar que a qué venía a su casa a estas horas. Y a eso, no sabrá qué contestar. Y corre el riesgo de que ella se cabree. Quizá quiera llamar a la policía, o a los vecinos. Y contra eso, Joss ya le ha advertido. Si lo pillan, se acabó. Ella no podrá hacer nada por recuperarlo. Irá directo a la Dirección General de Atención a la Infancia. «Y si pasa eso, pequeño Tom, más vale morirse, antes que irse con esa gente.» Y él sabe que cuando Joss habla así, no le miente. La DGAI. Entendido. Todo menos eso.

Se levanta y empieza a alejarse. Pero la anciana sigue quejándose, sola en el suelo, en medio del huerto. Tom se tapa los oídos para no escucharla y corre.

Veinte metros después, se para. Ha cambiado de opinión.

Se acerca muy despacio.

—¿Señora?

Ella gime.

—¿Señora? ¿Me oye?

No tiene pinta de oír mucho. Tom piensa que quizá sea sorda. ¿O quizá es que él habla demasiado bajo?

—¿Señora? ¿La puedo ayudar?

Ella se sobresalta y abre los ojos como platos. Luego lo coge del brazo y se agarra a él como una arpía. Él intenta separarse. Ella jadea. Le da mucho miedo. Parece realmente una bruja, con esos ojos desorbitados.

—¡Ayúdame, ayúdame! Oh, sí, por favor, pequeño.

Gracias, ¡estoy a salvo!

Ella lo agarra fuerte. Tom no consigue soltarse.

—Oh, sí… llevo aquí desde ayer por la tarde. Creí que me iba a morir. Y al final llegas tú, pequeño hombretón.

Él cree que ha dicho pequeño hombre Tom, claro. Y los pelos de la cabeza se le erizan. ¿Cómo sabe ésta su nombre? Seguro que es una bru…

—Tengo sed. Ayúdame.

—Voy a por agua, señora. Pero me tiene que soltar, si no no voy a poder.

Ella duda.

—¿Vas a volver?

—Sí, sí… voy a volver.

—¿Seguro?

—Claro que sí, seguro.

Ella lo suelta y él recula de un salto. Lo mira, implorante.

Tom echa a correr. Que le va a traer el vaso de agua, se va diciendo, pero que luego se irá. Entra en la casa. Un fuerte olor a pis de gato le da en la nariz. Junto a la estufa apagada hay un viejo perro durmiendo enroscado como una bola. Tom se acerca. Y ve que entre las patas del perro hay también un gato, muy viejo, con todo el pelo apolillado. Los dos viejos, que se dan calor. Tom pasa pegado a ellos, coge un vaso de la mesa, lo llena del grifo y pasa otra vez por su lado. No se han movido. Tom se inclina. Se ve que están vivos porque respiran. Pero deben de estar sordos, los dos.

Y tiemblan de frío.

Tom mete leña en la estufa y reaviva el fuego. Y regresa al jardín con el vaso de agua. Es casi de noche ya. Y tarda en encontrar el camino.

—¿Dónde está, señora?

—Aquí, pequeño. Aquí.

La ayuda a beber. Está más tranquila, ahora. Ya no intenta agarrarse a él con los dedos como garfios, ni tiene los ojos tan desorbitados. Y a Tom ya no le da miedo.

Por un momento, se queda mirándolo.

—Eres un buen chico.

Él mira para otro lado, un poco cortado.

—Digo, no creo que yo solo pueda llevarla hasta la casa. Tendría que ir a buscar a alguien.

—¿Y con la carretilla?

Tom suspira.

—Bueno, de acuerdo. Voy a intentarlo.

La señora es muy bajita y no pesa casi nada, pero aun así le cuesta un montón. Porque huele terriblemente mal. Y no quiere ni tocarla. Sobre todo por detrás, tiene la falda empapada. Sin poder ir al baño desde ayer, es normal que se lo haya hecho en las bragas, se dice. Lo que no quita que sea igualmente asqueroso. Si Joss estuviera aquí, sabría qué hacer. En su curro, le toca asear a la gente. A veces incluso le cuenta, riendo, historias sobre los viejos a los que atiende. Las historias son horribles, pero Joss muchas veces se ríe traviesamente.

Tom ha encontrado una lona y tapa a la señora. Consigue subirla a la carretilla y empujarla de golpe hasta la entrada. Se sienta en los escalones. Recupera el aliento.

Con la luz de la casa, se da cuenta de que la señora es todavía mayor de lo que creía. Parece que tenga cien años. Se le pasa por la cabeza que podría morirse ahora mismo, delante de él. De vieja. O de hambre, quizá... Está tan delgada. Entra corriendo, coge un mendrugo de pan que rueda por la mesa, vuelve y se lo da. Ella se lo lleva con avidez a la boca, pero está tan duro que no puede morderlo.

—Habría que mojarlo en agua para reblandecerlo. A todo esto, ya no sé dónde he metido los dientes.

Lo dice muerta de risa. Tom la mira sorprendido.

—Mi dentadura... Se me ha debido de caer por el jardín.

—Quiere que vaya a...

—No, ya está bien así.

Tom le da el pan hecho papilla. Lo engulle. Con la boca llena, levanta la cabeza de golpe.

—¿Y mis animales? ¿Los has visto?

—¿El perro y el gato? Están durmiendo al lado de la estufa. A ver, señora, voy a intentar meter la carretilla

dentro de la casa, ¿vale? Estará más calentita que aquí.

Se va a buscar una tabla para hacer un puente.

La mujer murmura a solas.

—¿Tú te crees que han venido a ver dónde estaba yo? No. Para nada. Apuesto a que ni siquiera se han dado cuenta de que ya no estaba. Cerdos. Si me hubiera muerto, igual. Pero también ellos deben de tener hambre. Son tan viejos que ya no se dan cuenta de nada. Qué pena.

Tom regresa, pone la tabla, coge impulso y consigue empujar la carretilla con la señora dentro hasta la mitad de la cocina.

Luego la acerca a la estufa.

—¿Cuál es tu nombre, pequeño?

—Tom.

—Ah... Bueno, pues gira un poco la carretilla, ¿quieres, hombrecito?

Acaricia a su gato y a su perro, que apenas reaccionan.

Y vuelve a ponerse a llorar, suavemente.

—¿Se encuentra mal?

—No. Pero las piernas, ya no consigo moverlas.

Con un trozo de falda se suena escandalosamente.

—Y además... me molesta que la falda se me haya mojado por detrás.

—¿Quiere que vaya a avisar a alguien?

—¿Quién quieres que venga a esta hora?

—No sé.

—Lo ves...

Se quedan un momento en silencio.

—Yo podría quizá ir a buscar a mi madre. Ella sabe lo que hay que hacer. En su trabajo, a veces atiende a enfermos.

—¿En qué trabaja?

—Ayuda doméstica.

¿Y cómo se llama?

—Joss.

—¿Joss? Es curioso, el nombre... Pero espera a ver. ¿No será ella la que venía a limpiar aquí, no?

—No lo sé.

—Si es la que pienso, creo que discutimos.

—Ah.

—Me rompía toda la vajilla.

—Sí, es ella.

—Por lo demás, bien, pero la vajilla... no era su fuerte.

—Lo sé. En casa tenemos platos y vasos de plástico.

—Pero es una buena chica.

Tom sonríe.

—Sí, señora.

Ella se lleva la mano a la boca desdentada, para sonreír sin asustarlo.

—Llámame Madeleine. No hace falta andar con formalidades entre nosotros.

Tom ha puesto sobre la estufa una olla llena de agua. Una vez caliente, ha vertido el agua en un barreño. Luego ha colgado una toalla alrededor de la carretilla donde estaba sentada Madeleine. Por detrás, la ha ayudado a desnudarse. Lo cual ha llevado su tiempo...; ha sido bastante complicado encontrar los botones sin ver lo que hacía. Cuando ha estado lista, le ha pedido que se agarre a su cuello y ha conseguido levantarla y dejarla dentro del barreño lleno de agua caliente. Ella ha gritado un poco. De miedo y de placer. ¡Ay, pica! ¡Oh, qué bien! Después le ha pedido que busque la botella de perfume de azahar... Para perfumar el agua del baño.

Y ahora, Madeleine canta a voz en grito. Con su voz cascada y temblorosa.

Tom se sienta fuera, en los escalones de la entrada. Le hace gracia escuchar a la anciana cantar.

Como una cacerola resquebrajada.

7

DEMASIADO BEBIDAS

El dueño del bar baja la persiana metálica. Se juntan todos en la acera. Pasados de rosca. No saben dónde terminar la noche. Paulo, más borracho incluso que el resto, decide invitar a todo el mundo a su casa. Los chicos están locos por ir, pero las chicas dudan... Es tarde. Está lejos. Y además, si ya con los tacones altos no paran de torcerse los tobillos...

—Y encima hay que andar kilómetros...

Ellos insisten.

—Venga, venid, ¿no?

Joss y Lola se alejan zigzagueando. Sin volverse, gritan que no hace falta que las sigan. Que van a hacer pipí en el callejón. Una vez los pierden de vista, se quitan los zapatos y salen corriendo y dando gritos.

En casa de Lola, se tumban en el suelo.

—Pobres, se habrán quedado a cuadros, qué menos.

—Qué más da. No había uno que estuviera bien.

—Tienes razón. Eran muy feos.

Se parten de risa. Se agarran la barriga. Intentan tomar aire.

—Aun así, es verdad que cuando bebo demasiado pierdo un poco la cabeza, eh. Soy capaz de irme con cualquiera y hacer lo que sea.

—Eso es verdad, Lola.

Se parten, una vez más, de risa.

—Ya ves, tú tampoco puedes hablar mucho. Tú eres igual... Pero ves, cuando lo pienso, pues bueno, que me soben y demás en momentos así no me produce lo más mínimo. No siento nada. ¿A ti también te pasa eso?

—Sí. Eso se sabe, que el alcohol anestesia.

—Ah, pues sí, tienes razón —dice Lola.

Joss cierra los ojos.

—En fin, quizá eso sea una prueba de amor de verdad. Abandonarse, con la cabeza dándote vueltas...

—¿Qué dices?

—Nada.

—Espera, no te he entendido. ¿Qué has dicho? —pregunta Joss de nuevo.

—No sé ya, te lo juro, te lo juro.

Se vuelven a reír, a lo tonto. Pero como no pueden más, apenas les sale el hipo.

—Estoy pensando. ¿Has visto al tipo que te buscaba el otro día?

—¿Qué tipo?

—Un tío guapo. Con traje negro y una camisa blanca. Súper clase. Pasó por la peluquería y me preguntó que si por casualidad te conocía.

—Y tú le contestaste que sí e incluso le dijiste donde vivía...

—Pues sí. ¿Por qué?

—Por nada.

Joss, ahora ya sobria, se levanta de un salto.

—La próxima vez, Lola, evita darle mi dirección al primer tío que pase por casualidad. Aunque sea guapo.

—¡Pero me dijo que te conocía!

—Eso no es una razón.

—Bueno, al menos...

Joss se sirve un café. Se pasa un poco de agua por la cara y se vuelve a poner los zapatos. Antes de salir, echa una manta por encima a Lola, que duerme sobre las baldosas de la cocina.

—Nos vemos, Lola. Te quiero mucho, pero, de verdad, a veces eres gilipollas.

8

LA CAJA NEGRA

Tom se ha levantado pronto. Ha hecho todos sus deberes del fin de semana para estar libre.

Sabe que Joss va a refunfuñar cuando se despierte. Porque quiere hacer sus deberes al mismo tiempo que él. Pero es lo que hay. Él tiene mucho quehacer. Ha ordenado sus cosas, desayunado e incluso ha preparado café para Joss antes de irse. La historia es engatusarla. Y luego, se ha montado en la bici y ha salido zumbando.

Se siente un poco culpable, cómo no.

Porque sabe que para Joss es súper difícil hacer los deberes ella sola. Que le cuesta concentrarse. Ella dice que es por la edad. Pero la verdad es que tiene demasiadas cosas que recuperar. Y que se desanima. Es normal. A ella le da la impresión de que con él es más fácil. Dice que se explica bien. Pero sobre todo, que le da menos vergüenza preguntar cuando no sabe algo. Incluso preguntas tontas. Sabe que él no se reirá. De todas maneras, no tiene elección. Le soltaría dos buenas. A veces se pasa de cruel. Sobre todo cuando se cabrea. Porque él sólo es un mocoso de once años, que le tiene que enseñar la lección.

Tanto por un lado como por otro...

Últimamente, trabajan la ortografía. Eso le da quehacer. Ella tiene faltas en casi todas las palabras... Pero lo peor es la concordancia con el participio... Detesta la concordancia del participio... Hasta tal punto que le dan ganas de gritar. Y de decir cosas terribles. Que no siempre piensa. Aunque seguro que un poco... Eso le pone triste. Sobre todo cuando ella le dice que todo es por su culpa. Y que si dejó el colegio a los trece años fue por él. Que le habría encantado estudiar, pero que esto se lo ha impedido.

Luego, cuando ve que él va a echarse a llorar, se atempera. Admite que no es esa la única razón. Que ella ya no iba mucho antes. Y que de todas formas tampoco es que fuera muy dotada. «No llores, Tomasito mío, va. Ya me conoces. Me gusta mucho exagerar...» Y además, incluso embarazada, ella podría haber continuado, evidentemente. Pero sus profesores no habían sabido motivarla. Al contrario, la habían jodido. Ni siquiera habían intentado saber por qué y cómo le había ocurrido eso.

Estaba embarazada de cinco meses cuando por fin supo por qué había engordado su barriga. Desde hacía un tiempo sentía que había algo que empujaba ahí dentro. Que coleaba, en todos los sentidos. Como un pez dentro del estómago. Le daba miedo. Le recordaba a Alien, el monstruo que creció en el cuerpo de la chica... Al final acabó preguntándole a la enfermera de la residencia, que fue quien la envió al médico. Que fue el que supo lo que le pasaba. Era él, Tom, iba a asomar la punta de la nariz tres meses más tarde. Un pelín prematuro.

Le había caído encima, ¡catacrac!, al primer polvo. No había habido un segundo con ese tío. A ella no le gustaba. Y de todas formas, él sólo había ligado con ella por el tamaño de sus pechos. La única de la pandilla que los tenía tan grandes. Y se daba cuenta muy bien del efecto que producía en los chicos. A él, los ojos se le salían de la cara. Era gracioso. Después la había invitado al cine y le había comprado palomitas. Era la primera vez que le pagaban algo. La peli estaba bien y las palomitas también. Como si le diera las gracias, ella le dejó hacer todo lo que quiso. Y él, hecho un palo, se empleó a fondo. Tres días sin poder andar. Por momentos, se le quitaban las ganas. Si eso es el amor, mejor vivir sin ello, se dijo. Pero el tío se le acercaba. La había seguido por todas partes. Como un perro. Sin parar de llorar. De escribirle poemas. Hay uno que en su día le había parecido bonito, al menos... Pero bueno, con eso no basta. Al tiempo acabó dándose por enterado. Y se fue a por otras. Se lanzó a por Elodie, su amiga. A ella no le molestaba que le mirara de reojo las tetas. Al contrario. Ella

las tenía pequeñas.

Joss había perdido una amiga, pero había conseguido deshacerse también de un lapa.

Ahora tiene veinticinco años.

Y quiere aprobar el bachillerato.

Apenas sabe escribir, pero quiere aprender. Quiere aprenderlo todo. Y cultivarse, también.

Hace mucho tiempo que lo proyecta. Hacerse interesante. Pero no se hace muchas ilusiones. Tiene una cara bonita, pero... nada de particular. Lo único que tiene de especial es el tamaño de los pechos. Que es de lo que la gente se da cuenta primero. Lo que hace que siempre le hablen bajando los ojos. Fijos sobre sus tetas.

Y está harta de eso.

Ha decidido operarse. Pasar de la talla 100D a la 90B. Para que cuando le hablen la miren por fin a los ojos. Y que si a alguien le parece interesante sea por algo más que por la curva del pecho.

Está ahorrando dinero desde hace años. Lo mete en una caja negra pequeña, escondida debajo del chasis de la caravana. Tom conoce el escondite. Pero ni él ni ella tocan lo que hay dentro. Nunca. Es sagrado. Ni siquiera cuando están en las últimas. Y ocurre a menudo, porque no trabaja de forma regular. Por culpa de las quejas de la gente a donde la envían.

Es bastante jodido para su curro, pero detesta hacer la limpieza. Y sobre todo fregar los platos. Para lo demás, se puede confiar en ella. Es honesta y trabaja bien. Le gusta ocuparse de los enfermos y también de los ancianos. Se siente útil. Aunque a veces cuenta riéndose historias horribles. Historias que no se deben contar. Cosas demasiado íntimas.

Pero la vajilla... es un problema de verdad.

Quizá le venga de cuando era pequeña, que la obligaban a fregarla y si no, no comía.

Pobre mamá, seguro que le viene de entonces.

Tom acaba de llegar junto al huerto de los vecinos. Esos que se tratan de «usted» y que se hablan educadamente incluso cuando están enfadados. Deja la bici sobre los matorrales, se acerca a la valla y escucha. Nada. Los sábados, a esta hora, nunca están. Deben de ir a comprar o a visitar a algún amigo.

Bien. Tom va a poder husmear.

Termina de llenar la bolsa y la deja junto al agujero de la valla. Tres zanahorias, tres puerros, tres cebollas y nueve patatas. Está inquieto. Normalmente no coge tantas cosas. Borra de nuevo las huellas de sus pasos. Con cuidado, riega la mata de patatas arrancada y replantada. Se pregunta si agarrará otra vez. Nunca se sabe.

Hay tiempo antes de que regresen los dueños. Por primera vez, empuja la puerta y entra en la bodega. Cuidándose de no dejar huellas. Se para delante de las estanterías, enormes, llenas de herramientas, de material de bricolaje, de todo tipo de cajas. Todo clasificado, ordenado, etiquetado. En una mesa, bandejas de cañizo apiladas, llenas de manzanas del otoño anterior. Se mete tres en los bolsillos y muerde una cuarta. Empieza a relajarse. A sentirse en casa.

Entra en el invernadero. Hace calor. Huele bien, la tierra húmeda. Hay brotes de flores y de verduras por todos lados. Con una foto en color de cómo serán luego. Y miles de matas de tomates. Rojos, naranjas, amarillos, verdes e incluso negros. Con forma de pera, de pimiento, de corazón… Lo nunca visto.

Es hora de irse. Coge la bolsa y atraviesa la valla. Justo al salir, se fija. El gato. Lo mira tan mal como la última vez. Impresionado como siempre, Tom baja la mirada. En algún sitio ha oído de decir que no hay que mirar a los ojos de los gatos jamás. Creen que los estamos desafiando y se les despierta la agresividad. Sigue con la bolsa a la espalda, pero saca las tres manzanas de los bolsillos. Levanta los hombros, excusándose, como quien dice: «Sólo eran tres, no es tanto, ¿no?» El gato se levanta y avanza, lentamente,

hacia él. A tres patas, claro. Y por eso es tan inquietante. Avanza sin quitarle el ojo a Tom y de repente… da un salto, se cuela por la valla y desaparece.

Tom respira. Esta vez ha estado todavía más cerca.

9

¿TOM QUÉ?

Apoya la bici contra un árbol. Y escucha. No se oye nada en la casa. Coge la bolsa y corre a llamar a la puerta. No contesta nadie. La empuja suavemente.

—¿Señora?

Nadie responde. Se acerca al sillón donde dejó a Madeleine la tarde anterior. Está en la misma postura, arrebujada en la manta, los ojos cerrados. No se atreve a tocarla. Si estuviera fría, querría decir que está muerta. Sólo pensarlo le da miedo.

—¿Señora? ¿Me oye?

Se da cuenta que está hablando muy bajo. Quizá demasiado, se dice. Grita:

—¡Por favor, señora!

De golpe, abre los ojos. Le agarra el brazo como una loca. Con la mirada desorbitada.

—¿Quién está ahí? ¿Qué está pasando?

A Tom lo tranquiliza verla despertar. Pero ella se pone a gritar.

—¿Vienes a por mí, verdad? Pues bien, ¡yo no saldré de aquí, te lo advierto!

—Señora, soy yo, Tom.

—¿Tom? No te conozco.

—Que sí... Ya sabe, ayer por la tarde, la traje con la carretilla...

—Déjame o grito pidiendo socorro...

Consigue soltar la mano de Madeleine de su brazo y recula. Es como si se hubiera vuelto loca, piensa, pobre mujer. Le debe de haber pasado durante la noche. Ayer parecía que estaba bien cuando se fue. Quizá debería haber llamado a alguien, qué menos. Se fija en el perro y el gato

que tiemblan de frío. Cuando se vuelve hacia Madeleine, está dormida. Saca las verduras de la bolsa, las pela y las pone a hervir.

—Señora, despierte.

Le sacude suavemente el brazo. Ella abre los ojos, lentamente.

—Ah, hombrecito, estás aquí.

—Sí, soy yo.

Parece muy débil.

—Le he hecho de comer.

—No creo que pueda.

—¡Claro que sí! He encontrado su dentadura en el jardín.

—Entonces voy a intentarlo.

Tom se ha sentado a su lado y le ha dado de comer con la cuchara. Como a un bebé. Al final ha tenido incluso que chafar las verduras hasta hacerlas puré, porque a pesar de la dentadura, Madeleine apenas si podía masticar. Las sobras se las ha dado al gato y al perro. Ella ha querido acariciarlos. Y ellos parece que la han reconocido. El gato incluso ha ronroneado un poco. Luego Tom ha montado a Madeleine en la carretilla para llevarla a hacer pipí al baño.

Ahora, la ha vuelto a poner en el sillón, junto a la estufa. Ella intenta no llorar, pero se le humedecen los ojos.

—Las piernas, sigo sin poder moverlas.

—¿Quiere que llame a un médico?

—No. A los bomberos. Ya vinieron una vez. Conocen el camino.

Tom llama. Se quedan un rato en silencio. Luego, Tom se levanta.

—Me voy.

Madeleine rebusca en los bolsillos de su rebeca y saca unas monedas.

—Toma. Es todo lo que tengo.

Tom se ofende. Encoge los hombros.

—No me hace falta.

Ella llora y se queja al mismo tiempo.

—Se van a morir de hambre, solas, mis criaturas.
—Bueno, vale. Vendré a darles de comer.
Madeleine se calma. Deja de llorar. Una gota cuelga de la punta de su nariz.
—Eres buen chico, tú.
—Venga, adiós, señora Madeleine.
—Adiós, pequeño.
Cuando va a cerrar la puerta oye:
—¿Cuál es tu nombre, a todo esto?
—Tom, ¿por qué?
—¿Tomporqué? Ah. Nunca había oído un nombre así.
Tom se va riendo. A través de la puerta, oye que está hablando sola.
—Quizá sea un nombre extranjero, en fin. Me va a costar acordarme… Pero, ahora que lo pienso… ¡Espera, joven! Vuelve.
Tom abre la puerta de nuevo.
—Coge una copia de la llave, vamos. Ahí, en el cajón del aparador.
Ella se aclara la voz. Como si fuera a añadir algo.
—Ah, y del huerto, puedes coger lo que quieras.
A Tom, eso le sorprende y le incomoda. Se pregunta si…
—Se echará a perder, si no.

Tom se aleja rápido, empujando la bici.
Madeleine ya no llora. Piensa. Que enseguida les dirá a los bomberos que ya está más tranquila. Ahora que ha encontrado a este biznieto en adopción tan amable. Que se encargará de sus animales cuando ella ya no esté. Sólo que tiene un nombre raro. Y ya no se acuerda. Un nombre extranjero, quizá… Empieza por… Bueno, ya está. Lo ha olvidado.
Un hombrecito amable, sí.

10

NO ERA TAN MALO

Ha tumbado la bici en el hoyo. Y ha esperado. Después de un cuarto de hora largo, han llegado los bomberos. Han sacado a Madeleine y han cerrado la puerta de la casa con llave. Es lo que Tom quería comprobar. Ahora, en cierto modo, se tendrá que encargar él.

Al volver a casa, Joss despierta. Son más de las doce. Dice Joss que no le apetece nada hacer los deberes. Que ya los harán mañana, ¿vale? Hace muy buen día como para quedarse encerrado. «Venga, ven. Vamos a bañarnos.»

El agua del río está fría de veras. Apenas se atreven a meter los pies. Joss refunfuña.

—Me abro. De todas formas no ha sido una buena idea. Detesto el agua fría.

Se va sin esperarlo.

A Tom no le apetece volverse tan pronto. Y se va a dar una vuelta. Bordeando el río. Conoce bien el sitio. Es su sitio. En un recodo, se sienta sobre una gran piedra plana, cubierta de musgo. Su piedra. Con el mentón sobre las rodillas, observa el agua que baja. Un buen rato. Piensa en Joss. Cuando está tranquila y habla casi murmurando. Como ahora corre el agua. Y le acaricia la cabeza. Y calma un poco la tormenta que lleva dentro. Luego piensa en Madeleine. En todo lo ocurrido desde ayer. En el gusto que le dio meterse en el agua, perfumada con flor de azahar. Y su cantar ronco. Sonríe al recordarlo. Mira los reflejos del agua. Una danza de manchas de sol y sombras de árboles mezcladas. Mira el agua correr. Se deja llevar. Hipnotizar. Y escucha. El correr del agua. Cómo remueve las piedras al pasar. En el fondo de su lecho. Las piedrecitas. Que tintinean al chocar. Tintinean. Tintinean...

—¿Pequeño?

Pero Tom de momento no oye más que el tintineo de las piedras. Así que la voz insiste, con firmeza:

—¿Todo bien, pequeño? ¿Algún problema?

Tom levanta la cabeza. Ve al hombre que le habla. Inclinado sobre él. Muy cerca. Demasiado cerca. Salta. Quiere irse corriendo. Pero el hombre lo coge del brazo. Y se lo impide.

—Me gustaría hablar contigo.

—¡Suélteme!

—Pero no tengas miedo, que no hago nada.

—Hizo mal al...

—Exacto. Por eso he venido, para pedir perdón.

—¿Perdón? ¡Qué más nos da!

—Me tienes que ayudar, pequeño. No sé cómo...

—¡Que me suelte!

—Querría explicártelo.

—No tengo ganas de escucharlo. ¡Deje que me vaya!

—No. Primero tengo que explicártelo.

—Me hace daño.

—Vale. Te voy a soltar. Pero escúchame. Sólo un minuto. Por favor. Hace dos días que no duermo. Necesito hablar contigo. No puedo dejar de pensar en lo que pasó. No dejo de darle vueltas. Me tiene loco.

Le suelta el brazo. Tom recula de un salto, sale corriendo y se pone fuera de su alcance. Samy ni siquiera intenta seguirlo. Se sienta sobre la piedra con musgo. La de Tom.

Parece triste.

—No sé qué me pasó el otro día. No sé por qué hice eso. No soy mal tío, ¿sabes? Si me conocieras, lo sabrías. Aunque mira, no te voy a esconder que he estado en la trena. Pero eso no quiere decir de alguien que sea algo malo. A veces, incluso, no quiere decir absolutamente nada. Cosas que pasan. Los hay que han estado en la trena y son buena gente. Yo he conocido a algunos que no habían hecho nada y los habían encerrado con nosotros, de un día para otro. Errores judiciales hay todos los días. Basta con

leer los periódicos. Ves, por ejemplo yo, si hubiera tenido un poco de potra, al principio, me habría enderezado. Capacidad tenía. En el colegio no era tan malo, incluso me saqué el graduado. De joven, mi problema era que me gustaban mis colegas y que todos eran unos delincuentes. Y además, no me gustaba estar solo. Así que, desgraciadamente, los seguía a todos lados. A cualquier cosa. Incluso a las chungas. Sólo que a la hora de pagar la cuenta, ahí sí que me quedé solo. Tirado como un gilipollas.

Hace una pausa. Y vuelve sobre su primera idea.

—Lo que intentaba explicarte… es que, Joss, quería verla sólo para eso, para hablar con ella. Recuperar un poco de mi vida de antes de las tonterías. Y ya está. Y cuando no follas desde hace mucho, te montas películas. Fantaseas con todo. En chirona, no tienes otra. Si no te vuelves loco… Así que, el otro día, me pasó un poco eso. Pero yo nunca quise hacerle daño a tu hermana. Eso te lo juro. Nunca.

Se pone a sollozar como un niño. A Tom le incomoda. Espera a que termine.

Al fin, Samy para de llorar. Aspira un poco los mocos. Y luego pone el mentón sobre las rodillas. Observa el agua. Como Tom. Que está sentado a pocos metros. Al otro lado de la piedra. Ahora el hombre está más tranquilo. Y se atreve a hablar de nuevo:

—De hecho, creo que estoy gafado.

—¿Qué es gafado?

—Bueno, estar gafado es cuando todo lo que tocas, todo lo que haces, sistemáticamente, te sale hecho una mierda.

—¿Y cree que está así desde hace mucho?

—Yo creo que desde siempre. No, lo digo porque ya no me acuerdo demasiado de cómo era antes, cuando era pequeño. Me acuerdo a partir de… debía de tener tu edad, creo. ¿Tú qué edad tienes?

—Once años.

—Ah.

Calcula.

—Cuando tú naciste no debía de hacer mucho que me

habían dado el palo, entonces... Pero, de hecho, ¿dónde está vuestra madre, la tuya y la de Joss?

—Está muerta.

—Ah. Vale.

Se quedan cautivados un momento por los reflejos del agua. Luego Tom se levanta.

—Espera. ¿No puedes quedarte cinco minutos más?

—Sí, ¿por?

—Bueno, para contarte como sigue...

—Es que tengo bastantes cosas que hacer, la verdad.

—¿La próxima vez, entonces?

—Vale.

—Eres un buen chaval.

—Bueno, eh, me voy.

—Sí, claro, adiós... Eh, ¡pequeño! No creas que estoy loco, ¿eh? Porque no es eso, para nada. Cuando estaba en chirona vi a algunos psicólogos. Y todos me dijeron lo mismo, que mi problema no era eso. Mi problema, de todas formas, no hace falta que me lo diga nadie para saber cuál es. El gafe, te lo he dicho. Me debí mear en los zapatos de algún dios sin darme cuenta. Si no, es imposible. No, es broma... Pero seguro que es algo raro. Algo de eso. Porque si no, ¿cómo se explica este gafe?

—En serio, me tengo que ir.

—Ah, sí, sí, perdóname, pequeño. Venga, hasta la próxima, ¿no? Me ha sentado bien hablar contigo. No le digas nada a tu hermana, ¿vale? Tengo que encontrar la manera de compensarle. No sé cómo, pero como no paro de pensarlo, acabaré encontrándola.

11

TOM Y LOS VIEJOS ANIMALES

Tom apoya la bici sobre el árbol. Escucha. No se oye nada dentro de la casa. Saca la llave y avanza hacia la puerta. No sabe por qué, pero todo esto le pone nervioso. Es la primera vez que tiene una responsabilidad como ésta. Abre. El olor de pis de gato le golpea de nuevo. Deja la puerta grande abierta. Los dos animales levantan la cabeza. Los ojos del perro están un poco vidriosos. Debe de estar ciego, seguramente. Tom va a la despensa por la bolsa de croquetas. Con el ruido, el gato se levanta, estirándose con dificultad. Anda lentamente, se sienta bajo el umbral de la puerta para aprovechar un rayo de sol. Tom remueve la bolsa de las croquetas. Ahora le toca al perro levantarse. Pasa por encima del cubo de la basura, tropieza varias veces. Pero tiene muchas ganas de salir. Una necesidad urgente. Se golpea contra una silla, luego, al pasar, con el gato, y cae rodando por la escalerilla de la entrada. Tom le ayuda a ponerse en pie. El perro ni siquiera se da cuenta, se va trotando directamente hacia el árbol, levanta la pata y mea sobre la bicicleta. Tom lo mira, espantado. Es asqueroso. Ahora va a tener que lavarla.

Mientras los dos carcamales se dan una vuelta, él va a echar un ojo al huerto. La tierra está lista, pero no han plantado gran cosa. Apenas un rincón con flores, coles, matas de fresas y una decena de lechugas. Todo un poco mezclado. No es como el de los vecinos. Donde todo está tan bien cuidado, alineado perfectamente. Está buscando la regadera y la entrada del agua. Cuando termina de regar las lechugas, se vuelve y se sienta sobre los escalones de la entrada. A esperar que los animales vuelvan. Al final, se acerca el perro, le olfatea los bajos del pantalón y se pone a

gruñir. Pero Tom le acaricia la cabeza. Enseguida se calma, le lame la mano y se deja caer con todo el peso sobre sus pies.

Antes de irse, Tom ha echado las croquetas en dos fiambreras y ha añadido agua. A remojo.

Como Madeleine, sus animales están un poco desdentados.

Y ha cerrado la puerta con llave, diciéndoles:

—Hasta mañana, criaturas.

12

LOS BROTES

Se lo ha advertido antes de irse, que esta semana también tenían que apretarse el cinturón. Porque no ha encontrado curro. Así que, mientras Joss va a comprar lo básico a la tienda, Tom va a por lo demás al jardín de los vecinos. Antes, ha visitado otros dos o tres huertos. Para variar un poco, borrar pistas, nunca se sabe. Pero para él, éste es, con mucho, el mejor. Plantan grandes cantidades. Así que se ve menos lo que él coge. Y además, tienen algunas variedades muy tempranas. Es el único jardín de por aquí donde encuentra zanahorias y patatas a estas alturas de la temporada. Merece la pena.

Pero lo más importante de todo, evidentemente, es que viniendo aquí ya no se juega el pellejo. Éstos son muy diferentes. No tienen escopeta.

Esta mañana no están. Así que aprovecha, una vez más, para visitar el invernadero. Mira un buen rato las fotos de los tomates. Los rojos, los naranjas, los verdes y los negros. Duda, porque la verdad es que son todos bonitos. Al final se decide. Va a coger dos de cada. Enrolla con delicadeza las matas en papel de periódico. Justo por eso, por culpa del ruido del papel al arrugarse, es por lo que no oye llegar a Archibald. Con su carretilla llena de pequeños arbustos en flor. Se para casi sobre la nariz de Tom, escondido en el invernadero.

Archibald se va al fondo del jardín a localizar el lugar donde piensa plantarlos. De paso, grita:

—¡*Captain*!

Todavía se pregunta dónde ha podido ir a esconderse el gato.

—¡*Captain Achab! Where the hell have you gone*?

Al pasar, echa un vistazo al huerto. Una de las matas de patatas está sufriendo, a pesar del pequeño charquito de agua que todavía se ve sobre el pie. Sonríe discretamente. Y al pasar junto a la valla, ve la bolsa de Tom en el suelo. Regresa al invernadero. Se rasca el cuello.

—Mmmm. ¿Cómo puedo replantar todos estos pequeños árboles frutales? Hay demasiados. Son demasiados. Tendré que tirar algunos. Qué pena, de verdad.

Y se va.

Tom espera un momentito. Al fin, sale de su escondite con el paquete de plantas bajo el brazo. Coge, al pasar, un grosellero y otro de casis y sale corriendo. Agarra su bolsa, salta la valla. Una vez al otro lado, se para en seco. Está el gato, sentado a pocos metros. Mirándolo de mala manera. Tom extiende la mano con la que sujeta los dos frutales y murmura:

—Ha dicho que eran demasiados... que iba a tener que tirarlos...

Captain Achab se le acerca, lentamente, a tres patas, sin quitarle ojo. Tom no se mueve. Y enseguida, de un salto, desaparece bajo la valla. Tom suspira. Otra vez, por los pelos.

Dentro de la casa, Archibald y Odette ríen como niños.

—¡Qué mono!

—Y hace sus trapicheos muy bien. Muy correcto... Aunque yo creo, Odette, que nos van a faltar patatas... Agarran mal, tanto plantarlas y replantarlas.

—No importa. Comeremos pasta. O arroz. Cuando lo pienso, el miedo que teníamos a que pudiéramos acabar aburriéndonos si nos instalábamos aquí. ¿Recuerda, Archibald?

13

LAS SIEMBRAS

Una hora después, sigue buscando varas. Diez. Para las diez plantas de tomate que ha cogido de casa de los vecinos. No es fácil encontrarlas. Tienen que ser largas y además bastante rectas. Al final las encuentra. Y las planta todas. Los dos frutales también. Un buen curro.

Ahora, está descansando, sentado en los escalones de la entrada de casa de Madeleine, mirando cómo los viejos animales dan su paseo habitual. Deja abiertas la puerta y la ventana grandes, para que se airee la casa. El olor a pis del gato sigue tan fuerte como siempre. Va a tener que preguntarle a Joss qué hay que hacer para que se vaya. Ella seguro que lo sabe. Trabaja en casa de ancianos. Y muchos tienen gatos. Pero va a tener que hilar fino. Para que no se plantee por qué quiere saberlo. No quiere que sepa lo de Madeleine. Si de verdad se enfadó con ella, por culpa de la vajilla rota, no lo dejaría volver. Y el gato y el perro se morirían de hambre. Pobres viejos. De todas maneras, ahora, con todo lo que ha plantado, tiene que volver. Cada día. Para regar y además... para todo. Y Joss se pondrá contenta cuando él lleve montones de tomates a casa. Y no dos por persona, como hace siempre. Es lo que decidieron entre los dos, cuando llegaron aquí y les empezó a faltar de todo. No coger más que lo que les hiciera falta. Joss dice que eso en verdad no es robar. Que sólo lo cogen prestado. Y siempre donde hay de sobra. Pero para Tom no es tan fácil. Él nunca se sacia. Ahora, por ejemplo, tiene un hambre de caballo.

—¡*Palurdo!*, ¡*Polilla*!

No se le ocurrió preguntarle a Madeleine cómo se llamaban sus bichos, así que él mismo les ha puesto

nombre, mientras tanto. Parece que lo reconozcan. Vuelven a paso tranquilo. No tienen ninguna prisa, desde luego. Sobre todo el *Polilla*. Se para junto al árbol, saca un poco las uñas como si se agarrase al tronco, mirando de lado a Tom. Como diciendo: «Entro si quiero, pequeño. ¿Entiendes?» Pero Tom no se desmoraliza. Entra a por las croquetas. Sacude bien la bolsa. Estupendo. Se apretujan un poco más. Tampoco demasiado.

A continuación, Tom cierra la puerta con llave.

—Hasta mañana, si os portáis bien, claro...

14

ITALIA

Tom ha vuelto a casa el primero. Ha fregado los platos, porque no quedaba nada limpio donde preparar el almuerzo. Luego ha mordisqueado una zanahoria mientras hervían las patatas.

Esperando a Joss, ha repasado las clases de geografía porque en la próxima le preguntarán. Y ha dibujado los contornos de los países de Europa. Francia. Y luego Italia... El país es gracioso. En forma de bota. Y los italianos también parecen graciosos. Los de las películas. Todos hablan con las manos, adoran a sus «mammas» y ligan con las chicas todo el tiempo. ¡Incluso aunque estén casados! Y luego además, es como si comieran pasta siempre. ¿A lo mejor también para desayunar? En todo caso, le encantaría ir allí de vacaciones. Aunque sólo sea una vez, para verlo. Joss dice que soñar no cuesta nada. Así que él sueña... Que se sube a un tren y cuando despierta, buá, ya ha llegado. A Venecia. Se monta en una góndola. Recorre los canales. Cuando pasa por debajo de un puente, baja la cabeza. Mira... se oye una mandolina... y luego unas damas con grandes vestidos y máscaras con plumas... De golpe, está en medio de una plaza. Inmensa. Es la *piazza* San Marco. La reconoce. Sale en una foto del libro de geografía. Está llena de palomas por todos lados. Una chica lo mira, le sonríe, habla en italiano. Él lo entiende todo. Ella tiene la misma edad que él. Se llama Donatella. Parece un nombre de chocolate. Él le dice que tiene hambre. Todo encaja, porque ella también. Se cogen de la mano y entran en un restaurante. Encargan dos pizzas... No. Espaguetis *bolognese, per favore. Molto bene. Grazie mille*. Cuando acaban, toman un helado de tres... cuatro sabores diferentes. Grande. Muy

grande. No sabe por dónde atacar… Cierra los ojos, decide empezar por el *caramello*…

—Huele a chamuscado. ¡Tom! ¿Qué coño haces?

Da un salto. Retira la olla del fuego. Las patatas se han quemado. Y no hay nada para comer.

Joss está cabreada. Pero se aguanta… Ha decidido que va a controlarse. Forma parte de los grandes cambios que quiere emprender. No dejarse llevar por los impulsos, entre otros. Difícil. Sobre todo cuando Tom hace sus tonterías, como ahora. Y luego, también con los chicos. Precisamente, acaba de conocer a uno, haciendo la compra. Parecía muy simpático. Y además es mono. Ha aceptado volver a verlo esta noche. Quiere llevarla a cenar y luego ir al cine. Pero ella ha decidido que no irá a su casa. No esta noche, en todo caso. A éste quiere dejarlo reposar.

Mientras tanto, deja una gran caja de cartón sobre la mesa. En el interior, algo hace ruido. Tom escucha, sorprendido.

—¡Mira dentro, alelado!

Abre la caja. Es una gallina.

—La he comprado en el mercado. Es una gallina clueca. Vamos a hacer que tenga hijos. Así podremos comer todos los días huevos y pollo.

—Pero no tenemos gallo.

—Mierda, es verdad. No había caído. No pasa nada, hasta que tengamos uno, nos comeremos los huevos.

—¿Y dónde la ponemos?

—Hay un montón de sitio alrededor de la caravana.

—Pero se va a escapar. La valla está llena de agujeros.

—Bueno, los taparemos, no es tan complicado.

Han estado con eso el resto del día. Y aun así, tampoco es que haya quedado perfecta.

Pero por lo menos ha soltado la gallina.

Joss se ha vestido rápido. Llegaba muy tarde a su cita con Jean-Claude. Y estaba un poco nerviosa.

Tom ha esperado fuera para evitar las consecuencias. Estaba cansado. Pero una vez que ella se ha marchado, ha pensado que más tarde iría a dar una vuelta a casa de los

vecinos. La historia es ver un poco la tele. Y si hubiera una película, estaría muy bien.

15

NOCHE DE CINE

Al caer la noche, se deslizó bajo la valla. Fue directamente a la bodega a buscar un cojín para la tumbona, cogiendo, de paso, una manzana. Ya en el jardín, la movió hasta que encontró el mejor ángulo de visión, siempre a escondidas, claro. Y por fin se sentó. Hacía una temperatura muy agradable, así que pensó que seguro que dejaban la ventana grande abierta. O en el peor de los casos, la dejarían medio abierta. O eso esperaba. Ellos estaban cenando en la cocina. Tom tuvo tiempo de comerse la manzana hasta el corazón.

Por fin entraron en el salón, con una copa de vino en la mano y en plena conversación.

—... la cita de esta mañana. Increíble. Me ha puesto las manos sobre la espalda, uno o dos minutos, sólo eso. Y... puf. Listo. Ha desaparecido el dolor. Es una bruja, de verdad, este Raymond.

—¡Ah! Se lo había dicho.

—Pero hasta que no lo pruebas es difícil de creer.

—¿Y ha visto a Mine?

—Sí, le manda un beso. Le he dicho que pronto haríamos una comida.

—Sí. Tenemos que organizarla. Los dos son tan encantadores.

Se bebieron el vino, con toda tranquilidad, sentados en el sofá. A Tom empezó a hacérsele larga la espera. Así que lo intentó con la telepatía. Se concentró, pensando con todas sus fuerzas... «la peli, la peli, la peli, la peli...»

—¿Qué película vamos a ver esta noche, Archi?

—¡Sorpresa!

Archibald encendió la gran pantalla. Al tiempo que

Odette apagaba las luces del salón. Tom suspiró aliviado. La sesión iba a empezar por fin.

Han visto *La noche del cazador*. A Tom le ha gustado mucho. Aunque a veces ha pasado miedo de verdad. Sobre todo cuando el malvado falso cura, todo vestido de negro y con las palabras LOVE y HATE tatuadas en los dedos de las manos —*hate* quiere decir «odio»—, busca a los niños, a caballo y de noche, a campo través, y los niños que huyen en una barca para escaparse, porque ha matado a su madre, y se han quedado ellos solos... y entonces, escuchan que el hombre los sigue cantando muy despacio *chil..dren... chil..dren*, en inglés quiere decir *ni...ños... ni...ños*. Impresionante.

Se le ha puesto la piel de gallina.

Se ha ido a dormir no muy tranquilo. Nada más entrar, ha dado un grito. La había olvidado. La gallina había encontrado la forma de entrar en la caravana y se había acomodado. Y él no ha tenido estómago para echarla.

Y se ha dormido. Una preciosa gallinita ronca a su lado.

16

PIS DE GATO

Hoy hace cuatro días que va a casa de Madeleine. Sin que ella haya vuelto. Empieza a alargarse demasiado. Se preocupa. En unos días, las reservas de croquetas para los bichos se habrán agotado. ¿Estará de vuelta a tiempo para comprar más? ¿Y… si no volviera? ¿Y si estuviera muerta? Quizá debería, se dice a sí mismo, intentar pasar por el hospital para ver si hay noticias. Con discreción. Salvo que, claro… Si alguien lo ve entrar, le van a preguntar qué hace allí, eso seguro. ¿Podría decir que va a ver a una vecina? O a su abuela. O a su bisabuela. Vista la edad que tiene, sería lo más lógico. ¿Pero, en verdad, qué edad tiene Madeleine? ¿Cien años? Es posible. Es muy pequeña y muy arrugada. Un poco como una momia, con apenas piel sobre los huesos. El problema es que si le preguntan qué edad tiene ella y no lo sabe, va a sonar raro. Será mejor que no diga que la conoce. Que sólo viene a ver a la bisabuela de un colega. No, eso nunca. Y… si dijera… ¡que lo envía su madre para llevarle unas tortitas y una tarrinita de mantequilla! ¡Eso sería gracioso! No, en serio, todavía tiene que darle vueltas al tema.

Mientras tanto, hoy miércoles, ha decidido limpiar a fondo la casa. Para empezar, ha echado a *Palurdo* y al *Polilla* fuera. A priori, no parece que les haya molestado mucho. Han ido directos a tumbarse al sol y retomado la siesta donde la habían dejado. Tom ha sacado todo lo que ha podido, salvo la mesa y la cama. No cabían por la puerta, así que las ha arrimado a la pared. Luego ha fregado el suelo, a fondo. Para quitar el olor a pis de gato. El otro día le preguntó a Joss si sabía con qué y ella le dijo que con vinagre blanco. ¿Por qué me preguntas eso? Por nada, una

amiga que quería saberlo. ¿Tienes una amiga? Que no... ¿Es guapa? Para... Venga, dime, ¿cómo se llama? Mamá, para, te estoy diciendo. Ojo, Tom, no me gusta que me llames así. Ten cuidado...

Le levantó la mano. Pero él se quitó a tiempo.

Y ahí se quedó la cosa.

Inspira profundamente. Expira. Parece que el vinagre ha funcionado. Está contento. Quiere esperar a que se seque todo antes de meter las cosas. Se va al huerto. Las matas de tomates han agarrado todas. En principio, en dos o tres semanas tendrían que estar saliendo.

Vuelve hacia la casa cogiendo flores. Una vez en el patio, se sobresalta. Hay un hombre que se baja a duras penas de un coche. Tom no lo ha oído llegar. Ahora lo mira.

—Vengo a ver a la Madeleine. ¿Está, pequeño?

—Pues... no.

—¿Pá cuándo llegará?

—Pues... más tarde.

—No voy a esperarla. Dale esto de mi parte. Es una liebre. A punto pá la olla. Dile que ha venío Momo. Ale, ta luego, shavalito.

Tom mira cómo el hombre se aleja. Relajado. Y muy sorprendido de que todo haya salido tan bien. El señor ni siquiera le ha preguntado qué hacía allí. Ni siquiera cómo se llamaba. Abre la bolsa de plástico que le ha dado. Y es verdad. Es un conejo listo para cocinar. Aunque aún tiene la cabeza. Y los ojos. Y está lleno de sangre. Qué asco.

Ha puesto todo otra vez en orden. Ha preparado las croquetas para *Palurdo* y el *Polilla*. Que no se han hecho de rogar para volver a entrar.

Ha preparado un ramo con las flores. Lo ha puesto en un jarrón y lo ha dejado sobre la mesa. Ha reculado un poco para ver cómo quedaba. Bonito. Además, la casa estaba toda limpia. Ya no olía a pis de gato. Madeleine se habría sorprendido. Y estaría contenta, seguramente. Tom ha decidido que si mañana no ha vuelto, intentará pasarse por el hospital. Una tarde, después de hacer sus compras. Así le llevaría noticias de sus bichos.

Después de dudarlo mucho, finalmente se ha llevado la liebre con él. Diciéndose que sería estúpido que hubiese muerto para nada, la pobre. Pero iba a tener que buscarse una buena historia para contarle a Joss de dónde la había sacado.

Tenía todo el camino de vuelta para encontrarla.

17

TOM, SOLO

No tuvo que inventarse nada sobre la liebre. Porque Joss no estaba cuando él llegó. Había pasado un poco antes a coger algunas cosas y había dejado una nota sobre la mesa. Con siete faltas de ortografía. Eso lo cabreó. Sobre el margen, puso la nota que le parecía que merecía: 3 sobre 10. Y al lado, en grande y subrayado, escribió: NULO.

> Tom mío,
>
> Me voy a la pla(ll)a con unos amigos. Sólo cuatro días. No te preocupes. Vol(b)emos el domingo por la tarde. Si tienes alg(u)n problema, puedes co(j)er un poco de pasta de donde tú sabes. Pero sólo si es gra(b)e, eviden ( )temente
>
> Te (h)echaré de menos. Besos, Joss.

Él mismo le había explicado la diferencia muchas veces. El verbo hacer se escribe con hache, el verbo echar se escribe SIN hache. Incluso le había recitado aquella estúpida frase que le obligaban a repetir en el colegio: el verbo echar echa la hache por la ventana.

Salió corriendo. Necesitaba patear cualquier cosa, en los bajos de la caravana, contra la portezuela descolgada, el tronco de un árbol muerto... Desahogarse, para no llorar. De todas formas, no serviría de nada. Ella no lo oiría. Ya estaba lejos. Y además, le daba lo mismo que a él no le guste quedarse tanto tiempo solo. Si no, no se habría ido, evidentemente. Y que le dé miedo pasar la noche en esa caravana podrida, eso, eso le hace gracia. A veces lo trata como si fuera una nenaza, sólo para cabrearlo. Antes, en el apartamento, tenía menos miedo, pero es que había una puerta de verdad. Toda de madera, no como ésta. Casi no

sirve de nada cerrar con pestillo. Un golpecito con el hombro y ¡crac! cualquiera puede entrar. Pero, bueno, además de la puerta... el apartamento era mejor lo mires por donde lo mires. Aquí es verdad que hay cosas que están bien. Los huertos de los vecinos, el río, el sitio alrededor para jugar. Y luego, poder ir a todos lados en bici, poder elegir el camino por donde pasar, mola. Pero una casa de verdad, con un cuarto de baño de verdad, con váter de verdad, y una habitación cada uno... eso molaría mogollón.

Al final, el estómago le recordó que hacía un montón que no comía. Y fue a por el libro de recetas. Lo abrió por Conejo. Conejo en salsa. Lástima, no tenía salsa. Conejo con aceitunas. Pero no tenía aceitunas. Conejo con mostaza. Ah, de eso sí tenía, pero hacía falta también salsa en esta receta... Y, además, ¡que el conejo esté cortado en trozos! ¡Ah, eso sí que no! Cerró el libro y sacó la olla grande. Cogió las dos cebollas y las dos zanahorias que le quedaban. Metió la nariz en todas las hierbas que Joss había puesto a secar y eligió romero. Contó hasta diez, tiró el conejo dentro y puso corriendo la tapadera para no verle la cabeza. Luego se sentó fuera, en la escalera de la caravana, a esperar que estuviera hecho. La gallina se acercó despacio. Mirándolo de lado. Él le dio las mondaduras de la zanahoria y unos granos de arroz. Le gustó. Y no dejó nada.

Tom se comió la mitad de la liebre él solo. Hacía mucho tiempo que no estaba tan saciado. Lavó los platos y ordenó la casa. Luego, salió a pie. Anduvo un buen rato hasta que llegó a la granja abandonada. Y cogió la vieja escopeta que Joss le había pedido que devolviera. Al caer la noche, metió a la gallina en casa, empujó la mesa contra la puerta y se acostó. La vieja escopeta, descargada, sobre la cama. Y la lamparilla de noche, encendida.

18

VISITA AL HOSPI

La secretaria que estaba ese día en la recepción era la nueva. Mejor para él, porque le encantan los niños. «Mira qué hombrecito con su ramo de flores silvestres completamente marchitas, allí, solo, que parece un poco perdido en medio del gran *hall*. Qué conmovedor...»

—Entonces, ¿cómo se llama tu bisabuela, hombrecito?

—Madeleine.

—¿Madeleine qué más?

—Es que... es que en verdad no es mi bisabuela. Es la de un amigo, que...

—Vale. Pero su apellido, ¿cómo es?

—Pues... no lo sé.

—¿Y por qué la quieres ver, en verdad, a esa anciana?

—Para darle las flores.

—Muy bien. Así que, en principio, ¿tú la conoces?

—Sí, pero no mucho. Voy a su casa todos los días a darle de comer a su gato y a su perro mientras ella está aquí, en el hospital. Sólo eso.

—Ah. Es una gran responsabilidad para un chico como tú, ni que lo digas.

—Sí, pero me lo pidió ella.

—Bueno. Vayamos por orden. ¿Sabes al menos el día que llegó aquí?

—Los bomberos vinieron a recogerla el sábado.

—Veamos.

Al final, encontró la lista de los enfermos trasladados por los bomberos. Ese sábado, sólo hubo tres mujeres. Pero ninguna se llamaba Madeleine. Ni tenía cien años, como Tom creía. Lo que lo descolocó. La secretaria le explicó entonces que podía ser que los bomberos la hubieran

llevado a otro hospital. Aunque le extrañaba mucho, la verdad. Al oír eso Tom agachó la cabeza y empezó a sollozar. La joven, muy emocionada, hizo lo que pudo para ayudarlo. Llamó a todos los departamentos, uno detrás del otro. Hasta que fue a dar con una enfermera de geriatría que le contestó que ellos tenían una paciente que se hacía llamar Madeleine, pero que había sido registrada con otro nombre. El que correspondía a sus documentos de identidad, claro. Llevaba allí seis días. Y tenía noventa y tres años. Habitación 23.

Tom llamó a la puerta.

Al verlo entrar, Madeleine se incorporó, entrecerró los ojos y arrugó el rostro. Estuvo así un momento. Cuando por fin lo reconoció, se le alegró la cara y sonrió. Aunque enseguida se llevó la mano a la boca, al recordar que no se había puesto la dentadura.

—¡Madre mía! ¿Qué haces tú aquí?

Él puso el ramo marchito sobre la cama, pero no se atrevió a acercarse más.

—Le he traído flores de su jardín.

—Y mis animales, ¿cómo están?

—Muy bien.

Parecía como si ella esperara algo más. Él se rascó la cabeza un poco... y se lanzó.

—Sabe, señora..., señora Madeleine, me olvidé de preguntarle cómo se llaman sus mascotas la otra vez. Así que les he puesto nombre, mientras. ¿Seguro que no le molesta? *Palurdo* y el *Polilla*. Salen todos los días a pasear, a hacer pipí... y lo demás. Y comen muy bien. He venido a verla justamente porque quería saber cuándo regresa. Las croquetas no tardarán en acabarse. Y no sé qué hacer para...

—¡Pero es que yo no sé cuándo me van a soltar! ¡Lo pregunto todos los días! ¡No hay uno que se digne a decírmelo!

—¿Y de las piernas, está mejor?

—Ah, bueno. Me hacen andar todos los días. El pasillo entero. Ida y vuelta. De interesante, nada. Si por mí fuera,

yo diría que estoy curada. Con lo que me aburro aquí, además, pequeño...

La enfermera entró y dijo que las visitas se habían terminado. Tom se acercó a Madeleine. Dudó, pero al final se inclinó para besarla.

—Hasta pronto, entonces.

—Sí, eso, hasta pronto.

Madeleine tenía los ojos un poco humedecidos, claro.

Tom se fue rápido. Para ir, había tenido que saltarse las dos horas de deportes. Era la primera vez que lo hacía. Y esperaba que el profesor no se lo tomara demasiado a mal. De todas maneras, para no perder el bus de vuelta iba a tener que correr mucho y muy rápido. Como si fueran siete vueltas al estadio. Sabiendo que el anillo interior tenía cuatrocientos metros y que la distancia entre la parada del bus escolar y el hospital era de alrededor de tres kilómetros...

Compensaba de sobras.

19

JOSS EN LA PLAYA

Está haciendo el muerto. Es lo único que sabe hacer sin hundirse. Cada vez que hay una olita, le entra un poco de agua en los ojos, la boca y los agujeros de la nariz. Pero ahora ya no se ahoga. Ha aprendido a cerrar todos los orificios al mismo tiempo. Se siente bien. Sin nadie que venga a joder. Jean-Claude se ha ido con Lola y los demás a jugar un partido de voley en la playa. Que les vaya bien. No le apetecía nada ir. Ese juego, de todas formas, tampoco es que la emocione. Correr, saltar, todo eso nunca ha sido bueno para ella. Así que nada de deporte. El único que ha hecho, al final, es deporte de cama. Eso piensa, en plan coña. Aunque, en el fondo, no le hace gracia. No quiere pensar en eso ahora. Ponerse nerviosa. Sólo quiere disfrutar el momento.

Pero no dura mucho. Porque vuelve Jean-Claude. No puede estar más tiempo sin ella. En fin... sin sus tetas. Las acaricia, las chupa, las mima. Les murmura palabras tiernas. Joss está harta. No hace ni tres días que se han conocido, y ya le carga. Lo rechaza en seco, se levanta y se va hacia la playa. Él la sigue como un perro al que le han quitado su hueso. Gime, lloriquea, pero ella sabe cómo suele acabar. Se conoce. Así que se aleja rápido, sin girarse.

—Vete a jugar a la pelota con tus colegas. Y así nos relajamos un poco.

—Joss, por favor...

Él se detiene y la ve alejarse, impotente. Sin poder salir del agua para que no se vea la erección.

Lola corre a reunirse con Joss.

—¿Qué te pasa? ¿Estás de morros?

—No. Me vuelvo.

—¡No seas pava! Estamos súper bien aquí.

—Hace dos días que el cenutrio ese no habla más que de mis peras. Ponte en mi lugar.

—Ya me gustaría...

—No, espera. ¡Es que ni siquiera me ha mirado! ¡Me juego lo que sea a que le preguntas de qué color tengo los ojos y no lo sabe!

—Me haces gracia. Pero si siempre es así.

—Ya, pero ahora me agobia.

—¡Tengo una idea! ¡Sólo tienes que cobrarle por tocar! ¡Ganarás un montón de dinero!

—¡Pero qué dices! No soy ninguna puta.

—Ya lo sé. Pero no sería por follar. Sería sólo para que pudiera magrearte... Punto. No es lo mismo que hacer de puta, ni mucho menos.

—Mmm... Lo más gracioso es que con esa pasta podría pagarme la operación.

Justo al alargar la mano para anunciar una tarifa, se desinfló. Se preparó la mochila y se marchó. Sola, porque Lola quería aprovechar los dos días que quedaban. Era la primera vez que venía a la orilla del mar. Joss también. Pero para ella no era un motivo suficiente para quedarse.

Caminó hasta una gasolinera. Donde fue a dar con una mujer muy simpática, que aceptó llevarla una parte del trayecto. Y la dejó llorar tranquilamente. Sin hacerle preguntas.

Justo cuando lo necesitó, le ofreció un paquete de Kleenex. Nada más.

Bueno, sí. Le dijo cómo se llamaba: Josette. Le hizo sonreír. Joss y Josette... O a lo mejor es que ya había llorado bastante. Simplemente.

20

CROQUETAS

Tom está tumbado, con la cabeza metida debajo de la caravana. Acaricia suavemente a la gallina. Ha puesto su primer huevo. Teme quitárselo ya y que eso la desanime para poner más. Así que decide dejárselo. Y coge la caja negra que hay debajo del chasis. Que es lo que, en un principio, andaba buscando ahí debajo. Antes de volver a entrar, echa un vistazo alrededor para asegurarse de que no hay nadie. Luego cierra la puerta, echa el pestillo y corre las cortinas. El corazón le late a cien por hora. Busca la llavecita en el cajón de los cubiertos y se sienta delante de la caja. Con la nota de Joss al lado. Se la sabe de memoria. Pone que si tiene algún problema puede coger algo de pasta. Sólo si es grave.

Y esto, para Tom, lo es.

Coge aire con fuerza y abre la caja. Encima hay una hoja grande llena de sumas, restas, números tachados, garabateados, marcados con círculos. Debajo, los billetes. Coge uno, lo anota en un rincón de la hoja, echa rápido la llave, descorre las cortinas, quita el pestillo de la puerta, sale, se tumba en el suelo por debajo de la caravana y pone la caja donde estaba.

Al fin puede respirar.

Lleva media hora pedaleando por la carretera. Hace mucho calor, tiene sed y está reventado. Todavía le queda camino. Se sienta para descansar. Un ruido de motor. Se levanta y empuja la bici hacia un lado. El vehículo pasa por su lado y un poco más allá, frena en seco. Pita tres veces. El conductor abre la puerta y le hace gestos ostensiblemente.

—¡Eh! ¡Pequeño! ¿Puedo ayudarte?

Tom reconoce a Samy. Traje negro, corbata negra, camisa blanca... Como la primera vez. Salvo que ahora tiene arreglada la bragueta.

—No, gracias.

Pero Samy se acerca.

—¿Adónde vas así? ¿Te acerco?

—No, no, está bien.

—Detrás hay un montón de sitio. Mira. No me molesta.

Samy le quita a Tom la bici de las manos, abre la puerta trasera del coche fúnebre. La apoya sobre una corona de flores de lis.

Tom abre los ojos como platos.

—No te preocupes. No estorba.

—Pero... ¿hay un muerto dentro?

—Pues claro.

—Entonces prefiero no ir, de verdad...

—Pero, ¿por qué?

—¿Me puede devolver mi bici, por favor?

—Pero no pasa nada, te lo juro. Me hace gracia; al principio, yo era como tú. Antes me acojonaban, pero al final encontré el remedio. Basta montarse alguna peli. Por ejemplo: que los cuerpos de los muertos son como cáscaras vacías. Cosas que dejamos aquí para poder viajar al otro barrio con menos peso. ¿Sabes lo que quiero decir? Bueno, ahora me he hecho un lío. A ver, escúchame. ¿Ves donde está el cementerio? Bueno, pues te dejo justo antes. Así si vas al centro adelantarás unos kilómetros. ¿Te parece?

Tom acepta. Se monta delante. En el sitio del muerto. Le parece que ya ha oído decir eso alguna vez. Pero no sabe por qué se dice. Y no se atreve a preguntárselo a Samy.

—Así que dime, pequeño, ¿tú sabes por qué se dice que el sitio al lado del conductor es el sitio del muerto?

—Ah, qué tontería... No, ¿por qué?

—Bueno, de hecho, ¡no lo sé! No trabajo en esto desde hace mucho, pero nunca me ha tocado transportar un fiambre sentado ahí, por ahora. ¿Es raro, eh? Hay preguntas que uno no hace nunca, para no parecer gilipollas. Y a fin de cuentas, nunca dejas de serlo, un solemne gilipollas.

Bueno y tú, qué, ¿todo bien desde aquel día? Pronto las vacaciones, ¿no? ¿Estás contento?

—Sí.

—¿Te vas a algún sitio?

—No.

—¿Te quedas aquí todas las vacaciones?

—Pues… sí, eso creo.

—¿Y tu hermana también?

—Ella no lo sé.

—No te lo pregunto por nada, eh. No es un interrogatorio. En todo caso, yo ya estoy. Me instalo aquí. He firmado un contrato indefinido en la funeraria y he encontrado un apartamento. Estoy loco de contento. Yo creo que el mal fario ya ha pasado. Bueno, atento… que llegamos, hay que ponerse serios. Voy a bajarte la bici, con discreción. Espérame ahí, al lado.

Aparca cerca de la entrada del cementerio. Tom tiene cosquillas en la nariz, por culpa del polen de las flores de lis, seguramente. Se suena. Un grupo de hombres y mujeres se acerca. Lo rodean. Lo abrazan. Le acarician el pelo. Pobrecito. Está tan triste… Es tan mono… Terrible.

Samy llega empujando la bici.

—¿Qué pasa? ¿Ha pasado algo?

Uno le responde sollozando.

—Es el hijo del difunto. Pobre muchachito.

Tom mira a Samy, como pidiendo socorro.

—Perdonen, señoras, señores, pero este niño no es quien ustedes creen. Lo siento.

—¿De quién es entonces?

—Es… mío. Viene para acompañarme. Hoy no tiene colegio, es sábado. Ya me entienden…

Tom pone una cara… Samy le devuelve su bici.

—Ten mucho cuidado al volver a casa, ¿eh, Tom? Ten cuidado, hijito.

Samy se inclina sobre él y le murmura al oído: «Me lo invento todo… pero es gracioso, ¿no?»

Tom se va rápido. Tiene que darse prisa para ir a comprar

las croquetas de los animales. La tienda está lejos. Y luego le quedará todo el camino de vuelta. Con las dos bolsas de diez kilos a cada lado del portaequipaje, para equilibrar el peso. Va a ser duro. Pero no quiere fallar.

En los descensos, agacha la cabeza para sentir el aire de los corredores.

Y piensa que es un tío majo, a fin de cuentas, este amigo de su madre.

Un poco majareta.

Un poco chiflado.

En una palabra, un grillado.

... Aunque no sólo.

21

JOSS Y JOSETTE

Se oyó un gran ¡PUM! cuando explotó la rueda. Ellas saltaron del susto. Pero Josette consiguió mantener el volante derecho y no caer a la cuneta. A continuación, empezó el engorro de verdad. Hubo que encontrar un taller que quisiera repararla. Porque claro, la rueda de repuesto estaba desinflada. Y sobre todo que además era viernes. Cuando terminaron de arreglarla ya era de noche. Joss y Josette empezaban a tener hambre. Pararon delante de un pequeño restaurante que había de paso. A esas horas todavía servían. En un lugar así, las nueve y media es tarde para un restaurante. Una suerte. Josette sabía perfectamente que Joss no tenía un duro, así que la invitó. Comieron, charlaron y rieron hasta pasada la medianoche. Y el patrón les sirvió vino a discreción. Al final estaban bastante piripis. Antes de meter la llave en el contacto, Jo-Josette sacó un test de alcoholemia y sopló. Mierda, había sobrepasado el límite... Aún siguieron bromeando un rato y luego se durmieron dentro del coche, en el aparcamiento del restaurante. Hasta el mediodía siguiente.

Sábado. Josette al teléfono.

—He dormido en el coche de lo cansada que estaba. ¿Te das cuenta? Y encima todavía tengo que pasar por la obra nueva. Voy a llegar tarde. Te recogeré mañana a mediodía, ¿vale? Y tú, ¿qué haces? ... Ah, muy bien... Pero que no se diga, Rémy, ¡en la vida hay más cosas aparte del piano! ¡Hay que salir, aprovechar las horas de sol...! Pásame a Mine... Sí, lo sé, Mine, es importante que él ensaye las escalas, vale, lo sé. Pero con su edad tiene que gastar otras energías también. Yo qué sé. Basta con que

Raymond saque el arco, por ejemplo... Eso le encanta. Bueno, te tengo que dejar, eh, hasta mañana.

Se gira hacia Joss.

—He dejado a mi hijo en casa de mis padres el fin de semana. Están bien, pero siempre hay que estar más o menos encima. Y tú, ¿con quién has dejado a tu hijo?

—¿Tom? Tiene once años. Se espabila solo.

—¡Eres jovencísima para tener un hijo de once años!

—Ya.

—¿Con qué edad lo tuviste?

—Con trece años, casi catorce.

—Hostia, qué joven. ¿Y el padre?

—¿El padre qué?

—Pues con tu hijo, ¿cómo se porta?

—No sabe que existe.

—¿Y tú no querrías que lo supiese?

—¿Para qué?

—Por el niño.

—Ah, no. Me daría demasiado miedo que él quisiera conocerlo. Yo siempre digo que quizá ésa ha sido su suerte.

—¿Tan horrible es?

—Violento, camorrero, un delincuente. Y obsesionado con la talla de mis tetas, más que la media. Un verdadero gilipollas, vamos.

—Ah, claro...

Se ríen. Luego Josette se incorpora de nuevo a la carretera. Conducen un rato en silencio. Al final, Joss decide decírselo:

—Voy a operarme.

—Ah—. Josette calla, como dejando pasar un ángel.

—Todas las chicas sueñan con tenerlas como tú, ya lo sabes.

—Sí, pero yo no, yo no sueño con eso. Eso sólo me impide verme los pies. Y algún día me gustaría dejar de pisar mierdas.

—Ah, vale.

22

CHOCOLATE A LA FRAMBUESA

Le dio diez vueltas al estante de la confitería antes de decidirse. Finalmente, con el dinero suelto que le quedaba, Tom se compró una tableta de chocolate. Relleno de frambuesas. Hacía mucho tiempo que le tenía ganas, por culpa de la foto del paquete. Frambuesas rojas y gigantes. Hmmm... Sólo con mirarlas se le hacía la boca agua. Salió de la tienda. Ató los veinte kilos de croquetas a cada lado del portaequipaje. Y salió de nuevo a la carretera.

Esperó para pararse hasta que tuvo mucha hambre. Luego eligió un árbol. Apoyó la bici contra el tronco y se sentó al pie. Sólo entonces, sacó la tableta del bolsillo. Con delicadeza, sin romper la bonita foto de las frambuesas ni el papel dorado, la abrió. Tomándose su tiempo. Partió una primera onza, la miró por cada uno de los lados, aspiró su olor profundamente y, al fin, la deslizó en su boca. Estaba claro. Recordaría este momento siempre. Cerró los ojos, dejó fundirse en la lengua la fina capa de chocolate y al sentir despuntar el aroma y la textura de la frambuesa, soltó un larguísimo suspiro. Impresionante... qué pasada. Cuando volvió a abrir los ojos, se le había pasado la primera impresión. A continuación engulló las demás onzas, intentando recuperarla. Al final, se dio cuenta de que debería haber parado antes. Demasiado tarde. El daño estaba hecho. Algo empachado, arrugó el envoltorio y lo lanzó a sus espaldas. Luego se montó en la bici y retomó el camino. Antes de llegar a casa de Madeleine, tuvo que pararse. Devolvió sobre la cuneta. Un vómito negro con hilitos rosas. Nada más verlo, empezaron a entrarle sudores.

Palurdo y el *Polilla* lo esperaban tumbados a un lado y otro de la puerta cerrada. Nada más abrirla salieron

salvajemente, arrollándolo. Casi se cae. En efecto, los había hecho esperar demasiado. La prueba, el olor. Lo limpió rápido y se tumbó en la cama a descansar. La cabeza le daba vueltas. Pero es que el día había sido duro. Todos esos kilómetros en bici, la tableta de chocolate en el estómago y ahora las mierdas estas de perro y de gato habrían acabado con cualquiera.

Y Tom se durmió.

Se despertó a medianoche. Se sentía mejor, pero no repuesto del todo. Seguía con retortijones en el estómago. Buscó en la despensa algo para hacerse un caldo. Era lo único que podía tragar. Y decidió quedarse a dormir. De todas formas, Joss no regresaría antes del día siguiente, domingo, por la tarde. Y la gallina se espabilaría para comer algo alrededor de la caravana.

Se acostó después de cerrar la puerta con llave. Una puerta de madera de verdad. Se sintió seguro.

Al cabo de unos minutos, se levantó para entornar la ventana.

Y al fin, mecido por los ronquidos y los pedos de un perro, viejo y casi ciego, y de la mitad de un gato, se durmió tranquilamente, enroscado.

23

EL SUEÑO DE *PALURDO*

Huele bien... Mmmm sí, muy bien... Por ahí... No, por aquí... Oh, oh... Qué nervios... ¿Me sigues, no?... No seas idiota, pequeño... Pégate bien a mí... Estoy ocupadísimo metiendo la nariz en todos sitios... Haz como yo, y ya veremos... La próxima vez ya sabremos qué nos conviene más... ¡Fíjate bien en el ritmo! ¿Oyes? Si no, nos vamos a perder... Con nada, un chirrido, una pequeña aceleración, y... ¡zas! un golpe de riñones y salgo como un cohete... Es la testosterona... Me vuelve demasiado impulsivo... ¡Es mi talón de Aquiles! Ya no oigo jadear... Mierda... Nadie me sigue. Demasiado a tope... Lo prefiero así, de todas formas... Ah, así gano tiempo... Respiro bien además... No como ella... Siento que se agota... Voy a hacérmela... Voy a joderla... ¡STOP! No te muevas... Ay, la cola, se me levanta... Se mueve demasiado rápida... Joder, tendrían que habérmela cortado... Cuando estoy así de excitado no la puedo controlar... Tengo que aguantarme... Sin gemir... Calmarme... Así, así mucho mejor... Respirando, la lengua dentro de la boca... Qué fuerte, ahora a babear... No hay que soltarla... Todavía no... un poco más... Bien, ya lo oigo llegar, al abuelo... sí, ahora lo siento, está a dos pasos... es el abuelo. Tiene un arma. ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! Ah. ¡No puede ser! No me lo creo. Qué gilipollas. Aun así falla. Ni con escopeta. Y con éste he acabado... Quiere que yo enseñe al pequeño ese, porque dice que estoy demasiado viejo. ¡Qué cenutrio! Llevo una hora detrás de la cierva esta, se la pongo a tiro, pan comido... y ¡Pam! Al lado. Eso me toca mucho los huevos. Va de caza sólo para pasear los kilos y pimplar. Aunque... con los controles, ahora ya no se hace tanto el listo. Y no me quejo. Así no me juego tanto el

pellejo. Bueno, ya está bien por hoy. ¿Volvemos a casa? Pero ¿dónde está el otro, el pequeño…? Apuesto a que no encuentra el camino. Y lo vamos a tener que estar buscando hasta que se haga de noche. Como la última vez. Cuando lo encontramos, estaba acurrucado en el hueco de un árbol y temblaba como si hubiera visto un lobo… Valdría más tenerlo como mascota… Tiene la sangre cuajada. Pero bueno. Ellos hacen lo que quieren. No son muy listos. Así que mientras, yo me callo la boca, obedezco… y les doy la razón…

Eh, que el abuelo… para mí es un abuelo encantador.

Bueno, ¿y entonces? ¿Cuándo comemos? Me crujen las tripas.

Palurdo abre los ojos. Está a oscuras. Ha debido de soñar mucho. O quizá está muerto. Se palpa, se rasca detrás de la oreja, se huele el ojete. No, no debe de estar muerto. Todavía se tira pedos y se siente igual de incómodo. Pero ¿cuando uno está muerto…? Decide no molestar al *Polilla* con sus preguntas, ya se flipa bastante él solo, el pobre minino. Para qué darle más motivos. Ale, a sus asuntos. Correr toda la noche. Volver a encontrar a su cierva. ¡Oh, qué cierva! Sagrada belleza. De ensueño. Que lo mira, cada vez que está a punto de atraparla, con esos ojos dulces, tan dulces… que lo mata. Así que la deja irse. Para volverla a buscar. Una cierva de ensueño, la verdad.

Mañana por la mañana, por lo menos, intentará levantarse pronto para aclararse. Estaría bien saber, de una vez, si está muerto o vivo. En relación a sus tripas, se entiende.

24

LA PREOCUPACIÓN DE JOSS

Joss volvió antes de lo previsto. Y estuvo esperando a Tom un buen rato después de que anocheciera. Se preocupó un poco, claro. Pero al final, se hartó de esperar y se acostó, después de haber echado a la gallina fuera y haber cerrado la puerta con pestillo.

Y se tumbó en la oscuridad, con los ojos abiertos.

No cogía el sueño. Los últimos tres días desfilaban aceleradamente. El encuentro con Jean-Claude, y ella, que una vez más se imagina: uf, éste sí, éste es el bueno. Salvo que... bueno, no. Se equivoca. Otro más que sólo se mueve por sus peras. Y luego Lola, su amiga, olé... «Oye, Joss, tengo una súper idea...» Todavía se pregunta por qué le hizo caso. Qué estupidez. Pero lo peor vino luego, cuando la dejó tirada como una colilla... Sólo porque quería aprovechar todo el fin de semana en la playa... Eso no lo asumió del todo. ¡Qué cerda! Luego, fue mejor. El encuentro con Josette, que la recogió en autostop. Guay, la chavalita esa. Una súper noche. Seguramente se volverán a ver. Y luego, ahora. Ella sola. En esta caravana podrida, en medio de ninguna parte. Con una puerta tan fina que un empujón con el hombro basta para tirarla y colarse ¡catacrac! Puede entrar cualquiera, cuando quiera. Es la primera vez que lo dice así. La primera vez que piensa en eso. Puede que por la historia del otro día con Samy. Cuando la cogió y... Seguramente es por eso. Si Tom no hubiera entrado con la escopeta... Se oyen ruidos raros, fuera. Descorre la cortina. Noche cerrada. No se ve nada. Tiene un poco de miedo, de pronto.

Y Tom. ¿Dónde está?

Se levanta sin encender la luz y sin hacer ruido. A beber un vaso de agua. Echa un ojo al despertador. Las dos de la mañana. No sabe qué hacer. Prepararse algo de comer, ¿quizá? ¿Leer? Tiene deberes atrasados. No sería ninguna tontería ponerse ahora. Tiende la mano hacia el interruptor... Un grito fuera. Que le pone los pelos de punta, de la cabeza a los pies. A pocos metros de la caravana. Pasa algo. Violento. Apenas dura. En unos segundos, termina. Abre la puerta de golpe. El zorro huye dejando la gallina tras él. Algunas plumas todavía planean en el aire. Aterrizan lentamente. Rozando las briznas de hierba... Joss recoge la gallina. Le acaricia la cabeza. Las plumas todavía calientes. Le murmura que se arrepiente, que no debería haberla echado así. Que lo siente. Luego, se repone. Y, de un golpe seco, le retuerce el cuello, para acortarle la agonía. La ata por las patas a la cuerda del tendedero, va a por un cuchillo, la desangra. No es cuestión de dejarla perder. La va a cocinar. Un guiso de gallina. Cuando Tom vuelva mañana se van a poner las botas.

Envuelve la gallina en una bolsa y la cuelga del cordón. No vaya a ser que el zorro vuelva a buscarla. Y entra de nuevo, coge los cuadernos y se pone a repasar. Últimamente va muy atrasada. Tiene que recuperarlo. Porque esto no termina en el bachillerato. Luego habrá que seguir estudiando para ser enfermera. ¡Joder! Cómo le gustaría. Poner inyecciones, sacar sangre y toda la pesca. La sangre no le da miedo. Y la orina, la mierda y los vómitos tampoco le importan. A priori es una ventaja cuando quieres trabajar en eso.

De momento, el boli en la boca y la mirada en el techo, se marca grandes propósitos. Salir menos. Beber menos. Dejar de creer en el amor en cada polvo. Encontrar trabajo. Eso estaría muy bien, la verdad. Sobre todo, para poder vivir en otro sitio, poder pagar algo más que esta caravana. Todo esto empieza a alargarse demasiado, ese «mientras tanto». Tres meses. Sin una habitación de verdad, sin un cuarto de baño de verdad, sin un váter de verdad, sin teléfono, sin nada. Empieza a ser jodido todo esto.

Piensa de nuevo en Tom. Dónde está, el tontaina este. Si lo pillo…

Son las cuatro de la mañana. Y está algo preocupada, normal.

25

MADELEINE SE ABURRE

Las cuatro y cinco. Falta una hora y cincuenta y cinco minutos para que la enfermera de por la mañana pase a hacer las curas y servir el desayuno. ¿Cómo estamos, señora Madeleine? ¿Ha dormido bien? No, no. He dormido fatal, gracias. Con una sonrisa. De todas formas, no presta atención a lo que le digo. Y lo peor es que me divierte. Pero es que no tengo muchas oportunidades, aquí. Con todos estos enfermos. Los viejos estos quejándose todo el día. Y toda la noche, sobre todo. Bueno, cuando no les han dado la dosis para calmarlos, eh. Porque lo sé. Desde la segunda noche. Lo hacen para estar tranquilos, los que están de guardia. No todos, claro. Algunos... Yo sé quiénes. La primera mañana, ni siquiera pude abrir los ojos de lo atontada que me dejó lo que me dieron. Yo ya sé el truco. Son las pastillas que parecen sacarina y que te dan con el café del desayuno. Yo me cojo dos en una mano. Y luego, ¡hop! Nada por aquí, nada por allá, las cambio. Me las tomo delante de ellos. Se ponen contentos, pensando que van a poder descansar un poco. Pero, ojo, que yo los entiendo. Yo haría lo mismo si fuera ellos. Porque... con lo que hay aquí, no me gustaría tener que ocuparme de todo esto. Estos carcamales quejándose todo el tiempo. Que llaman al timbre continuamente. Ah, y así, cantidad de veces. Yo, mientras, me reservo las pastillas. Tengo ya catorce. Un buen paquetito. Las guardo en la caja de plástico que me dieron para meter la dentadura. Las escondo debajo de los pañuelos de papel. Ahí, al menos, estoy segura de que nadie va a mirar. Quizá me sirvan un día. Quién sabe... No me gusta sufrir. Así que, cuando me toque, si no hay alguien para ayudarme, pues... tendré lo necesario. Sin molestar a

nadie.

—Buenos días, Maïté. ¿A qué hora es el desayuno?

—Ya viene, ya viene... Todos tienen prisa aquí, Dios santo... Ah, pero hoy está en plena forma, señora Madeleine. Empieza a recuperar el tono, ¿eh?

—Dos kilos en siete días.

—Eso es lo que le hacía falta. Cuando llegó, no estaba de muy buen ver. La piel en los huesos, no tenía más.

—Yo he sido siempre menuda, dese cuenta...

—Sí, pero incluso así, era como para decir que... no sé yo... ¡Parecía sacada de un campo de concentración!

—Ah.

—Estaba muy, muy débil. Sinceramente, los primeros días hacíamos apuestas entre los compañeros —continúa la enfermera.

—Ah, ¿sí?

—Pero ahora ya está saliendo adelante. En fin, por ahora. Porque tiene que tener mucho cuidado cuando se vaya a su casa. Cambiar de hábitos. Comer con regularidad. Tres comidas al día, ¿eh?

—Ya me gustaría, pero eso cuesta dinero.

—Sí, la entiendo. Pero tendrá que encontrar una solución. Porque lo ideal es que coma carne al menos una vez al día. ¿Sabe? Si no, le tocará otra vez llamar a los bomberos.

—Ah.

—¿Cuándo se va?

—Pues eso es lo que yo querría saber, no te digo.

—Voy a preguntárselo al responsable médico. Ahora vuelvo.

Madeleine esperó durante todo el día. La enfermera no volvió. Demasiados pacientes. Demasiadas cosas por hacer. Pobre, es un trabajo cansado. Mañana se lo preguntará otra vez. Quizá entonces se acuerde... Porque tendrá también que encontrar a alguien que venga a buscarla. ¿Momo, quizá? Ahora tiene un coche de la empresa. Pero sigue sin teléfono. Si no, también está la panadera. Aprovechando

que hace la ronda. No pierde nada por preguntarlo… Pues eso. Madeleine sonríe por fin.

26

SAMY ESCUCHA A BASHUNG

Hay eco. Normal, todavía está vacío. Cuando se instale, y haya metido los muebles, mejorará. De momento, se ha traído la maleta, el saco de dormir y una caja, con sus libros y su música. Es todo lo que tiene. Samy se pasea por el apartamento de dos habitaciones, la cocina en un rincón, un cuartito de baño y un váter. Observa. Los muros, el parqué, las ventanas, la anchura de los tabiques. Va probando. Los interruptores, la cisterna, los picaportes, la tapa del váter. Todo le parece bien, muy bonito. Ahora es su casa. Su pequeño palacio de Versalles. Para celebrarlo, se ha comprado una botella de champán. La descorcha y se sirve en el vaso del cepillo de dientes. Brinda con su reflejo en el espejo del lavabo. Por ti, Samuel... Escuchar su voz le incomoda. Por el eco. De pronto, cae en que va a tener que poner cortinas a las ventanas. Para amortiguar el sonido. Y que esté bonito. Le da igual si por dentro queda un poco marica. Con tal de que no se parezca a cuando estaba en el trullo.

Desembala la cadena de música, nuevecita. La deja en el suelo. Recula para ver cómo queda en el salón. Es su primer equipo. Está emocionado, claro. Mete la mano en la caja, buscando un CD y lo coge. Le quita el plástico.

Bashung. «Blue pétrole». El último.

Lo tararea.

La canción habla de correr menos.

Hasta dejar de correr del todo.

De sonreír menos.

Hasta dejar de sonreír del todo.

De amar menos.

Hasta...

Luego saca los seis libros de la caja. Todos nuevos. «Nada de libros de bolsillo, por favor.» Eso le dijo a la chica de la librería. Salía más caro, evidentemente. Pero para la primera biblioteca de su vida, quería empezar a lo grande.

Le pidió a ella que eligiera los seis. Era nueva y era la primera vez que le pedían algo así. Él se dio cuenta de que estaba de los nervios. Antes de ir hacia las estanterías, le hizo algunas preguntas. Nada más. Volvió y le puso los seis libros delante, uno por uno. Quería por lo menos que echase un vistazo... ¿A los títulos? ¿Las portadas? ¿Las biografías de los autores? Bueno, pues... a la contraportada, entonces... ¿No? ¿Está seguro? Bueno. Querría resumírselos, por lo menos... Por favor, señor... Él aceptó. Pero sólo por darle el gusto.

Empezará por *Bleu de chauffe*. El tío que lo escribió se llama Nan Aurousseau. La chica pronunció Nane. Nunca había oído ese nombre antes. En todo caso, el tío estuvo en chirona y ahora es escritor. Samy flipa. Porque a él, a veces se le ocurre escribir poemas. Empezó cuando era adolescente. Todo como muy encendido, claro. Para sus novietas. Pero un día no pudo soportarlo. Y decidió que no volvería a leérselos a nadie. Desde entonces, escribe poemas cuando hay algo que lo carcome por dentro y tiene que sacarlo. Cuando no puede hacer otra cosa. A escondidas. Muchas veces sentado en el váter. Luego los mira un tiempo y acaba quemándolos. Para asegurarse de que no lleguen a manos de nadie. Se sentiría demasiado vulnerable. Y eso, para él, no es bueno.

Pronto hará seis meses que Samy salió en libertad. Pero todavía no se lo cree. Y no es el único. El otro día, un tipo, en la cafetería, le contó que le llevó años acabar de creérselo. Y que todavía ahora, algunas noches, se despierta gritando. Porque le parece oír la llave girando en la cerradura... Clac.

Farid, se llama. Un tipo muy simpático. Trabaja como editor. Únicamente de libros de cocina. Que no es que sean su fuerte. Pero por la manera como le habló, daba la impresión de ser algo súper interesante.

27

CAPTAIN ACHAB, GATO CELOSO

Hace buen día. Archi y Odette desayunan fuera. Escuchando distraídamente las noticias de la radio. Tumbado a sus pies, *Captain Achab* intenta llamar su atención por todos los medios. Esta mañana querría que entendieran que tiene una necesidad acuciante de caricias. Ahí, en la barriga, estaría bien. ¡Ahora! Hace días y días que lo tienen abandonado. Así que decide jugarse el todo por el todo. Se estira largamente, pestañea con mirada lasciva. Hacia Odette, sobre todo. Ella es especialmente sensible. Pero nada. Como último recurso, intenta un bostezo seguido de un maullido breve. Normalmente eso les hace sonreír. Pero ahora, ninguna reacción. Está asqueado. Tanto más cuanto sabe perfectamente en qué están pensando. En el mocoso ese que viene a robarles la fruta y las verduras, sin que hagan nada por evitarlo. Un misterio.

Porque...

Va a hacer casi un año que se instalaron aquí y que trabajan sin descanso para sacar adelante el jardín. Y les va bastante bien. Sobre todo para el que conoce el grave *handicap* de salida: detestaban profundamente el verde. Antes de venir aquí, ¡no podían verlo ni en pintura! Que ya es decir. Aunque no lo quieran admitir, era por pura superstición. Dejémoslo... Resultó que ninguno de los dos había puesto un pie nunca en el campo, ni había cultivado siquiera una ramita de perejil en el balcón. Por no hablar del trabajo manual. Como habían trabajado sólo en oficinas, si alguna vez habían tenido las uñas negras, había sido por cambiar el cartucho de la impresora y si se habían partido los riñones había sido por las horas que pasaban sentados delante de la pantalla del ordenador. Los

pulmones sólo se habían llenado de aire peligrosamente cargado de CO_2, y las suelas de sus zapatos sólo habían pisado asfalto. Y lógicamente, sólo comían en los restaurantes, o compraban comida preparada y, como mucho, los días libres, cocinaban algún plato congelado, en casa. Según llegaba la jubilación, tuvieron que repensarlo todo. Y se lo olieron. No iban a poder seguir viviendo en la ciudad. Tuvieron que vender su apartamento y vinieron a parar aquí. Al principio, les pareció difícil. No conocían a nadie y se aburrían como ovejas. Así que para evitar la depresión y el alcoholismo, se lanzaron a pecho descubierto a la cocina, la jardinería, el bricolaje. Lo probaron todo. Luego hicieron amigos. Todos ecologistas de pro. Al envejecer todo el mundo toma conciencia de su salud. En fin, quizá… En todo caso, ellos lo tuvieron claro: se acabaron los productos químicos, los herbicidas sistemáticos, los pesticidas fulminantes. Bienvenidos sean el agua de estiércol de ortigas, el escardillo de papá, las mariquitas que comen pulgones. Y como Archibald y Odette son gente seria, han estudiado la cuestión a fondo. Se han documentado, han experimentado, han acudido a los salones y ferias Natura de la región. Y han comprado montones de libros. *Cómo conseguir tu jardín bio en diez lecciones, Jardinería bio con la luna y los astros, Secretos de un biojardinero…* En resumen: la panoplia. Eran imbatibles. Pero, sobre todo, estaban totalmente convencidos. Y una tarde, después de una comida bien regada con vino, por aquello de complicarse un poco más la vida, se lanzaron a un nuevo desafío. ¡Convertirse en autosuficientes! Llegar a cultivarlo todo ellos mismos y no tener que comprar más frutas ni verduras en el supermercado. Todo en menos de un año. El reto los excitó. A la mañana siguiente, Archibald se puso a construir un invernadero, para producir verduras en cualquier estación. Y Odette se especializó en los árboles frutales. «Porque vivir en el campo sin confituras, Archi, es como… Tati sin pipa, Marsella sin la sardina o el circo sin Medrano. ¿No es así, cariño?» Pero Archi no conocía ni la pipa de Tati ni la historia de la sardina del puerto de

Marsella ni el circo Medrano. Así que no dijo nada.

Pues, eso. Casi al final de su primer año aquí, están a punto de cumplir su reto. Después de todos estos meses de paciencia, apenas empiezan a aprovechar el trabajo, a ver el resultado de sus esfuerzos. ¡Y justo ahora le da al mamoncete ese por aparecer a trincarles sus patatas y sus zanahorias! Y ellos, ¡no sólo le dejan hacer, es que les hace gracia! El misterio crece.

Ahora, además, están preocupados. Y un poco decepcionados por lo de ayer tarde. Se nota. Se huele. Lo habían preparado todo. Escogieron cuidadosamente la película —*Le Renard et l'Enfant*, ¿estará bien para su edad? ¿Qué le parece? Espero que le guste—, sacaron las tumbonas al jardín, con las mantas por si acaso hacía fresco. Odette había dejado incluso, sobre la mesa pequeña, algunos trozos de ese pastel de chocolate del que sólo ella sabe el secreto. Y… el mocoso no vino. Ahora sí que están preocupados. Porque hace ya como tres días que no ha venido a trapichear en el invernadero y en el huerto. Y eso lo echan de menos. Piensan que le ha pasado algo. Se creen un poco sus abuelos. Pobres. No han tenido hijos. Eso les pica, seguramente.

De momento, si de verdad le ha pasado algo, le está bien empleado. Así aprenderá que siempre que uno da un mal paso, acaba pagándolo. La prueba, su pata mismo…

Ay, ay…

Captain Achab está celoso.

No todos los gatos son perfectos. Ni mucho menos.

28

¿DÓNDE ESTABAS?

Tom no tenía muchas ganas de volver a casa. Se decía que tampoco había gran cosa que hacer allí hoy. Sin deberes. Casi a final de curso. Visto el mal trimestre que acababa de pasar, de todas formas tendría que repasar un montón de cosas durante las vacaciones de verano. Así que tanto da no hacer nada más por el momento. A mediodía se ha preparado un platazo de pasta. Un festín de verdad. Y luego ha hecho la ronda del huerto. Para comprobar el progreso de sus matas. Los plantones de tomate dan la impresión de ir bien. Han florecido. Luego, por la tarde, se dice, iré a casa de los vecinos —los que se tratan de «usted» y son educados incluso cuando están enfadados— para ver cómo lo llevan ellos. Y aprovechar, de paso, para coger algunas provisiones. Hace tres días que no va. No queda nada de comer en casa. Cuando vuelva Joss va a poner el grito en el cielo.

Tiene todo el tiempo que quiere, así que ha hecho una visita a la pequeña cabaña junto a la casa. Un viejo gallinero. Todavía estaban las jaulas, con la paja dentro. Un mercadillo imponente. En un baúl ha encontrado montones de cómics antiguos. Ha cogido uno al azar. Luego ha sacado una tumbona de mimbre llena de agujeros, se la ha llevado debajo de un árbol y se ha tumbado a leer. *Palurdo* ha llegado trotando y se ha tumbado a sus pies. Empieza a roncar, fortísimo, y a tirarse pedos. Pero aquí fuera no molesta tanto.

Tom ha leído *Bibi Fricotin y los platillos volantes*. Le ha parecido muy divertido. Un poco inocente, también. Por ejemplo, cuando están en el planeta Marte, Bibi Fricotin y su amigo Razibus Zouzou —sí que es raro el nombre—

respiran sin escafandra… Y luego, cuando hablan con los marcianos, se entienden perfectamente. ¡Como si fuera posible que hablaran la misma lengua! Pero lo que más le hace reír es cuando deciden robar un platillo volante para regresar a la Tierra, pero no lo consiguen… ¡porque precisamente tiene antirrobo! Muy fuerte, en serio.

Ha vuelto a buscar más. Y ha dado con una caja llena de Mandrake, Blek le roc, Rodeo, Nevada, Yuma, Pepito… Una mina de cómics. Tendrá que preguntarle a Madeleine dónde los ha encontrado.

Fin de la jornada. Hace la compra en casa de los vecinos.

Se mete por el boquete de la valla, se para y escucha. Nada. Se agacha y, doblado, recorre las filas de zanahorias y coge cuatro. Repone bien la tierra, apretando con el pie. Lo mismo con cuatro puerros. Luego se para delante de unas matas de tomates recién plantadas. Están llenas de tomatitos verdes. En el pequeño letrero que tiene justo al lado, lee un nombre con la palabra «precoz». La otra vez que cogió los plantones no se fijó. Es un poco decepcionante, porque con los suyos tendrá que esperar un poco todavía antes de poder comérselos. Mientras, observa cómo están atadas las ramas a las guías. Quiere hacerlo exactamente igual. Se fija también en que en cada pie hay una botella con el culo cortado y puesta boca abajo. Para regar. No es ninguna tontería.

Antes de irse, duda, pero al final entra en el invernadero. Coge otros cuatro plantones de tomates, fijándose esta vez en que tengan escrita la palabra «precoz» en la etiqueta. Se va corriendo, por debajo de la valla. El gato no está. Le extraña. Coloca las hortalizas y las plantas en la cesta que ha atado al portaequipaje de su bici. Con cuidado de no estropearlas. Y luego… decide volver. Esta vez coge plantones de pepinos y calabacines. Muy grandes. Le da miedo no pasar por debajo de la valla. En efecto, tiene que hacerlo en dos veces. A la segunda, aparece el *Captain Achab*, sentado justo enfrente del agujero. Lo mira mal. Aún peor que las otras veces. Tom se pone tenso. Por

un momento, se piensa incluso si dejarlo todo y salir corriendo. Pero al final extiende las plantas delante de él y le murmura: «Son las últimas… no cojo más, vale…» *Captain* se levanta, lo mira fijamente, de mala manera. Se acerca despacio, renqueando con las tres patas. Tom cierra rápido los ojos para que no tenga la impresión de que se está mofando, como ha leído en algún sitio que puede ocurrir. Se roza contra su pierna. Y Tom da un grito. El gato desaparece bajo la valla. Quizá no es tan malo como parece, después de todo, piensa Tom. Aunque eso está por ver…

Empuja la puerta y apoya la bici contra un árbol. A la sombra. Para evitar que los plantones se estropeen. Hay plumas alrededor de la caravana. Plumas rojizas. Del colchón que hay pegado a los matorrales, que palpita al menor soplo de aire… Se acerca despacio a la puerta de la caravana. Se abre del todo. Es Joss y tiene pinta de estar muy cabreada. Tom da un salto atrás.

—¿Dónde estabas?

—En el jardín de los vecinos.

—¿Desde ayer por la tarde?

—Pues no, evidentemente.

—Ojo, Tom. No me tomes por tonta. ¿Dónde has pasado la noche?

—En casa de un amigo.

—¿De quién?

—Pues… es que no lo conoces. Un amigo del colegio.

—¡Tom!

—Pusiste que no volverías hasta hoy, pues yo creía…

—Ven aquí.

—No, mamá.

—Ven aquí, te he dicho.

—Mamá, por favor…

Lo alcanza y levanta la mano; él se le echa a los pies, se cubre la cabeza con los brazos, gimotea.

—¿Dónde estabas?

—No me gusta quedarme solo aquí, por eso…

Joss baja la mano.

—Venga, entra.

Él obedece. Con cuidado de no tropezar con ella. Ella lo sigue.

En la mesa, ve la caja negra abierta. Entendido. Va a haber fiesta.

Pero no. Le ha explicado que ha pasado tanta hambre que cogió la pasta para ir a comprar un conejo. La prueba… que mire ella misma en la nevera, queda un trozo. Y luego, con el cambio, había dudado, pero al final cogió una tableta de chocolate a la frambuesa. Fue una idiotez, pero se moría de ganas. Aunque eso, no podía demostrárselo porque se la había comido entera. Hasta se puso malo. Ella se ha reído… ¿devolviste?… Sí… Te está bien empleado. ¿Por qué no me dejaste nada? ¿Está bueno, eh, el chocolate a la frambuesa?… Sí, demasiado… Me encantaría probarlo. ¿Y si fuéramos a comprar?… Ahora no me apetece nada… Ella se acerca y levanta la mano, él se protege con el brazo; pero sólo quiere acariciarle el pelo. La mira por debajo, desconfiado, y ella le sonríe. Llora aliviado. Y ella.

—Venga, ven. No sé por qué me pongo así. Es más fuerte que yo. Pero se me pasa rápido, tú me conoces, ¿eh?

Y muy bajito, añade:

—Yo también he pasado miedo aquí sola, esta noche, pequeñito. Eso es todo… Ya está.

29

SALIDA DE SERVICIO

Madeleine espera delante de la puerta de servicio, el capazo en una mano, el bastón en la otra. Por fin, llega el coche y se para a unos metros. El chófer da un portazo y pasa corriendo por su lado. Ella espera. Pero como tarda en volver, decide espabilarse. Da la vuelta, abre la puerta y a duras penas se sienta delante. Murmura: «La que primero llega, mejor elige...» Se ríe ella sola. Enseguida las puertas traseras se abren de golpe. Se sobresalta. Le cuesta girarse, tiene el cuello algo rígido. Pero oye bien. Acercan la camilla, la arrastran hasta las puertas y lo suben, sin más miramientos. No le gustaría estar en su lugar, se dice ella. No es muy delicada, la gente esta. Las puertas se vuelven a cerrar. Y el chófer se sienta al volante. Es Samy. Mira a Madeleine, con asombro.

—Pero... ¿qué hace aquí, señora?

—Le estaba esperando, pardiez.

Es la primera vez que le pasa algo así. Samy no sabe qué hacer, ni qué decir.

—¿Es usted de la familia, no es eso?

—¿Qué, de quién?

—De... la persona que he cargado atrás.

—Ah, seguro que no. No tengo familia aquí. Pero ya que me habla... del de atrás... aprovecho para decírselo. Le falta delicadeza con sus clientes, joven. La manera en que ha subido a éste, hace nada, me produce escalofríos. Cuando uno está sufriendo, el menor movimiento es un calvario, ¿sabe? No lo tome a mal, eh. Se lo digo por usted. Podrían quejarse. Y lo que es peor, algún día podría pasar que usted mismo se encontrara en su lugar. Y ahí sí que vería lo que digo. Bueno... ¿Vamos entonces? ¿O estamos

esperando a alguien?

Samy no sabe si llamar o no a Arnaud, su jefe. Seguro que tiene más idea de qué es lo que hay que hacer en un caso como éste.

—Y… usted, ¿adónde quiere ir, exactamente?

—Pues a mi casa, como verá. Tengo prisa, quiero ver de nuevo a mis viejos diablos. Ocho días sin acariciarlos, ya me dirá.

Samy va con cuidadito. Tampoco hay que ser muy brusco con la pobre abuela. Seguramente está un poco de la olla.

—Y… su casa ¿está muy lejos de aquí?

—No, no mucho.

—¿Cuánto es no mucho? Diez minutos, un cuarto de hora…

—Oh, no.

—¿Menos?

—No, más.

—Pues entonces no voy a poder llevarla. Mi cliente… detrás, también necesita llegar. Tiene prisa. Quiere descansar.

—Puede dejarlo a él primero. No me molesta, para nada.

Samy suspira profundamente y gira la llave del contacto.

—No. Si, de todas formas, no va a despertarse. Voy a empezar por usted, definitivamente. Usted me indica el camino, señora, por favor. Muy amable.

Samy se ha enterado, durante el trayecto, de que Madeleine se llama Madeleine y que no está especialmente tarada. Sus viejos diablos no son más que un perro y un gato. Y todo lo demás, un error. Maïté, la enfermera, no le ha dicho por la mañana que se iba ese mismo día. Así que ella tampoco ha tenido tiempo de encontrar a alguien que pasara a buscarla. Ha pensado en un tal Momo, pero no tenía su teléfono. Y la panadera, mala suerte, los lunes no hace su ronda. Usted habla de gafe… Así que ella se dijo: «Maldita sea, tiene que

haber un coche para llevar a la gente a su casa. Alguien vendrá...» Y sí, ha esperado un poco y ha ido a dar con él. Buen chico, amable... Samy sonríe. Ya le ha parecido raro que hubiera tan poca gente que volviera a casa hoy. Luego se le ha acercado, para decirle bajito: «El otro, el de atrás, no ha dicho una palabra. Nos ignora, ¿no cree?...» Entonces, Samy ha estado a punto de reírse. Pero le ha dicho que seguramente es que dormía. Que estaría cansado.

Al llegar, la ha ayudado a caminar hasta la puerta. Ella ha intentado abrirla, pero estaba cerrada con llave. Lo que la ha descolocado un poco. Finalmente, se ha acordado de que había metido las llaves en el fondo del capazo. Al entrar, no se ha dado cuenta de que ya no olía el orín del gato, ni de que habían fregado el suelo. Ha ido directamente a acariciar a sus viejos bichos que, por un momento, han reaccionado alegres. Luego, le ha propuesto a Samy:

—¿Quiere una gotita de ratafía?

Él no sabe lo que es. Lo ha rechazado, no se fía. Ella ha insistido. Ha servido dos vasitos de licor, le ha puesto uno en la mano y el otro se lo ha bebido de un trago.

—Ah, ahora sí, como nueva. El viaje me ha dejado el estómago un poco revuelto. Pero siéntese, pues. ¿Quiere una madalenita con el licor? Combinan bien. Son las del hospital. No son malas. He cogido provisiones, verá.

Ha abierto el capazo. Estaba lleno. Lo ha mirado, traviesa. Y Samy ha sonreído.

—Maïté me daba todos los días doble ración. Más las que yo birlaba de las bandejas. Ni siquiera se daban cuenta, los viejos esos, así están, en las últimas.

—Bueno, pues gracias por la copa de...

—¿Quiere otra?

—No, gracias. Me tengo que ir.

—Ah, es verdad. Lo... habíamos olvidado, al otro. Debe de estar harto de esperar. Se va a morir esperando.

—Me extrañaría. Pero aun así voy a darme prisa para llevarlo. Venga, hasta la vista, señora Madeleine.

—Sí, eso, hasta la vista, joven.

Samy, al volante ya de su coche fúnebre, ha hecho un último ademán con el brazo a Madeleine, en su escalinata, y ha salido zumbando. Se le ha hecho tarde y todavía tiene que llevar al otro. A éste, no a su casa, sino a un cajón de la cámara frigorífica de la funeraria. Y pese a la hora tardía y el trato un poco bruto —hay que admitirlo— no se ha quejado.

O, al menos, Samy no ha oído absolutamente nada.

30

CURRO

Lola ha encontrado un curro para Joss. Una vieja a la que ella le hace el moldeado cada viernes y la permanente cada dos meses. Se cayó por las escaleras y fue la cabeza del fémur la que sufrió el daño. Busca a alguien por las mañanas para que le haga la compra, la limpieza de la casa y la comida. Pero no quiere a cualquiera. Está bastante bien pagado. Vive bien, la abuela. Cobra su pensión de profesora más la de su marido, un antiguo oficial del ejército. Está bien, no incordia mucho. Bueno, sí, un poco. Pero comparado con otros, nada... Ok. Joss se apunta. Va a ir verla. Si se ponen de acuerdo, puede empezar ya. La chica que estaba se fue ayer. La vieja la pescó intentando robar sus cubiertos de plata... ¿Cubiertos de plata? ¡Qué tarada esta! La comida sabe luego a eso. Y además, cuando se gasta la plata, aparece el cobre de debajo, y no es nada bueno para la salud. En fin, eso es lo que me han dicho...

La señora ha querido probarla. Ella ha limpiado y ordenado un poco la casa. Por suerte, apenas había vajilla sucia, y todo ha ido bien. Luego, jardinería: quitar las malas hierbas de las jardineras, podar los rosales. Coser y cantar. Y luego, la cocina. Ha hecho un pollo con especias y patatas salteadas. Su especialidad. Para acabar, le ha pedido que le lea en voz alta algunas páginas de un libro. No lo ha hecho mal. Así que la señora le ha dicho: «Gracias, señorita. Puede volver mañana.» Casi la besa.

Para celebrarlo, Joss se ha ido a tomar una cerveza con Lola al bar. Había algunos amigos y se han quedado bebiendo y jugando al billar. Justo antes del cierre, ha llegado Samy y se ha sentado en la barra. Tanto uno como el otro se han sorprendido de volver a encontrarse. Joss le

ha dado la espalda, para no tener que cruzarse con su mirada. Pero los ojos de Lola han empezado a mariposear. Qué buenazo, guapísimo. Y bien maqueado. De los que le gustan, vamos.

Joss se ha ido a casa, algo mosqueada.

Y Lola se ha lanzado a por su presa.

Pero había que currárselo. Porque después de todos esos años esperando entre rejas, la tendencia, una vez fuera, suele ser evitar complicaciones. Y en eso, Samy había decidido ir con calma. Sobre todo después de lo de Joss. Se le habían enfriado mucho los ánimos. Aunque claro, tiene muchas ganas de echar un polvo. Pero con la mejor amiga de Joss, le jode un poco, la verdad. Lola se ha sentado a su lado. Y han hablado un poco. Ella sonreía y jugaba sin parar con su pelo, moviéndose sobre el taburete. Era agradable a la vista y ligera al oído. Tampoco es que hubiera inventado el agua caliente. Ni la sopa de ajo. Pero otros ya lo hicieron por ella. Así que se ha dicho: qué importa... Tiene sobre todo una cosa interesante, el culo. No todo el mundo tiene uno así, tan bonito. Un triunfo, lo de Lola; de ahí su inclinación a ponerlo siempre por delante, natural. Con el cansancio del día, una libido cada vez más difícil de ignorar y unas cuantas birras después, empezó a dejarse llevar. Hasta que se abandonó. Sin restricción.

Y esta vez no ha tenido de qué arrepentirse. Lola lo ha manejado todo. Y ha demostrado una gran imaginación...

31

¿QUIÉN ES?

A la vuelta del cole, Tom entró corriendo en la caravana, soltó la mochila, dejó una nota por si volvía Joss, llenó las bolsas de la bici con un montón de botellas de plástico vacías, amarró la caja con los plantones de calabacín y pepino al portaequipaje y tomó el camino a pulmón lleno. Tenía que ir deprisa a casa de Madeleine, a dar de comer a *Palurdo* y el *Polilla*. Pobres, todo el día encerrados, no molaba. Para hacer sus necesidades, sobre todo, era demasiado. Les había puesto una caja llena de papeles, pero muchas veces se lo hacían al lado porque no estaban acostumbrados. Y es una mierda tener que limpiar todos los días.

Antes de llegar, se fijó en que había pasado un coche. Había marcas de rueda recientes en el barro del camino. Se bajó de la bici y siguió a pie. Vio, desde lejos, que la puerta estaba abierta. Lo que no le tranquilizó. Se acercó con discreción a la ventana, para ver qué había dentro. Madeleine había vuelto y estaba viendo la tele, con el *Polilla* en el regazo y *Palurdo* acostado a sus pies. Se calmó. Golpeó los cristales. Ella levantó la cabeza y entrecerró los ojos para ver mejor.

—¿Quién es?

—Soy Tom.

Entró. El perro y el gato apenas abrieron un ojo, pero no se movieron un centímetro de donde estaban. Su dueña había vuelto, y ya no lo necesitaban. Es un poco lo que de alguna manera le estaban diciendo. Se sintió molesto. Madeleine hizo un gesto invitándolo a sentarse a su lado. Le puso delante una madalena envuelta. Y siguió viendo la telenovela. Cuando terminó, se volvió hacia él.

—¿Qué tal estás, pequeño?

—Pues, estoy bien...

—Como ves, no me han traído hasta hoy. No se organizan muy bien en ese hospital.

—¿Y las piernas, recuperadas?

—Eso creo. O bueno, eso me han dicho...

Se rascó la cabeza, como reflexionando.

—Ahora que pienso... ¿Eres tú el que ha venido a dar de comer a los animales cuando yo no estaba?

Tom se puso tenso.

—Pues claro. Todos los días. Desde hace nueve.

—Ya lo imaginaba. Pero no estaba del todo segura. La memoria me juega malas pasadas. Quién sabe si no es por el tratamiento nuevo que me han dado. Quieres pastillas, pues toma... Se me suben a la chota... Así que has sido tú, el hombrecito que se ha ocupado de mis animales... Ah, pues, sí, sí... claro, tú... yo ya lo pensaba, en el fondo...

Todo esto, meneando la cabeza.

Siguió un silencio largo. Demasiado largo para Tom. Mientras esperaba a que ella lo rompiera, se inclinó a acariciar la cabeza de *Palurdo*. Y el perro viejo ese se puso a gruñirle y a enseñarle los dientes. Él retiró la mano rápido y se aguantó para no llorar. Luego miró a Madeleine. Tenía un aire ausente, como si estuviera dormida pero con los ojos abiertos. Tom se levantó suavemente y salió de puntillas. Se subió a la bici y luego... cambió de opinión. Había venido también para trabajar en el jardín. Así que soltó la caja con los plantones, sacó las botellas de plástico de las bolsas y se metió en el huerto. Les cortó el culo a las botellas, las puso boca abajo junto al pie de cada tomatera y las llenó de agua, como había visto en casa de su vecino inglés. Luego, plantó el resto. Cuando terminó, volvió a la casa. Madeleine, entretanto, se había levantado y estaba echando croquetas en la fiambrera de los animales. Tom llamó a la puerta.

—¿Dónde te habías ido? Estaba preocupada.

—Al jardín.

—Ah, vale. Yo saldré mañana a darle una vuelta,

venga. Me acompañarás. Todavía me duele un poco al andar. No sé lo que tengo, pero estoy como cansada. Voy a acostarme.

A Tom le pareció raro. Todavía era pronto.

—Ahora he cogido las costumbres de los viejecitos, eh. ¿Eso es lo que estás pensando? Pero a partir de mañana, se acabó. Las pastillas y las pociones esas. ¿A qué viene eso ahora? Es verdad. Yo he llegado hasta aquí sin todas esas guarradas y seguiré sin ellas. Para lo que me queda, tampoco hay que agobiarse.

—Hasta mañana, señora Madeleine.

—Sí, eso, pequeño. Hasta mañana.

Y se fue.

Con el corazón algo encogido, por culpa de *Palurdo* y el *Polilla*. Unos verdaderos canallas, los bichos esos... Sin sentimientos, reconocimiento cero. Si hubiera sabido antes que eran así, no se habría ocupado tanto de ellos. Un día sí y otro no, como mucho.

O menos, incluso. Eso seguro.

32

LEVANTARSE TEMPRANO

A lado del despertador, hay una nota. «Despiértame pronto. He encontrado curro.» (Sin ninguna falta. No puede ser, se ha copiado...) Tuerce el gesto. Despertar a Joss es una verdadera lata. En particular por las mañanas, está de muy mal humor. Cada día, intenta evitarla. Se organiza bien. La ropa al pie de la cama, lista para ponérsela, los zapatos, al lado de la puerta, y su mochila de clase atada ya a la bici, que está fuera, a resguardo por si acaso llueve. Pero esta vez, no hay salida. Todo esto lo piensa ya en pie, con calcetines y camiseta, en medio de la caravana. Y, para empezar, decide prepararle un café. Así ganará tiempo. Antes de llevárselo, enciende la radio. Busca una emisora con música. Joss es fan de las canciones francesas. Justo encuentra una que le encanta. Va subiendo el volumen a medida que se acerca a la cama, pone la radio al lado de su cabeza y se aleja de un salto. Un pequeño gruñido. Le trae la taza de café, sube un poco más el volumen y espera a ver la reacción. Otro gruñido. Aunque éste es más preciso: «Joder, qué mierda.» Tom mira la hora, se pone la chaqueta, muerde un trozo de pan, abre la puerta, toma aire...

—¡ES LA HORA DE IR A TRABAJAR!

Joss se incorpora de golpe, mira a su alrededor, atontada, y con el pelo erizado.

—¡Podrías haberme despertado antes! ¡Voy a llegar tarde!

—El café está hecho. Yo me voy, mamá, o voy a perder el bus.

—Si te pillo...

Cierra la puerta muy rápido. Corre hacia su bici. Pero

la cara de Joss asoma por un resquicio de la puerta.

—Creía que era más tarde. Espérame, te acompaño.

—No, no hace falta.

—Espérame, te he dicho. Tardo dos minutos en prepararme.

Tom suspira.

Diez minutos después, sale Joss por fin. El vespino arranca a duras penas.

—Voy a tener que limpiar el carburador. Lo miramos esta tarde juntos. Si quieres ser mecánico de mayor, es una buena oportunidad para aprender.

Tom gruñe... «Tampoco es lo que yo quiero ser, pero bueno, de todas formas...» y se agarra a su jersey. Acelera demasiado, como es habitual. A Tom le da cague caerse. Y se suelta. Ella se ríe, frena hasta ponerse a su altura, y él se vuelve a enganchar.

—Mola que haya encontrado curro, ¿eh?

—Mmmm.

—Vamos a poder comer otras cosas, no sólo verdura.

—Mmmm.

—¿No estás contento? Ya no tendrás que ir a los jardines a trapichear. ¿No está mal, no?

—Sí, sí.

—¡Pues podrías decirlo!

—Pues, claro, ya te lo digo...

—Ah, ¡me cabreas! No sé por qué no te suelto.

—Oh, no, mamá... voy a llegar tarde.

—Te estaría bien empleado.

Llegan justo cuando el bus está saliendo de la parada. Pero el chófer es majo. Se para y hasta espera a que Tom haya atado su bici, antes de arrancar. Tom suspira. Por los pelos.

Qué bien —se dice— que Joss haya encontrado curro. Pero para él, tener que despertarla todos los días, será un sinvivir. Es una palabra que le salió el otro día en un dictado. La profe les pidió que la buscaran en el diccionario. Significa: algo que no te deja descansar nunca. Una palabra que le viene al pelo.

33

ORTIGAS

Al volver a casa, Tom encontró a Joss haciendo los deberes. Ella apenas levantó la cabeza del cuaderno cuando llegó. Él dudó un poco antes de volver a irse.

—Voy a dar una vuelta...

—Mmmm.

Lo cual quería decir: Eso, ábrete. Ya ves que estoy trabajando. Era la primera vez que la veía tan concentrada. Debía de haber pasado algo en su curro. Quizá alguien se había burlado a propósito de sus faltas de ortografía. Ya le había pasado alguna vez. Pero nunca le había motivado hasta ese punto, ni durante tanto tiempo. Mientras, Tom se subió a la bici y salió disparado. Antes de que cambiase de opinión. O de que se acordase de la sesión de mecánica que tenía previsto hacer ese día con él.

Madeleine lo esperaba. Tenía muchas ganas de hablar. Muchas cosas que contar. Para empezar, que había dormido como una reina, que estaba muy descansada. Muy contenta de haber encontrado su casa tan limpia, oliendo bien, sus animales, su cama. Incluso aunque, eso es verdad, el colchón había que cambiarlo. Con esos agujeros y esos bultos que caen justo en mitad de los riñones, pero aun así, le gustaba. Hacía más de treinta años que dormía encima, calculó.

—Sólido. Irrompible. Un poco como yo, ¿eh?

Tom la ayudó a caminar hasta el jardín. Les llevó su tiempo. Se tenía que parar cada tres pasos para respirar. Se había curado, pero... quizá no del todo. Él le puso una silla junto a las plantaciones. Cuando se recuperó, miró todo el trabajo hecho, y le pareció bien. Con el bastón, le mostró el sitio por donde había que atar los tallos. Donde estaban los

chupones. Las malas hierbas que había que arrancar y cuáles había que guardar para cocinar. Las tagarninas para la ensalada, claro. Pero sobre todo el llantén, la pimpinela blanca y el trébol, con los que le gusta hacer puré o gratinados. Vio las botellas plantadas boca abajo, que tenían pinta de ser algo muy práctico para regar. Que debía de malgastar menos agua. Y luego, que es raro, que la gente ahora tenía más ideas que en el tiempo en que... Su mirada pareció velarse. Y, bruscamente, se durmió. El mentón apoyado sobre la empuñadura del bastón. Tom se fue a buscar un cómic. Leyó hasta la mitad.

Tan bruscamente como los cerró, Madeleine abrió los ojos de nuevo y retomó la conversación donde la había dejado.

—¿Y el estiércol de agua de ortigas? ¿Lo has preparado?

—Ah, no.

—Hay que hacerlo. Sobre todo para los tomates. Los hace crecer mucho y evita las enfermedades. Ve a por unos guantes, pequeño.

Recogió las ortigas. Le llevó unas cuantas a Madeleine, que las cogió con las manos desnudas. Les cortó las hojas más tiernas, las apartó para hervirlas y con las que sobraron, se frotó las piernas.

—Es bueno para la circulación.

Tom miraba cómo lo hacía, con los ojos como platos: ni siquiera hizo muecas, ni se sopló los dedos. Lo que le sorprendió muchísimo.

Es más, parecía que le había sentado bien, porque de vuelta a casa caminó mucho mejor. Tardaron dos veces menos.

Por el camino, le contó que en otro tiempo, los padres muchas veces reñían a los hijos y les azotaban en las pantorrillas con ortigas. Después, claro, ¡era como si les hubiera entrado el baile de san Vito, pobrecitos! A Tom le pareció cruel. Incluso aunque Joss tenía muchas veces la mano larga —se dijo— ella nunca llegaría a hacer algo así.

Madeleine le propuso comer algo con ella. Para cenar tenía previsto poner a remojar en leche las madalenas. Él prefirió declinar la invitación.

34

PARCHES

Junto a la parada del bus escolar, Tom está mirando su bici, mosqueado. En ese momento, pasa Samy conduciendo su coche fúnebre. Frena bruscamente, pita tres veces.

—Hola, Tom. ¿Dónde te habías metido? Hace tres días que te estoy buscando. Tengo que darte algo.

Saca del bolsillo un billete doblado en cuatro y se lo extiende.

—¿Esto qué es?

—Pasta, dinero, qué va a ser… Ten… cógelo, es para ti.

—¿Para mí?

—Sí, eso es. Los del cementerio del otro día. Después del entierro, me soltaron propina. A veces pasa. Pero esta vez, una señora me dio este billete expresamente para ti. Le pareciste muy mono. Quería que fuera yo a comprarte un regalo, pero he pensado que es mejor que lo elijas tú mismo.

A Tom le da corte. Duda. Samy insiste.

—¿Sabes lo que te vas a comprar? ¿Quieres que te lleve a la tienda?

—No, no. No hace falta.

Finalmente, Samy lo lleva, porque la rueda de su bici está desinflada y tampoco tiene más parches para arreglarla. Se para delante de la tienda de bicis, donde compra los parches, y luego lo deja delante del supermercado. Tom vuelve a los diez minutos, con la bolsa llena. A Samy le gustaría saber qué lleva dentro, pero evita preguntárselo.

—Gracias, señor.

—De nada. Pero me llamo Samy.

—Sí, ya lo sé… Pero me cuesta llamarle así.

—¿Por qué?

—Pues es que... usted ya es un poco viejo y entonces...

Samy se hace el consternado.

—No, no viejo como los viejos de verdad... Pero cuando menos, algo...

—Una edad como de padre, ¿o qué?

—Sí, eso.

—De hecho, el otro día no te lo pregunté: ¿dónde está tu padre?

—Creo que está muerto.

—¿Crees?

—Sí. Lo dijo Joss.

Samy busca el agujero en la cámara de aire. La sumerge en el agua. Ya está. Suben burbujitas a la superficie. Tom saca la lija y el tubo de pegamento. Los parches son su especialidad. Y la cámara de aire lo demuestra. Está acribillada.

Ahora miran el agua del río perderse bajo sus pies. Acariciar las piedras de las orillas y sobre la que ellos están sentados. Hace un buen rato que no hablan. Escuchan las piedras del lecho del río entrechocar con la corriente. Tintinean. Tintinean suavemente... Tin... ti... ne... an.

Luego, Samy resurge:

—Mis padres también están muertos.

Tom lo mira de reojo para ver su expresión.

—El último año que estaba en la cárcel, me dejaron salir sólo para ir a su entierro. Es el último regalo que me hicieron.

—¿No le querían?

—¿No te gustaría hablarme de «tú»? Molaría más...

—Vale, voy a intentarlo.

—Los defraudé mucho. Antes más o menos íbamos tirando. Pero el día que caí, se acabó. No vinieron nunca a verme a la cárcel.

—¿Te puso triste?

—Al principio, sí. Luego, me acostumbré.

—¿Qué hiciste para ir a la cárcel?

—Robo a mano armada. Y… reincidente. Pero ninguna de las veces estaba cargada. Siempre la vaciaba.

—Ah, yo también.

—¡Cómo que tú también!

—Los cartuchos de la escopeta, los…

El móvil de Samy empezó a sonar. Un nombre se encendía, anunciándose.

—Hola… Sí, todo bien, ¿y tú?… Que sí, vale… No, en tu casa. Todavía no he comprado el colchón… Ok, nos vemos en el café… No, para. Estoy currando. No puedo hablar. Hasta luego, Lola.

Cuelga, algo molesto. Luego, apoya la barbilla sobre las rodillas dobladas. Mira el agua perderse. Se deja hipnotizar, antes de levantarse para irse. Un poco más… Sienta tan bien mirar correr el agua del río… Te limpia la cabeza. Te acaricia el cerebro.

Tom se levanta primero.

—Me tengo que ir.

—Yo también.

—Adiós, Samy.

—Adiós, Tom. Me sienta bien hablar contigo. Eres un gran tipo, pequeño. Y además sabes escuchar, mucho. Eso es un don. Quién sabe, puede que sea un oficio…

Tom se coló en casa de Madeleine y le llenó la nevera con todo lo que había comprado en el supermercado. Carne, huevos, nata, mantequilla… Luego volvió a casa. Joss estaba ordenando sus cuadernos. Tenía pinta de estar contenta con su día. Pasó por detrás de ella y le pidió que cerrara los ojos. Ella aceptó el juego. Le pasó algo por la nariz. Adivina qué es… Mmmm, huele bien… Abre la boca… Mmmm, chocolate… Sí, pero no sólo… Ah, sí, el centro está tierno… ¡Oh! ¡Frambuesa!… Tienes razón, ni que lo digas. Está buenísima la cosa esta…

Después de media docena de oncitas, Joss estaba un poco harta.

—Buá. Pero no hay que abusar. Ay, espera. Ya está, creo que voy a devolver. Déjame pasar. ¡Rápido!

Pero estaba de coña. Corrió detrás de él, lo atrapó y cayeron rodando en la hierba, gritando y riéndose. Divertido de verdad.

Joss está de buen humor. Tom está contento.

35

HELADOS ITALIANOS

No duró más de tres días. Porque le llegaron algunas facturas por pagar y después de eso no le quedaban ganas de bromear. Estaba claro que su curro de media jornada no era suficiente para poder apartar algo de pasta, pagar el agua, la electricidad, el alquiler de la caravana y todo lo demás. Los días siguientes, Tom se las arregló para llegar cuando ella no estaba y marcharse antes de que volviera. Pero no siempre funcionó. Y se notó. Sobre todo el día que le pidió que le mostrara el cuaderno de notas del colegio. La gran catástrofe. «Tercer trimestre mediocre. Tom vive en otro planeta. Ya es hora de que aterrice. Es un niño inteligente, pero sueña demasiado... Pasa justo, gracias a los buenos resultados de los dos primeros trimestres. Pero va a tener que trabajar durante las vacaciones para salvar sus lagunas... —Y más...— Falta de asistencia no justificada al estadio, el último viernes...» Eso sí que lo desencadenó todo. Ella quiso saber por qué se la había fumado, dónde había ido, con quién. Tom no quería hablarle de Madeleine, ni de la visita al hospital, así que patinó un poco, pero acabó saliendo del apuro. Es que su profesor de gimnasia le preguntaba siempre si había comido antes de ir a clase. Decía que estaba un poco paliducho y que temía que fuera a darle un patatús. Así que, como se encontraba un poco mal ese día, prefirió no ir. Para no tener que explicar que no había nada para comer en casa, ni tenía para comprarse algo en la cantina. Eso era... Joss puso mala cara. No había nada que añadir sobre eso. Pero ella buscó tema. Y lo encontró. No era difícil, con esas notas execrables. Le hizo pasar un mal rato. Él acabó yéndose a llorar al borde del río, sentado en la piedra grande. Allí estuvo hasta que se

calmó un poco y terminó mirando el agua perderse a sus pies, escurriéndose sobre las piedras, removiendo las chinas del fondo del cauce, entrechocarse y tintinear... tintinear suavemente...

Luego se acabó. Dejó de llorar.

Joss ha encontrado otro curro, de media jornada. Después de las mañanas en casa de la vieja profe, estará seis tardes por semana en un invernadero recogiendo flores y preparando ramos. En verdad no puede, pero decidió llevarse a Tom dos veces por semana, para que la ayude. Le pagan por ramo, así que entre dos, sale rentable. Empezaron el sábado y fue bien. El jefe hizo como que no veía nada, porque está de buenas con Joss. En plata: le gustaría cepillársela. Antes de irse, Tom recogió las flores que habían caído al suelo. El jefe le dijo que podía. Tenían los tallos algo estropeados, pero consiguió hacer pequeños ramos. Le llevó uno a Madeleine. Le encantó. Y le dio la idea de hacer otros e ir a venderlos al mercado el domingo por la mañana. Le preguntó a Joss si podía y ella aceptó. Le parece bien, claro, que se desenvuelva solo para ganarse su dinero.

El negocio salió bien. Sus mejores clientes fueron su vecino inglés y su mujer, Odette. Le compraron cuatro de golpe. Va a poder comprarse una cámara de aire nueva para la bici.

Las doce y media. El mercado cierra.

Samy pasa por delante de Tom, sin verlo. Un poco más adelante, se para, gira la cabeza y da media vuelta.

—¿Pero qué haces tú aquí?

—Ya ves. Vendiendo flores.

Le compra los dos últimos ramos y le invita a beber algo. Es la primera vez que Tom entra en un café. Se sientan en la barra. Lola se les une poco después. Le pregunta por Joss. Hace tiempo que no la ve. Tom está intranquilo. Tiene miedo de que meta la pata y diga delante de Samy que Joss es su madre. Se bebe su Diabolo con una pajita evitando mirarla. Ella le pasa la mano por el pelo y lo

despeina, riéndose. Lo hace siempre. Eso lo desespera. Con el tiempo que se pasa delante del espejo todas las mañanas intentando dominar sus puntas... No le mola que le hagan eso. Se pone de morros y se vuelve a peinar, con discreción... Ella tiene prisa. Tiene que ir a comer a casa de sus padres. Samy le entrega los dos ramos que le ha comprado a Tom. Ella lo besa y se va.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Venga, que te invito al restaurante.

Se sientan en una mesa. Piden pizzas. Hay una foto gigante en la pared. Tom la mira con ojos desorbitados...

—Es la piazza San Marco.

—¿Ah, sí? ¿La conoces?

—Sí. En el libro de geografía sale la misma foto. Me gustaría ir a Venecia, algún día. Sé decir algunas cosas en italiano: *Grazie mille, per favore, molto bene, buon giorno, la vita è bella*. Es el título de una película. Significa «La vida es bella». ¿La has visto?

—No.

—Yo sí. En el jardín de mis vecinos. Es la historia de un papá y su hijo pequeño que están presos, porque es durante la guerra, y el papá le hace creer a su hijo pequeño que es un juego, todo lo que hacen, y que tienen que conseguir cuantos más puntos mejor para ganar y ser campeones. Si no comen, ganan un montón de puntos y cuanto más difícil es aguantar, más ganan, ¿entiendes? Pero el pequeño a veces se harta y el papá le dice que sólo le faltan unos pocos puntos para ganar, y entonces sigue. Y justo cuando acaba la guerra y van a ser liberados, un soldado nazi se lleva al padre a un rincón y lo mata.

—Hostia, qué triste.

—Ya. Me hizo llorar... Aun así, me gustaría ir a Italia, porque dicen que son especialistas en helados. Y a mí me encantan los helados.

—No me digas, a mí también.

Terminan las pizzas. Y piden helados de postre. El dueño pasa a su lado, muy orgulloso, con la barriga por

delante:

—Son buenos mis helados, ¿eh?

Samy y Tom se ríen con la mirada, como diciendo «sí, pero seguro que no tan buenos como allá, no te digo...».

Samy deja a Tom no muy lejos de su casa, por si acaso Joss anduviera por allí. Prefiere no cruzarse con ella. Todavía no ha encontrado la manera de disculparse. Pero sigue buscándola. Y seguro que no le gustaría saber que es amigo de Tom. Y ahora además la historia con Lola. Todo se complica. Pero la va a encontrar. Lo siente. Y no va a tardar mucho.

36

ES BACH

Suelta un profundo suspiro y se acomoda hacia atrás en el gran sillón de cuero. Delante de él, en la pantalla del ordenador, desfilan las fotos que acaba de hacer. De frente, de perfil, izquierda, derecha, plano abierto, de pie, etc. Se queda perplejo.

—Qué pena, son perfectos...

—¿Eso quiere decir... que lo descarta?

—No, claro que no. Pero póngase en mi lugar. Es como para sufrir. Mi trabajo consiste más bien... en la amplitud, la exaltación, la sublimación, ¿me entiende?

—No muy bien.

Se le levantan las cejas, con nerviosismo. Es un tic suyo, que se le desata, generalmente, cuando no está de acuerdo con algo.

—Pues yo tampoco la entiendo mucho. Usted sabe qué es lo que les gusta y con qué fantasea la mayor parte de los hombres, yo incluido, no voy a negárselo, y quiere deshacerse de ellos. Me desconcierta, eso es todo.

—Y entonces, ¿qué hacemos?

—Vaya a ver a mi secretaria y elija con ella la fecha que más le convenga. No sé qué más puedo decirle.

Joss se levanta, coge su bolso y le da la mano, para despedirse. Pero la cosa puede con él, que añade:

—Piénselo bien, qué menos.

—Ya está pensado.

Abre la puerta de la consulta, se gira y le sonríe amablemente.

—Estoy segura de que lo conseguirá. No se preocupe.

Él se siente incómodo. Y el tic persiste.

La secretaria fijó con ella la fecha de la operación. Pero antes, le pidió cita con el anestesista. Como justo pasaba por la clínica en ese momento, le propuso atenderla sobre la marcha. Ella aceptó; era más práctico. Así no tendría que volver. Entraron en su despacho. Puso música: «¿Es Bach, le gusta?» Ella dijo que sí, sin saber quién era; para no parecer muy tonta. Le preguntó un montón de cosas sobre su salud. Y también los motivos de la operación:

—No tiene por qué contestar, claro. Pero a mí me gusta entablar cierta relación con mis pacientes, me entiende…

Tenía la voz dulce. La mirada tranquila. La música era muy bonita. Así que se dejó llevar. Sin esa asquerosa impresión de estar siendo juzgada constantemente… Y empezó a contarle. Que tenía diez años cuando empezó a verlas crecer y crecer… En muy poco tiempo. Y justo después, perdió sangre. Le aterrorizó. Se lo dijo a su madre, pero ella se echó a reír. Su madre bebía mucho y tenía los dientes picados. En fin, mala cosa. Casi como de bruja, sabe… Y luego, con el padrastro, cambiaron las cosas. Empezó a mirarla raro. A querer tocarla. A mandarle que bajara al sótano y a arrinconarla en la escalera. A rozarse con ella. ¡Pero nunca la penetró! Aunque bueno, es lo único que faltó… No es necesario que se lo dibuje, ¿no? Con once años, se fugó. Pero los gendarmes la encontraron. Y la llevaron de vuelta a casa, sin preguntarle nada. Poco después, su madre murió de una cirrosis, claro. Y a ella la enviaron con una familia de acogida. Al principio estaba bien, la mujer era maja. Pero el marido, tan pulpo como el padrastro… Sólo tenía ojos para sus pechos… Se parte de risa… Como Dios para sus santos… Qué estúpido, pero esto siempre me hace reír, discúlpeme… Bueno. Ella volvió a la residencia. Y con trece años, se escapó. Entonces encontró un chico unos años mayor que ella. Le pareció amable. Y sobre todo, tenía un coche. Ella creyó que podía llevarla lejos. A miles de kilómetros de allí. Pero no. Se había quedado fascinado con lo mismo que los demás, sólo eso. Lo comprendió demasiado tarde. Ésa fue su primera vez, la de verdad. Y se quedó embarazada. Catacrac. Con el

primero.

Luego, más de lo mismo. No merece la pena contarlo también... Ea. Pero quizá, después de la operación, si alguien algún día la ama, la querrá a ella, ¿no? En todo caso, vale la pena intentarlo. Se pasó la mano por la cara y el pelo, como para borrar algunos recuerdos e imágenes que se le habían quedado grabados. Y añadió:

—Es bonita la música esta de bac. Me ha gustado.

El anestesista le regaló el CD y la acompañó hasta la puerta de la consulta. Le estrechó la mano y la miró a los ojos.

—Hasta pronto, señorita.

37

DAN, MI PEQUEÑO

Tom sienta a Madeleine en la carretilla; la acomoda con algunos cojines. Le cuesta andar. Se cansa demasiado. Así, puede pasearla fácilmente. Y ella puede supervisar lo que él hace, decirle cómo cuidar el jardín. Entre dos microsiestas, ella va apuntando con su bastón: «Babosa a estribor. ¡Por ahí no, pobre infeliz! Vas a machacar el perejil que intento que crezca... Ahí, hay un chupón...» Ahora ya sabe que los chupones que haya en las matas de tomate puede ponerlos a remojo en una hormona de enraizamiento y plantarlos para que salgan nuevos plantones. Con esto, ya tienen tres veces más que al principio y sin tener que haber ido a trincárselos a los vecinos. En total, tienen unos cuarenta. Las matas más precoces ya tienen algunos tomatitos verdes. Tom está muy nervioso. Es su primer huerto. Pasa mucho tiempo mirando cómo crece todo. Madeleine intenta calmarlo. Nunca se está a salvo de una tormenta o de un ataque de pulgón. Pero Tom pasa. De momento, no hay tormenta a la vista y el agua de estiércol de las ortigas mantiene las enfermedades y las plagas a distancia. Además, prefiere soñar. Madeleine es más práctica. Ya está pensando en los tarros. Porque, si todo va bien, habrá que hacer conservas, pardiez. Para el invierno. Salsas, pistos, ketchup... Ella pronuncia «kétchu», y le hace gracia...

Tom detiene la carretilla junto a la puerta del viejo gallinero. Madeleine apunta con el bastón hacia el interior.

—Mira al fondo... Dentro del todo, en las cajas.

Saca un montón de botes de cristal, sucios, llenos de cagarrutas de ratón. Y claro, le pide a él que los lave. No es lo que más le emociona. Y además, le parece que ya tendrá

tiempo de hacerlo. Los tomates no están maduros todavía. Pero a Madeleine le gusta mucho mandar.

—Cuando llegue el momento, me lo agradecerás. Tendrás menos carga de trabajo. Créeme, pequeño. La abuela se las sabe todas.

Tom está leyendo un cómic. *Mandrake*, el mago. El de los poderosos poderes hipnóticos... Madeleine despierta de su sexta siesta de la jornada. Lo mira y le acaricia la mejilla.

—Dan, pequeño.

Tom levanta la vista.

—¿Estás contento de haber encontrado tus libros?

Mueve la cabeza.

—¿Por qué ya no vienes a verme? ¿Te has olvidado de mí? ¿Es eso?

Como siempre, Tom se preocupa. Parece como alejada, en este momento, muy alejada. Y le da miedo que no vuelva. Que no encuentre el camino de vuelta.

—Pues claro que sí, Madeleine, vengo a menudo.

—Madeleine, no, tú no...

Tom no se atreve ya a moverse. Ella cierra los ojos muy fuerte, como si estuviese sufriendo. Pero no dura mucho tiempo. Vuelve a respirar lentamente. Se duerme. Suspira.

Tom entra otra vez en la casa; mira a su alrededor. Abre un cajón. Está lleno de trozos de cuerda, tapones de corcho, gomas elásticas. Lo cierra. Abre el cajón de al lado, duda, coge el carné de identidad, lo gira. La de la foto es ella, seguro, a pesar de todos estos años. No ha cambiado mucho. Lee lo que hay escrito. Al llegar al nombre, se para. No pone Madeleine. Cierra el cajón, vuelve a sentarse a su vera, y retoma la lectura del cómic donde la había dejado.

Ahora ya lo sabe. Está más tranquilo. Para la próxima vez, cuando ella vuelva a darse una vuelta por el pasado. Cuando todavía no se llamaba Madeleine y quizá tenía un hijo. Que leía cómics.

38

EL ALMUERZO FAMOSO

Archibald y Odette tienen que preparar el almuerzo. Han invitado a Raymond, el viejo curandero, y su mujer Mine. Están un poco estresados porque ni uno ni otro saben cocinar. A Odette le sale muy bien el pastel de chocolate, pero para lo demás anda un poco justa todavía. Tras años de platos congelados, no es fácil ponerse detrás de los fogones. De Archi, no merece la pena ni hablar. Su talento se resume en preparar cócteles, puré de patatas y zanahoria rallada; más allá de eso, la indigencia. Así que esta mañana han ido corriendo a la librería. El librero es un señor muy correcto, que les suele aconsejar bien. Les ha recomendado vivamente un libro de recetas, de una autora de la región a la que le tiene un cariño especial. Mientras les hablaba de ella, se le ha escapado media sonrisa... Ahora se acuerdan. Y piensan que no deberían haberse fiado. En todo caso, lo han comprado. Y sólo una vez de vuelta han descubierto el motivo. Y se han asustado un poco. Al ver la foto del autor, para empezar. Y luego, sus recetas, que, a fin de cuentas, se corresponden bien con su cara... *El gran libro de las recetas salvajes de Marie-Rose*. En la foto, Marie-Rose, claro. Una mujer muy, muy, muy corpulenta, que, sonriendo, deja ver dos dientes; los dos únicos que le quedan, evidentemente. Sólo eso ya les ha provocado cierto escalofrío en el espinazo.

Y luego las recetas... Hmm. Paté de rata. Zorro encebollado. Ragút de víbora con castañas...

—Oh, escuche ésta, Archi: Buñuelos de ardilla con avellanas. Especial para cenas de enamorados. Preparación: Un poco tocapelotas... —Odette está estupefacta.

Son las once de la mañana. Y los invitados llegan a

mediodía. Archibald está preparando los cócteles. Lo suyo es pensar con calma. Es más eficaz. Un poco bebidos, pronto empiezan a ojear el libro entre carcajadas. Al llegar a las fotos, se parten. Todo les parece absolutamente extraordinario. Raro. Exótico. Ah, estos gabachos, qué imaginación cuando de lo que se trata es de comer... El tiempo pasa y tienen que hallar una solución para el almuerzo. De repente, Archi se inspira. Van a sacar del congelador uno de esos platos precocinados que guardan por si acaso desde que llegaron... De eso hace un año, por lo menos, ¿lo recuerda?...

—Sí, pero está bueno todavía, Odette. No tiene por qué preocuparse. Tres minutos en el microondas y... ¡Bingo! ¡Está listo!

—Tiene razón, estamos salvados.

Beben otra copa, la segunda, para celebrarlo. Odette suspira, agitada, en el sofá.

—¿Qué ha puesto en este cóctel, Archi?

—Jengibre.

—Ah, sí, me está subiendo mucho.

—Faltan veinticinco minutos para que lleguen nuestros invitados.

—Buena idea.

Suben a su habitación, copa en mano.

Veinte minutos después, Archi está listo por fin. Duchado, vestido, peinado. Impecable. Saca el plato del congelador y descubre que la fecha de caducidad está cumplida desde hace bastante. No hay tiempo para dudas. Llama a Odette, socorro. Ella coge la guía y marca el número del restaurante más cercano:

—Me gustaría reservar una mesa. Somos cuatro. ¿En una hora? Perfecto...

—Archibald, no va a creerme. El chef del restaurante donde acabo de reservar... ¡es australiano! ¿Por qué habrá dejado la salvaje Australia? Por amor, seguramente. Qué romántico... En todo caso, su cocina podría ser tan sorprendente como la del *Gran libro de las recetas salvajes...* de Marie-Rose, ¿no cree? Canguro, avestruz y demás, me

parece.

En efecto, la comida fue una aventura. De aquí a veinte años, todavía hablarán, con chiribitas en los ojos, del formidable rato que pasaron. Con gente deliciosa. Y comiendo manjares extraordinarios. Lo que les abrió nuevos horizontes. Ahora quieren probarlo todo. Incluso las recetas salvajes del libro de Marie-Rose. La historia es no morirse tontos. Conseguir la materia prima puede suponer algún problema. Zorros, ratas, erizos... Se inclinan por una más a su alcance... La de lombrices de tierra. Leen.

Ensalada de lombrices de tierra. (Muy ligera, para los que comen como pajaritos.)

1. Con una azada cave unos agujeros en el jardín. Coja sólo las lombrices más gordas. Pierden mucho durante la cocción. Luego, póngalas a macerar hasta que hayan soltado toda la tierra. Un día y una noche, más o menos.

2. Para la verdura, hojas de cardo. Un consejo para los viejos y para todos los que tienen problemas con la dentadura (conozco un montón): cortes finos; es mejor y cuesta menos de masticar.

3. Prepare una vinagreta de chalotes y ajo salvaje picado. Vinagre, el que tenga. Y el aceite, igual. (Yo prefiero el aceite de oliva, pero mi Momo, el de nueces. Cuando tengo, le pongo. Pero no siempre, porque se acostumbra y luego lo exige. Y yo me quedo sin...)

4. Vierta las lombrices en agua hirviendo y sal, para escaldarlas. En cuanto suban, pruébelas.

5. Si le gustan los chicles, no hace falta que siga: cómaselas tal cual, con la vinagreta. Luego, siga el consejo número 8, evidentemente. Si no, continúe, como yo.

6. Ponga una nuez de mantequilla en una sartén. Para perfumarla, puede añadir una flor de capuchina o una flor de tagarnina (véase la lista de comestibles al final del libro). Queda bien y está bueno. Pero ojo: no emplee flores de una floristería, están contaminadas.

7. Eche las lombrices escaldadas en la sartén caliente. Para evitar que se peguen, mueva la sartén hacia delante y atrás con el mango. Cuando las lombrices empiecen a dorarse, póngalas sobre la ensalada, como si fueran trozos de beicon. Añada pimienta. Vierta la vinagreta por encima. Y disfrute.

8. Beba una copa grande de vino blanco bien frío.

Archibald y Odette hicieron caso al consejo número 8 varias veces. Antes, durante y después de la preparación de

la receta; así que acabaron bien tostaditos. Y eso ya era un triunfo. Luego, probaron la receta y la encontraron estupenda. Pero era muy subjetivo. Decidieron repetirla más sobrios la próxima vez. Antes de incluirla en el menú de la siguiente invitación.

39

LAS MADALENAS DE COMMERCY

Samy está reventado. Decide poner el intermitente y coger la callejuela que sale hacia la gasolinera. Aparca el coche fúnebre no muy lejos de la entrada. Delante de la máquina de café, busca algo de suelto en los bolsillos, pero sólo tiene un billete. Va a la caja a pedir cambio y echa un ojo, de paso, a las especialidades expuestas. El *tour* de Francia regional en apenas dos metros cuadrados. Caramelos de menta de Cambrai, turroncitos de Aix, lentejas de Puy, guindilla dulce de Espelette, turrón de Montélimar, macarrón de Monhnorillon, aceitunas de Nyons, madalenas de Commercy... Se para. Tienta el paquete. Tienen pinta de estar buenas. No como las de la señora del otro día, que las había birlado de las bandejas de comida de sus colegas del hospi. Divertida, la señora esa. Madeleine. Como las que se comen. Coge el paquete, lo paga y se pilla un café. No quiere entretenerse mucho. Queda mucha carretera todavía. Tiene que llegar pronto, de madrugada, para que Pierrot tenga tiempo de arreglar al cliente antes de que llegue la familia desconsolada. A éste lo ha visto antes de cerrar la caja; no es bonito de ver. Pero Pierrot es un especialista. Años de práctica. Preparando los cuerpos, arreglándolos, maquillándolos y haciendo que huelan bien. Para que se les pueda ver una última vez, incluso besarlos, antes de la descomposición. Y les hace una foto, a sus fiambres. Como una cabra, en serio. Aunque... Él ha visto esas fotos y no están tan mal. Tienen su arte. Pero al tipo que lleva ahora mismo en la parte de atrás, le va a costar hacerle un retrato. Se comió un camión gigante.

Esta noche, Samy está triste. Pero no quiere dejarse llevar. Va a encender la radio. Le ayudará. Le quedan

todavía cuatro horas de carretera. Y no le sienta bien comerse la cabeza demasiado.

Pierrot se pone manos a la obra nada más llegar. Y, una vez más, ha hecho milagros. Ha pegado los trozos. Casi parecía que el tipo estaba vivo al salir del laboratorio. Aunque con los colores se le ha ido la mano. Es la tendencia actual. El rosa de las mejillas, demasiado rosa, el rojo de los labios, demasiado rojo, el trazo de las cejas, demasiado negro. Sobre todo porque éste antes era pelirrojo... Pero le ha devuelto su forma humana. Y eso es lo principal. Ha estado cuchicheando con Arnaud, su jefe, durante la visita de la familia, que si hubiera un premio para este tipo de trabajo, se lo darían a él. La Palma de Oro al mejor tanatopractor es para: ¡Pierrot! Han tenido que darse la vuelta para reírse con discreción. Es simpático, su jefe. Ha tenido suerte de topar con él. Incluso aunque no sea un curro que quiera seguir haciendo mucho tiempo. En la cárcel, hizo un curso de fontanero. No es exactamente la misma rama. Cuando tenga un poco de pasta ahorrada, intentará ponerse por su cuenta. De momento, aquí se siente bien, está contento. De servir para algo, y de no estar solo, sobre todo. Cuando salió del trullo, lo más duro fue eso, volver a estar solo. Joder, se le hizo raro. En la celda, siempre eran dos, a veces tres. Siempre estaba con alguien. A menudo eran unos gilipollas, pero había también tíos majos. En el paseo, en las duchas, en los talleres, siempre había gente, en todas partes. Al principio, es lo que peor llevaba. Se volvía loco. Y luego, por fuerza, se hizo parte de su vida. Así que cuando salió: el shock. Nadie. Ni padres, ni colegas, ni amigas, ni nada. La soledad total. Y además, sin sitio donde vivir y sin dinero, claro. Podría haber hecho como los demás. Conocer a alguna chica en un bar. Hay muchas que se ponen muy tontas con los quinquis. Sobre todo las burguesitas; ese cosquilleo les encanta. Pero él estaba bloqueado. Diez años sacándose brillo no le habían ayudado a convertirse en un donjuán. Nada más lejos. Además, su palmarés anterior era de sólo tres o cuatro. Un polvo suelto por aquí, otro por

allá, y una tristeza bien arraigada. Poco brillante. Bueno. Mejor que deje de pensar en eso. Cada vez que lo hace se deprime. Mientras que ahora la cosa ya va más o menos, ¿no...? Tiene un curro, un apartamento, una chavalita. No tiene de qué quejarse. Bueno, rollo amigos todavía no tiene.

Tiende a desconfiar. Pero todo llegará, es cuestión de tiempo. Aparte del pequeño Tom, no habla con nadie más. Un chaval de once años. ¡Madre mía! Pero ya está bien. Lo de Lola, es sólo físico. Y él tarda tanto en dejarse llevar por ese otro lado, que se la suda de momento no intercambiar más que fluidos. Ya está. Todo en su sitio. Salvo una cosa. Cuando piensa en sus padres, siente un pellizquito en el corazón. Y eso le jode mucho. Pero, de todas formas, ya está hecho. No hay forma de volver atrás. Así que, para qué pensarlo...

Detiene el coche en medio del patio. La puerta está abierta del todo y el perro, viejo, duerme sobre los escalones de la entrada; no lo ha oído llegar. Samy golpea los cristales. Nadie contesta. Salta por encima del perro y mete la cabeza por la puerta. No hay nadie. Da una vuelta. En el huerto, se ve a Madeleine sentada en la carretilla apuntando con el bastón al frente, hablando con los tomates... ¿Quizá está intentado que maduren? A primera vista da esa impresión. Samy se le acerca. Ella lo ve llegar frunciendo el ceño.

—Le he traído madalenas, señora Madeleine. Ya no es tiempo de lilas... Pero aun así yo sé que a usted le gustan las madalenas.

—Muy amable, joven. A mí también me gusta mucho Brel. Pero ¿quién es usted?

—La traje el otro día desde el hospital. El coche...

—Ah, ya. Ahora sí.

La cabeza de Tom surge de entre las matas de tomates. Mira a Samy, con asombro.

—Pero... ¿cómo sabías que estaba aquí?

—Pues... no lo sabía.

—¿Y a qué has venido, entonces?

—Le he traído madalenas a la señora Madeleine, sólo

eso. ¿Y tú?

—Ya ves, la ayudo con el jardín.

—¿Y el colegio?

—Estoy de vacaciones. De todas formas tampoco hacíamos nada interesante. Di, ¿has visto los tomates? Puedes probar uno si quieres. Están súper buenos.

Samy los probó. Y quedó extasiado. Tom y Madeleine estaban encantados. Pesaron su primera cosecha. Seis kilos. Con la euforia, Tom decidió convertirlo en su oficio. ¡Tomatero! Se rieron. Además recolectaron calabacines y cebollas. Luego, Madeleine se sintió un poco cansada y Samy la llevó hasta la casa. La anciana puso a remojar en leche algunas madalenas, se las comió y se acostó.

Tom y Samy se fueron de puntillas. Pero no hacía falta. Estaba ya profundamente dormida.

Durante el camino de vuelta, Samy volvió a sacar el tema del colegio. Que era una gilipollez no ir. Que él, por ejemplo, se arrepentía. Porque no estaría donde estaba hoy si hubiera trabajado más... Bueno, puede ser... pero eso, se lo guarda para él. Tom torció un poco el gesto. Luego, gruñó: «mi madre dice lo mismo...». Se dio cuenta de que había metido la pata. Pero Samy no se enteró, en todo caso, no reaccionó.

Samy paró el coche, bajó la bici y las dos cajas de verduras. Tom se metió en la caravana. Había una nota. «Esta noche no vengo. Demasiado trabajo. Besos.» Últimamente, le pasaba mucho a Joss, esto de no volver por la noche. Por culpa de su jefe, que le hacía hacer muchas horas extras, libres de impuestos; eso dijo ella, riéndose. Tom no la entendió, pero tampoco se atrevió a preguntarle nada entonces. En todo caso, le decepcionó que no estuviera allí. Habría querido ver la cara que ponía al ver su cosecha.

Puso una tabla sobre los caballetes, sacó un hornillo de gas, un barreño y una cacerola. Hirvió los tomates para pelarlos más fácilmente, como le había enseñado Madeleine. Luego, desplegó el papel donde había escrito la

receta de la salsa que quería hacer. Terminó a medianoche. Agotado, lo dejó todo como estaba y se fue a dormir.

Tom había llenado tres tarros grandes. Y, en las etiquetas, puso:

«Salsa de Tomtomate. Para los espaguetis. Pero está buena con otras cosas también.»

40

BONITOS TARROS

Son las siete de la mañana y Tom está pasando por debajo de la valla de sus vecinos, arrastrando su mochila detrás de él. *Captain Achab*, sentado unos metros más allá, lo ve llegar, con el ceño fruncido como siempre. Tom se pone de pie y le sonríe, como para engatusarlo. Es la primera vez que no le da miedo. Alarga suavemente la mano y le acaricia la cabeza. El gato se deja hacer, tres segundos y medio, y luego se va. Tom se mete en el huerto. Aprieta la mochila para evitar que los tarros entrechoquen. Es muy temprano, seguramente Archibald y Odette no se han levantado todavía. Tom escoge tres matas de tomate, escarba la tierra a sus pies y planta los tarros que trae. Recula y observa cómo quedan. Bonito, está contento. Se va. Al pasar por delante de las frambuesas se para y se come unas cuantas. Pero es que es más fuerte que él, así que coge un buen puñado. Un ruido lo sobresalta. Se esconde a la sombra de la valla. Archi pasa a sólo unos metros, empujando su carretilla. Y canturreando en inglés. Se para y empieza a desbrozar el camino. Es de temer que tarde lo suyo. Mientras espera, Tom va comiéndose las frambuesas. No ha dormido mucho y le pesan los párpados. Una hora después, se despierta. Le costaba respirar. *Captain Achab* se le ha acostado en el pecho. Como siempre, sigue con el ceño fruncido. Pero ahora Tom lo ve mucho más cerca. Y son más bien las estrías del pelaje lo que le da ese aire de cabreo. Al final resulta que es muy majo, el gato este.

Archibald llega por fin a la zona de los tomates. Se queda parado.

—¡*Good Lord*!

Por un momento, duda. Intenta acordarse de en qué estado se acostó anoche, qué puso en su último cóctel, si fumó algo… No todos los días se ven crecer tarros en un huerto; uno tiene derecho a hacerse esas preguntas. Llama a Odette. Le pide que traiga su cámara. Está claro que será la foto de portada de su álbum: *Nuestro primer año en el campo y otras aventuras, by Archibald and Odette*. Seguro.

En todo caso, este mediodía comerán espaguetis. Con Tomtomate.

La idea les emociona.

41

EL *POLILLA* BAJO EL MANZANO

Madeleine llora. El *Polilla* está enroscado en la cesta. *Palurdo*, a su lado, lo empuja con el hocico como para despertarlo. Pero no se despierta. Se acabó. No se volverá a despertar. Tom cava un agujero bajo el manzano. Está lleno de raíces, entremezcladas. Tiene miedo de cortar alguna y que el árbol también se muera. Madeleine estaría todavía más triste. Perder a su gato y su manzano al mismo tiempo sería demasiado para ella. Así que hay que ir con cuidado. Cuando le parece que es suficientemente hondo, se va a por la caja de zapatos donde ha acostado al gato muerto. Intenta meterla en el agujero, pero es estrecho. Tiene que seguir cavando. Lleva así dos horas; empieza a estar harto. *Palurdo*, tumbado a su lado, lo mira de reojo. A Tom le parece que con aire triste, no ha comido nada y ya no se quiere acostar en la cesta. Hace mucho que vivían juntos, por fuerza lo va a echar de menos.

El agujero alcanza por fin el tamaño necesario. Va a buscar a Madeleine. Ella quiere asistir al entierro. Dice que es su último gato y que se lo debe. No para de llorar. Tom, apretándole el brazo, la ayuda a caminar. Le gustaría consolarla. Pero es contagioso. Y él también llora como una madalena. La sienta en una silla que ha traído a propósito, mete la caja en el agujero y la cubre de tierra. Arrastra una piedra grande hasta dejarla sobre la tumba, para marcar el sitio. Y vuelve con Madeleine a la casa. Ella tampoco ha comido nada desde ayer. Y Tom está preocupado. Le prepara su plato preferido. Madalenas empapadas en leche. Pero ella no quiere. Está desconsolada. Le dice que puede irse, que de momento prefiere estar sola. Como es el día que tiene que ayudar a Joss a recoger flores y no puede

llegar tarde, decide marcharse y volver luego, por la noche. Ella le dice que no, que no hace falta, que se desenvuelve muy bien sola. Ale, pírate, ya... Él le acaricia la cabeza y le besa la frente. Ella sonríe vagamente. Tom salta sobre la bici y se aleja, con el corazón algo encogido. Madeleine se queda postrada, con los ojos húmedos y la gota en la punta de la nariz. Sola con *Palurdo*, echado a sus pies, y con la pena de ambos... «Mañana será otro día, ¿no? Mi pobre viejo. Qué canalla, el gato, de todas formas... por dejarnos así, sin avisar ni nada... Vas a ver, cuando lo volvamos a ver, le vamos a dar una buena... que se arrepienta... ¿Pues qué? ¿no estás de acuerdo?... Eso no se hace, irse sin decir nada... ni hola ni adiós. No es nada educado. Y lo que es peor, ¿cuánto hace que estaba con nosotros, eh? Diecinueve o veinte años, por lo menos. ¿Y tú?... Ah, bueno, puede que un poco menos, es verdad... Bueno, deja de gemir. Me duelen los oídos. Acuéstate, venga. Ya, se acabó. Vamos a dormir y mañana se habrá pasado. ¿Me oyes lo que te estoy diciendo? Nos habremos olvidado de nuestro gato, todo apolillado; que estaba hecho un pa ná, que ya ni cazaba ratones y se hacía pipí por todas partes... Ya verás, *Palurdo* mío. Es como todo. Otros dos días más y habrá pasado. La vida es así. No podemos hacer nada.»

42

JOSS YA TIENE LA PASTA SUFICIENTE

—Tenemos suerte de que aquí no haya rosas. Porque con las espinas, ¿te imaginas cómo acabaríamos la jornada? Con los dedos llenos de sangre.

—Ah, claro, es verdad...

—Y luego, ves, el jefe es majo. Porque, en principio, tú no deberías estar aquí. Has visto a los demás. No hay nadie que venga a ayudarles a ellos.

—Le caigo bien y ya está. Es por eso.

Joss corta las flores y Tom las amontona en un carrito. Después de haberlas atado en ramos de diez. Van el doble de rápido que los demás. Todos les ponen un poco de mala cara, desde su sitio.

—Que les den. De todas formas, acabamos pronto.

—¿Por qué? ¿Se van a acabar las flores?

—No. Por mí, que voy a dejarlo un tiempo.

—Ah. ¿Ya tienes suficiente dinero, entonces?

—Sí.

Tom se endereza. Ella frunce el ceño. Y él vuelve al trabajo.

—¿Y te irás?

—Sí.

—¿Cuándo?

—La semana que viene.

—¿Mucho tiempo?

—No, no mucho.

Tom no puede evitar que se le salten las lágrimas.

—Basta con que te vayas a dormir a casa de tu colega, si te da demasiado miedo quedarte solo en la caravana.

—Preferiría estar contigo.

—Ni de coña, ¿estás loco? No me voy de vacaciones.

Donde voy me van a despedazar. Me van a quitar lo que sobra, me van a volver a coser, a zurcirme como una zapatilla vieja, ¿y tú querrías estar ahí para mirar? Estás tarado.

—Pero me da miedo que no vuelvas...

Ella levanta los hombros.

—Qué lelo. Claro que voy a volver. De todas formas, ¿dónde te crees que podría ir?

Tom recoge las flores que se han caído al suelo; las mete en una bolsa grande. Joss ya se lo ha preguntado a su amigo el jefe. No le importa que Tom siga viniendo, incluso cuando ella ya no trabaje aquí. De todas formas, esas flores acaban en la basura. Mañana domingo es día de mercado. Tom quiere hacer un montón de ramos, y vender todos los que pueda. Querría comprarle un vestido a su madre. Ha visto uno muy bonito, en Emmaüs, para que pueda ponérselo después de la operación. Porque, de momento, le estaría demasiado apretado. Y unas zapatillas para Madeleine. Es que siempre tiene los pies fríos, incluso en verano. Si le sobrara algo, se podría comprar alguna cosa también para él. Pero ya estaría bien que consiguiera dinero para las otras dos.

43

VEINTE RAMOS

Tom se levanta temprano para ir al mercado. Con veinte ramos de flores. Está un poco preocupado. Veinte son muchos. Y además, hace calor, las flores van a marchitarse. Abre la caja donde los ha traído, para que respiren. En la fuente, llena algunas bolsas de plástico con agua fresca y mete las flores a remojo. Uf, funciona; se están enderezando.

Hacia las diez, ya ha vendido la mitad. Empieza a tener hambre. Corre a la panadería a comprarse buñuelitos de crema. En la cola, está detrás de una chica. Debe de tener casi su edad. La chica se gira hacia él y le sonríe. Él se corta, baja la cabeza y mira al suelo. Ella compra pan y también buñuelos. Ya fuera, la ve colocar el pan en la cesta de su bici. Él regresa a sus flores.

La chica pasa por delante de él; se para.

—¿Están buenos, eh?

—Sí.

—¿Puedo sentarme?

—Si quieres...

—¿Has hecho tú los ramos?

—Sí.

—No están mal.

Meten la mano cada uno en su bolsita, y siguen comiendo buñuelos.

—Me llamo Clara.

—Yo, Tom.

—¿Estás de vacaciones por aquí?

—Mmmm.

—Yo también. En casa de Mélie. Es mi abuela. ¿Y tú?

—En casa de Madeleine, mi bisabuela, bueno, un

poco…

—Ah, ya. Como adoptado ¿no?

—Sí, eso.

—Bueno, me tengo que ir. ¿Nos vemos un día de estos?

—Vale.

Le quedan diez ramos por vender. En dos horas, a razón de cinco ramos por hora, podría ser. Los vecinos que se hablan de «usted» todavía no han pasado. No deberían de tardar. En efecto, ahí vienen. Y le compran cuatro ramos de golpe. Tom está contento. Los mira sonriendo. No saben que él es quien ha plantado los tarros al pie de las tomateras. Sólo lamenta no poder preguntarles si les gustó su receta. Una pena, nunca lo sabrá. En el momento de pagar, Archibald se abre la americana buscando algo suelto. Tom le ve la camiseta, llena de manchas rojo anaranjado. Y Archibald se inclina y le susurra, como afligido:

—Me encantan los espaguetis, es increíble, pero soy un poco cerdo comiendo, ya ve.

Tom abre los ojos, sin chistar.

Odette sonríe y se van diciéndole *bye bye* con la mano.

Que lo han pillado, vamos.

Hacia las once y media, llega Samy. Y pilla los dos últimos ramos. Tom se va a comprar las pantuflas que había visto para Madeleine. El dependiente le hace una rebaja enorme. No es un artículo fácil de vender en verano, unas zapatillas forradas con lana virgen. Mira la hora. Tiene tiempo. En Emmaüs abren hasta mediodía. Samy le propone acompañarlo. Tom prefiere ir solo, pero como insiste, acaba aceptando. El vestido sigue ahí. Es más bonito de lo que recordaba. A Samy también le gusta. Pero para Joss, puede que sea un poco ajustado, ¿no crees?… Tom se hace el sordo y va a pagar. Le sobra un poco de dinero. Pero las tiendas ya están cerradas. Ya verá otro día algo para él.

Samy lo invita al restaurante. Piden pizza. Le cuenta que se acabó con Lola. No tiene pinta de estar triste, precisamente. Empiezan a comer. Entre bocado y bocado, Samy murmura que Lola le ha comentado una cosa justo

antes de irse. Algo que les concierne, a él y a Joss. Tom espera con ansiedad. Pero Samy le dice que no se preocupe, que de todas formas no se lo había creído, que hacía falta ser muy tonto para no darse cuenta de que Joss era su madre... Tom mira su plato. Samy le dice que él también lo hace, decir cualquier cosa a la gente para que lo dejen en paz; que no se enfada y que entiende a Joss, a fin de cuentas; que en su lugar, él habría hecho lo mismo. Tom lo mira. Samy parece sincero. Qué alivio. Coge otro trozo de pizza.

Pero ahora que ha empezado, Samy no puede parar. Espera a que los helados estén servidos. Y le pregunta algo que no le deja vivir desde hace un rato. Tu cumpleaños, ¿qué día es? Tom se lo dice, con naturalidad, y le explica incluso que nació con un mes de antelación; y que quizá sea por eso por lo que es tan pequeño. En todo caso, es lo que Joss cree. Samy se echa a reír. Se levanta de la silla y besa a Tom en las mejillas. Se vuelve a sentar. Le cuenta que está tan contento que tiene ganas de llorar. Y es cierto, porque está llorando. Aunque, al mismo tiempo, sonríe.

Tom no entiende casi nada. Le parece que Samy está un poco chiflado, la verdad.

Un poco tarado.

En una palabra: grillado.

Pero, por lo demás, es un tipo muy majo. Lástima que a Joss no le caiga bien.

Tras el almuerzo, van a casa de Madeleine. Que abre su regalo.

—Ven pues que te bese, hombrecito mío.

Se seca los ojos y la gota que tiene en la punta de la nariz con la manga. Se quiere probar sus nuevas pantuflas. Se gira hacia Samy para que le dé el brazo y le ayude a caminar.

—Usted ya ha venido a verme antes, ¿verdad?

—Sí, las madalenas del otro día...

—Ah, ya. Buenísimas. ¿Podría quizá traerme más, la próxima vez? Sería muy amable de su parte. Me encantan.

Sonríe y acto seguido le sirve un vaso de ratafía. Se bebe el suyo de un trago. Tom cree que ya se ha repuesto, pero puede ser que ya no se acuerde del gato, como *Palurdo*, que duerme tan tranquilo en la cesta, como si el *Polilla* no hubiera existido jamás. Le parece raro. Pero tiene una ventaja, por lo menos: que ni Madeleine ni el perro piensan ya en morirse ellos también.

Samy lleva a Madeleine a dar la vuelta a la casa.

Y Tom, discretamente, se va a la tumba del *Polilla* a dejar una flor. Una manera de decirle que él no lo ha olvidado.

44

LA PARTIDA

Tom mira cómo Joss prepara sus cosas. Ella, excitada, no para de hablar. Súper excitada. Le dice que volverá en una semana, como mucho. Que no tiene de qué preocuparse. Que ella va a estar en casa de una amiga. Porque —no veas, qué potra— vive justo enfrente del sitio donde ella tiene que ir. Y la ha invitado. Muy maja, ¿no?

—¿Te podré llamar por teléfono?

—Ah, sí, eso espero. He apuntado el número en alguna parte.

Busca en su bolso. Lo vuelca sobre la mesa: una montaña de trozos de papel, de monedas, de bombones pegados, un lápiz de labios rojo, un llavero-linterna, lápices con la mina rota, una caja de mini tampones, un paquetito de pañuelos de papel, un tubo de aspirinas, los documentos de identidad, cerillas... Bueno, de todas formas, tampoco es el momento. No quiere agobiarse por tonterías. Primero tiene que terminar de hacerse la maleta. Antes de cerrarla, Tom le da el regalo que le ha preparado. Ella lo mira, sorprendida. A él le da corte, así que le dice que prefiere que lo abra más tarde, después de la operación.

Ya está. Lista.

—Ah, mierda, me he olvidado de buscarte el número de teléfono. Escucha, ahora no tengo tiempo. Pero le dejaré un mensaje a Lola. Hace días que no hablamos, pero me lo debe, la golfa esa. Sólo tienes que pasar por la peluquería a pedírselo. Ah, también te he dejado un poco de pasta en la caja negra, por si acaso. Pero, ¿no te hará falta, verdad?... Ahora estás bien, ¡con todo lo que ganas en el mercado!

Tom sonríe a medias. Ella le pellizca las mejillas, lo

besa y le hace cosquillas en el cuello.

—Mi pequeñito...

Él la abraza.

—No me vas a conocer cuando vuelva. Quizá ni siquiera me quieras ya...

Él se encoge de hombros. Se aguanta para no llorar. Ella ata la maleta al portaequipaje del vespino.

—Mamá, quiero decirte una cosa. Samy, sabes, el amigo con el que estás enfadada... Sabe que eres mi madre.

—¿Se lo ha dicho Lola?

—No sé.

—Y tú... ¿tú has hablado con él?

—Sí, un poco...

—¿Te ha preguntado la fecha de tu cumpleaños, por casualidad?

—¿Por qué?

—¿Te lo ha preguntado?

—Mmmm.

—Y se la has dicho.

—Sí.

—Qué listo. En fin... algún día tenía que pasar. Me piro. Voy a acabar perdiendo el tren.

Se pone el casco y arranca el vespino. Acelera. El tubo de escape humea. Y ella grita mientras se aleja:

—Dile a tu padre de mi parte que es un...

Tom no entiende la última palabra. Aunque tampoco está seguro de haber entendido el resto. Bueno, de hecho, sí. Se queda quieto un momento, mirando la carretera vacía. Ya no hay humo ni ruido de motores. Todo se deshace. Ahora hace falta que él recomponga las piezas sueltas.

45

DESPIERTE

—Jocelyne... despierte... ya está.

La voz suave del anestesista, como una caricia al oído, y la musiquita de Bach, allí al fondo. Debió de comprar el CD de nuevo. Ha hecho bien, es muy bonito. Ella no quiere abrir los ojos todavía. Sólo quiere oír su voz hablándole, llamándola suavemente, como suplicándole...

—Jocelyne...

Hace mucho que nadie la llamaba así. Quizá nunca. En los documentos de identidad, sólo. Va a pedir que a partir de ahora no la llamen de otra manera. Es dulce. Es como si tirara de ti. Un nombre de chica de verdad...

—Despierte, señorita Jocelyne...

Intenta abrir los ojos. Pero le da miedo que deje de hablarle. Así que alarga el momento. Todavía un poquito más...

—Ha ido todo bien... ¿Me oye?

—Mmmm...

—Bien. Tómese su tiempo... Enseguida vuelvo...

—No... Siga hablándome... por favor...

La mano roza su brazo. Un soplo de aire fresco barre su piel al desplazarse. Ya está. Se ha ido. Sólo queda la música de Bach. Ella se deja llevar.

Una hora después, Joss está completamente despierta. Se mira el vendaje. Su torso parece más estrecho. Como el de una niña. Como cuando tenía diez años y no le habían crecido todavía. El cirujano llama a la puerta y la abre al mismo tiempo. Tras él, una nube de ayudantes.

—Bueno, pues bien, espero que esté satisfecha. Le he dejado dos huevos fritos, como me pidió.

Ella sonríe. Él no.

—Nos veremos dentro de unos días. Mientras tanto, no se mueva mucho, no coja peso, en resumen: movimientos, los menos posible. Cuento con usted.

Sale tan rápido como entró. Joss cierra los ojos. Quiere dormirse otra vez. Para poder despertarse de nuevo y sorprenderse otra vez de que no es un sueño. Por fin va a vivir como ha decidido. Ya no sufrirá más su estúpido destino. Está adormilada. Piensa en Tom. La invade una ola de ternura. Lo abrazaría fuerte contra ella, ahora mismo, a su pequeño, pequeñito Tom. Extiende el brazo para coger el bolso de la mesa y mirar su foto. Pero el dolor la frena, brutalmente. Es tan fuerte que se le saltan las lágrimas. En ese momento, entra una enfermera.

—Y bien, ¿qué tal está mi señorita?

—Me duele.

—No se preocupe. Le voy a dar lo que necesita.

Le acaricia la mano, sonriendo amable. Joss se siente mejor. Mira cómo se va y se pone a soñar. En su futuro trabajo, cuando ella también lleve esa blusa blanca. ¿O rosa? ¿O azul? Quizá haya alguna diferencia… Tiene que acordarse de preguntarlo. Se pondrá a estudiar todavía más en serio a partir de ahora. Está claro que va a ser duro. Las va a pasar canutas. Pero quiere conseguirlo.

Se lo promete mientras se duerme.

46

CANCIÓN INFANTIL

Tom recoge varios kilos de tomates del huerto. Van a empezar las conservas. Madeleine está sobreexcitada. Dirigiendo las operaciones. Desde su carretilla, bastón en mano, da las órdenes: «ahí, los tomates especiales, con forma de pera, de corazón, de pimiento; los negros, los amarillos, los verdes, los rojos... en esta cesta. Cuidado, ¡desgraciado! Vas a echarlos a perder... Y en esta cesta, los más normales, los feos, los machacados... los que van directos a la sartén».

Ahora, quiere ayudarle a pelarlos. Tom la sienta en el patio con todo el material a su alcance: cuchillo, colador, barreño, cacerola. Discuten la receta. Cómo mejorarla. Tom propone añadir calabacín; tiene demasiados, sería una buena forma de aprovecharlos. Ella está de acuerdo.

—Y luego ajo y cebollas.

—Y mejorana.

—Ah, sí, eso huele bien. A Joss también le gusta.

—Y una cucharada sopera de azúcar.

—O de miel.

—Sí, tienes razón. Vamos a probarla.

Samy llega a mediodía. Ya ha terminado hoy el curro y no tenía nada que hacer, ni ceremonias que preparar ni cuerpos que ir a buscar. Viene a ayudarles. Tom lo mira un poco de reojo. Dos horas después, llenan los tarros y los ponen a esterilizar. Madeleine pide la botella de ratafía y le sirve un vaso a Samy. Aprovecha para echarse uno pequeño, adentro. Luego cierra los ojos y se pone a cantar. Con su voz temblorosa y ronca. Samy y Tom bromean. No

entienden una palabra de lo que está diciendo y se lo hacen ver. Ella abre los ojos, enfadada. Les dice que no entienden nada porque es una canción ¡extranjera! Pero que se lo va a contar: Nanynka va a recoger hojas de col; las pone en una cesta. Pero llega Pépitchek y lo tira todo. Así que ella le dice que tiene que pagar lo que ha hecho... Que tiene que pagarlo... Madeleine inclina la cabeza, señalando con el dedo...

Ty, ty, ty
Ty, ty, ty Ty, ty, ty
Ty to musish platiti

Samy y Tom la escuchan hasta el final, sin moverse. Al acabar, abre los ojos y, sonriendo, los mira. Le ha sentado bien recordarla. Es una canción de cuando era pequeña. De la edad de Tom. Ella tampoco, tampoco levantaba mucho más de un palmo. Es como si viera a su madre, inclinándose con la cabeza, apuntándola con el dedo amenazante... «Ty, ty, ty... Ty, ty ty... Ty to musish platiti...» Madeleine se divierte imitándola. Y llora al mismo tiempo. Samy y Tom no se atreven a interrumpir sus recuerdos de hace más de ochenta años. No entienden gran cosa. Palabras extranjeras, como ella dice, tan alegre. Pero ¿en qué idioma? No tienen ni idea. No dura mucho, está agotada. Y, como le viene pasando cada vez más a menudo, se duerme de repente.

47

TSUNAMI

Tom y Samy se quedan un momento en silencio. Están un poco emocionados por quedarse solos, sin saber muy bien qué decir. Tanto más cuanto que Samy todavía no sabe que Tom sabe. Tom decide hablar.

—Mamá se ha ido.

—¿Ah?

—Para operarse.

—Mierda, no sabía que estaba mala...

—No. No es porque esté mala. Es por otra cosa. Pero prefiere que no diga nada. Ni a ti.

—¿Ni siquiera a mí?

—A nadie. Ni siquiera a mi padre. Es más o menos lo que me dijo al irse, así que...

—Ah.

Samy se toma unos segundos para reponerse. Y tratar de controlar el tsunami que lo sacude de la cabeza a los pies.

—Bueno, vale. Pues no hablamos entonces, Tomasito mío.

Le pasa la mano por el pelo; se lo despeina riendo. A Tom eso lo desespera. Con el tiempo que se pasa él delante del espejo cada mañana, intentado domar sus puntas... Es rara la manía que tienen todos los adultos de hacer lo mismo. Cuando él sea adulto no lo hará, porque está seguro de que se acordará siempre de lo que jode.

Tom llama a la peluquería. Contesta Lola. Sí, Joss ha llamado esta mañana y ha dejado un número donde encontrarla. Se lo dicta. Y luego le hace algunas preguntas, como si nada, sobre lo que está haciendo... si no se aburre

solo… si ha visto a Samy estos días… Ahí, murmura un vago sí. Entonces le pregunta si por casualidad… él no le habrá comentado una cosa, una cosa un poco importante… a propósito de Joss… Tom responde: «No, para nada.» Ella: «Ah. —Y luego— Bueno.» Parece decepcionada. Tom cuelga. A él también le parece un poco golfa, esta Lola. Pero no dice nada. Para no enfadar a Samy. Descuelga otra vez.

—¿Podría hablar con Joss, por favor?

Escucha cómo la llaman… «Jocelyne! Tu hijo al teléfono…»

—Hola, Tom.

—Hola, mamá.

—¿Qué tal?

—Bien. ¿Y tú? ¿Te duele?

—No mucho.

—¿Y estás contenta?

—Sí.

—¿Has abierto tu regalo?

—Sí, aquí lo tengo. Es justo mi talla.

—Me gustaría verte, ya sabes.

—Está demasiado lejos. Y de todas formas, vuelvo la semana que viene.

Tom se tapa la boca para hablar con discreción.

—Samy dice que me lleva, si tú quieres.

—Ya veremos. ¿Le has dicho lo que te dije que le dijeras?

—Más o menos…

—¿Y cómo se porta contigo?

—Amable.

—¿Mucho?

—Sí.

Rompe a llorar, despacio.

—¿Por qué lloras, mamá?

—Por nada… Tengo miedo de que lo quieras más que a mí, sólo eso…

—¡Qué dices!

Ella se suena.

—Tengo que dejarte. Mi amiga quiere telefonear. Besos, Tomasito mío.

—Besos, mamá.

Tom se gira hacia Samy, le extiende su móvil.

—Le he dicho que tú estabas de acuerdo en llevarme mañana a verla.

—Ah, vale... Bueno, voy a espabilarme con mi jefe, entonces.

Madeleine se despierta sobresaltada y gritando... ¡Los tarros...! ¡Los tarros! Sin la ayuda de nadie, se levanta, camina rápidamente hacia la casa y apaga el fuego bajo el barreño.

—No se puede contar con nadie. Siempre pasa lo mismo. ¿Estás de acuerdo, *Palurdo*? Oh, tiene razón, el pequeño, te va bien el nombre este. No tienes por qué cabrearte. Venga, ven, vamos a charlar nosotros dos. Pero es que está sordo como una tapia. Yo hablo y no se entera de nada de lo que digo. Qué pena...

Sale al recibidor.

—Bueno, ¡chicos! ¿Venís a ayudarme? Quedan cosas por hacer. ¿Creéis que estáis de vacaciones o qué?

Samy y Tom la miran, sorprendidos.

Todavía se mantiene en pie, la vieja Madeleine.

Está claro que todavía no piensa soltar el bastón.

48

RECONOCIMIENTO

Samy le propuso a Tom irse a vivir con él hasta que Joss volviera. Tom le contestó que se lo iba a pensar; pero que por esa noche, le parecía bien. Había tenido pesadillas la noche anterior y no le apetecía nada quedarse solo en la caravana. Desde que llegó, recorrió el apartamento entero. Probándolo todo. Los interruptores, los tiradores de las puertas, los grifos, la tapa del váter..., y, sobre todo, la puerta de entrada, de madera de verdad, con una verdadera cerradura, eso le gustó. Le pareció raro que el apartamento estuviera tan vacío. Y pensó que así debía de ser también en una celda. Aunque a Samy no se lo dijo.

Él durmió en la cama grande y Samy sacó su viejo saco de dormir y se acostó en el suelo del salón. Al día siguiente se levantó temprano para ir a ver a su jefe. En principio no había trabajo, pero eso podía cambiar en cualquier momento. En una funeraria nunca se está a salvo de que alguien pueda llamar, le dijo Arnaud, entre risas. Samy le propuso estar disponible durante todo el día y listo para empezar en cualquier momento. Arnaud aceptó. Samy dejó a punto el coche, colgó detrás la funda con el traje negro, corbata negra y camisa blanca y entró a buscar a Tom. Estaba en la ducha. Y allí siguió un buen rato.

—Súper buena, el agua. La temperatura justa. No como en casa, en la caravana.

Ya en la carretera, se pararon en una gasolinera. Samy aprovechó para comprar las madalenas de Commercy para Madeleine, y Tom un paquete de fresas Tagada, sólo para él.

Tom llama al timbre. Jocelyne abre. Lleva el vestido que le

regaló él. No se esperaba verlo para nada ahora, así que se queda un poco tiesa. Tom se le acerca, pero no se atreve a tocarla. No sabe dónde poner sus manos, no quiere hacerle daño. Ella le da un beso en la frente.

—Tomasito mío…

Como siempre que ella le habla con dulzura, se le hace un nudo en la garganta.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Me ha traído Samy.

—Ah, sí.

—Se ha quedado abajo.

—Buena idea. De todas formas no me apetece verlo.

—Ya lo sé, mamá. No pasa nada.

Al cabo de una hora, es ella la que decide que es el momento. Quiere hacer el esfuerzo. Sólo cinco minutos, no más. Por Tom, claro. Y además es la ocasión para ver qué efecto produce en un hombre su nuevo pecho. Le da cague. Es como un estreno. Se encierra en el cuarto de baño, se peina, se pellizca las mejillas y se sopla por dentro del vestido. Y muy lentamente se da media vuelta, para verse de perfil, endereza la espalda y mete la curva de los riñones. Se aguanta el gemido; es demasiado pronto todavía. Le apetece decirle a Tom que ha cambiado de idea, que no quiere ver a nadie y menos a Samy. Pero recuerda la expresión que tenía en la cara hace un momento. Le va a dar un bajón. Se vuelve a mirar en el espejo, de cara esta vez, y sale.

Tom corre delante. Ella camina despacio, con precaución, y se para frente a Samy, sin tenderle la mano.

—Hola, Samuel.

No parece sorprendido.

—Hola, Jocelyne.

Ella sonríe ligeramente.

Se sientan en la terraza de un café, bajo una sombrilla; los tres se quedan un momento en silencio.

Pero Jocelyne no aguanta más, y mira a Samy por encima del vaso.

—Y ¿entonces? ¿Qué te parece?

Mira primero a Tom, antes de contestar.

—Te sienta como un guante.

—¡No hablo del vestido!

—Me da un poco de corte hablar de eso... Evidentemente, sé que hay algo que ha cambiado... Pero ¿qué, exactamente? ¿El vestido? ¿Tus ojos? Tengo la impresión de que no tienen el mismo color que antes. ¿O quizá es que antes nunca me había fijado? Pero ¿es posible también que ya no te vea igual... ahora que está el chico? No sé. Es difícil saberlo.

Jocelyne se encoge de hombros. Y tuerce el gesto. Demasiado pronto también para levantar los hombros. Le da un beso a Tom, le pellizca las mejillas y le hace cosquillas en el cuello. Luego se levanta con mucha precaución y se aleja, despacio. Casi como una vieja dama.

49

ASALTO

Tom decidió quedarse finalmente con Madeleine toda la semana. Estaba muy cansada, con dolores cada vez que se levantaba de la cama, por eso le preocupaba dejarla sola. Le daba miedo encontrársela de nuevo tumbada en medio de las coles, como la primera vez. Samy lo aceptó. Le ayudó a ordenar el desbarajuste e instalar una cama. Luego ajustó la fontanería del cuarto de baño: cambió los grifos de la ducha y puso un regulador con un termostato y un tope de seguridad a 38°. Tom se quedó. El agua tenía justo la temperatura adecuada, lo que le pareció súper bien.

Al final del día siguiente, Samy lo llevó a buscar sus cosas a la caravana. Pero cuando llegaron, la puerta grande estaba abierta. Todo estaba revuelto, tirado por el suelo, pisoteado, destrozado. La ropa, los cuadernos del cole, los libros, todo... Tom se acurrucó en los brazos de Samy. Por primera vez. Y Samy lo abrazó fuerte, de golpe se sentía papá, algo que le emocionó muchísimo. Al final decidieron salir para pensar con más calma. La puerta estaba rota, podía entrar cualquiera. Tenía que llevárselo todo. Samy se fue a por unas cajas y llenaron el coche fúnebre. Antes de irse, Tom reptó debajo de la caravana y cogió la caja negra. Decidieron no avisar a Joss, por el momento, de lo que había pasado. Lo sabría a su debido tiempo. Una vez en casa de Madeleine, apilaron las cajas en el antiguo gallinero. Y Tom aprovechó para enseñarle a Samy el baúl con todos los cómics. No puso muy buena cara; le recordaba a algo, pero no sabía muy bien qué...

Samy se quedó hasta tarde, ese día. Y Tom estuvo llorando bastante. Madeleine comprendió que había pasado algo. Insistió para que se lo explicaran. Se levantó de la

cama, cogió a Tom del brazo, y lo meció cantándole una canción infantil. Y luego le dijo que a ella también, que un día se lo habían robado todo. Pero que no había que llorar, hombrecito. Vas a gastar lágrimas para nada. Ella, ella había llorado toda su vida como una madalena. Y de qué le había servido todo eso, pues para tener los ojos siempre empapados y un nombre de bollo... menudo negocio. Pero ahora, se había terminado para siempre. Gracias a que había ido a dar con ellos dos, sus dos encantadores niños...

Mientras decía todo esto, las lágrimas le corrían por las mejillas. Pero Madeleine no sintió nada. Sonreía muy en serio.

Tom y Samy se miraron. Pobre, seguramente estaba más *p'allá* que *p'acá*. Y no parecía que supiera el camino de vuelta.

50

JOSS ENCAJA

Iba a regresar dentro de dos días, así que era el momento de prevenirla.

Tom llamó a Joss para contarle lo del robo. Le dijo que él y Samy habían cogido todo lo que quedaba en la caravana y que lo habían dejado en casa de la abuela de un colega. Momento en el que Samy frunció el ceño, y a continuación le hizo señas de que quería hablar… «Espera, te paso a Samy, quiere decirte una cosa…» Samy le propuso, en el caso de que no encontraran otra solución, prestarle su apartamento unos días. Ella soltó una carcajada, y murmuró bien claro: «Pero por quién se toma el tío este…» Él no insistió. Decididamente, esta chavala es gilipollas, pensó, y colgó. No le dijo nada a Tom.

Dos días después, lo llamó para preguntar si podía pasar a coger las llaves. Era urgente.

Él se apresuró para volver y limpiar la casa, abrió las ventanas de par en par, pasó la bayeta a todo, lavó la taza del váter varias veces para asegurarse de que estaba bien niquelado, cambió el rollo de papel, las sábanas y bajó la basura. Apenas tuvo tiempo de volver a subir y meter sus cosas a saco en la mochila, y sonó el timbre. Repasó el apartamento entero, ella también, probándolo todo: los interruptores, el chorro del agua, los tiradores de las puertas, el regulador de la ducha; todo le pareció bien. Un poco caro, el alquiler, ¿no?… Estaba de acuerdo, pero después de salir de la cárcel, tampoco estaba en una situación como para regatear. Ahora le gustaría encontrar algo más grande. Para montarse un taller, hacer algo de bricolaje, … y también para que Tom pueda tener su habitación…

Ella refunfuñó.

—No hay prisa.

—Ya. De todas formas, tampoco tengo dinero suficiente todavía.

Enseguida le propuso... ¿un té? ¿zumo? ¿cerveza? Ella aceptó la cerveza. Y se echó a llorar. Samy lo achacó al robo. Ella no lo desmintió. No tenía ganas de contarle lo que le había pasado una hora antes, cuando llegó a casa de su novio, el jefe del invernadero. Esa horrible impresión de haber recibido una puñalada en la espalda... porque le dijo que, sin pecho, no la quería para nada...

Difícil de encajar.

Qué cenutrio. Los coleccionaba, decididamente.

Pero iba a recuperarse.

Después de explicarle el funcionamiento de la casa, Samy le dio las llaves. Ella le preguntó cuándo iba a llegar Tom. Y él le dijo que lo traería a la mañana siguiente, temprano, antes de ir a currar. Fue ya en el rellano de la escalera cuando le oyó murmurar, vagamente, gracias... Le dio tiempo a girarse, mientras la puerta se cerraba...

—De nada, Jo...

Clac.

—... celyne.

Un poco seco.

Pero la relación estaba progresando.

51

LA VIDA DE MADELEINE

Le costó, pero al final Tom consiguió encajar las piezas. Y le resumió la historia a Samy.

—Toda su familia murió en su país. En Bohemia, creo que me dijo. Y luego ella se fugó. Anduvo durante semanas, todo recto, sin saber adónde iba, de lo triste que estaba. Una noche, pasó la frontera y se vio aquí. Pero tenía que seguir escondida, porque estaban los nazis. Empezaba a hartarse de estar sola, sin poder hablar con nadie y llorando todo el tiempo. Un día, un perro se acercó a su escondite. Sin ladrar. Sólo le lamió la mano. Y se hicieron amigos. Era el perro de un pastor que llevaba a pastar sus ovejas por ese lugar. Al cabo de un rato, el pastor se dio cuenta de que ella iba siguiendo al rebaño, y creyó que lo espiaba. Así que se la llevó al interior del bosque, para matarla. Aunque al final, como vio que era maja cambió de opinión. Luego, se enamoró de ella. Se llamaba André. Tenía veinticinco años, como ella... Como mamá ahora... Le construyó una cabaña en mitad del bosque. Todos los días, iba a verla para llevarle de comer, regalarle flores y enseñarle francés. Se quería casar con ella después de la guerra. Estuvieron así unos cuantos meses. Hasta que un día, no volvió. Luego supo que lo habían fusilado por ayudar a gente a pasar la frontera. Ella estaba esperando un bebé y, una vez más, se vio sola. Por la noche, para comer, se acercaba a las granjas y robaba lo que podía de los muertos... ¿Mola, no? Como yo... Luego, dio a luz. ¿Te das cuenta, Samy? Dio a luz sola, en medio del bosque. Y tuvo que lavar al bebé con agua fría del río, lo secó con hojas, le hizo una cuna con ramas de castaño, y puso musgo para el colchón, y todos los días le tejía una colcha con hojas de avellano, para que estuviera

bien cómodo. Pero al llegar el invierno, le dio miedo que el bebé pudiera morir de frío, así que pidió trabajo en una granja, para poder dormir a resguardo, en el desván. Los granjeros dijeron que sí. Tres días después, llegaron los soldados. La granjera les juró que el bebé era suyo y se llevaron a Madeleine a un campo de prisioneros. Muy lejos. Durante mucho tiempo. Dos años, creo. Al final de la guerra, regresó. Estuvo buscando durante mucho tiempo la granja, hasta que la encontró de nuevo. Pero la granjera no quiso devolverle a su bebé. Ahí es cuando de verdad empezó a llorar como una madalena. Y se convirtió en su nombre. Mucho tiempo después, hubo el juicio y le devolvieron a su hijo. Pero era demasiado tarde: él quería a la granjera como si fuera su madre. Cuando se hizo mayor, se fue de casa y nunca más lo volvió a ver. Ea. Eso es lo que Madeleine me ha contado.

—¡Que triste, joder!... Oh, perdón.

—No pasa nada, mamá también habla así.

Samy termina de beberse el café.

—¿Te dijo cómo se llamaba su hijo?

—Sí, Dan.

—Ah.

Se rasca la garganta antes de añadir:

—Como mi padre. Tiene gracia.

Los dos miran al cielo. Hace bueno. Hay algunas golondrinas, volando, muy alto. Ni una sola nube.

—Y tú, ¿me contarás algún día cómo era la prisión, papá?

—Mmmm... Ok, hijito.

52

VIAJE A ITALIA

Arnaud telefoneó.

—Samy. Tengo una noticia buena y una mala. Empiezo por la mala. Un pobre abuelo, cliente nuestro, se ha matado en la carretera, una estupidez, en el norte de Italia... Y ahora, la buena: ¡Irás tú a por él! ¡Qué potra tienes! *O sooole miiiiioooo... sta nfronte a teeee... O soole miiiiioooo...*

Samy llamó a la puerta. Abrió Joss. Le preguntó si estaba Tom. Y ella le dijo que había ido a por unas flores. Él miró a su alrededor. Había puesto cortinas en las ventanas, y dibujos en las paredes. Mucho más cálido. Él mismo se lo dijo. Ella se encogió de hombros y soltó un «¡ay!»; porque era muy temprano, y fue a buscar una cerveza a la nevera. La última que quedaba.

—La compartimos, ¿vale?

—Vale.

Se quedaron en silencio durante un momento. Luego le preguntó qué tal le iba con sus exámenes. Que era duro, le contestó ella, que le quedaba todavía un año para terminar el bachillerato, pero que pensaba hacerlo. A él le pareció muy valiente. Se hizo un segundo silencio. Más largo que el primero. Tímidamente, le habló del viaje a Italia y de su idea de llevarse al pequeño. Ella se puso seria. Él le dijo que eran sólo tres días... Ella, aun así, quería pensárselo. De golpe, se levantó y se metió, nerviosa, en la habitación. La oía cómo registraba. Un buen rato. Hasta que oyó un suspiro y volvió a salir, con el pasaporte de Tom en la mano. Uf. Qué bien.

Se marchó.

Se cruzó con Tom, que volvía, con un gran cubo de

basura lleno de flores. Le dio la noticia y Tom le saltó al cuello.

Pero, enseguida, preguntó.

—¿Y Madeleine?

Samy se mordió el labio. Mierda, no lo había pensado. Es verdad que no era buena idea dejarla sola tanto tiempo. Tenían hasta mañana por la tarde para encontrar una solución. Pero no había que hacerse ilusiones, en tan poco tiempo sería difícil. Cada uno se fue por su lado, de bajón. Normal.

A la mañana siguiente, en el mercado.

Tom llegó temprano, con los veinte ramos que había hecho. Sobre las diez, le quedaban sólo seis. Y sus mejores clientes, Archibald y Odette, seguían sin pasar. No quería que faltaran, tenía previsto hacerles un regalo. La nueva versión de su salsa, Tomtomate, esta vez con miel. Así que vigilaba el paseo. Y fue entonces cuando vio a Joss pasar por delante, sin pararse, seguir unos metros, girarse, y volver sobre sus pasos.

—¡Has crecido de golpe, mi pequeño Tom! Me acabo de dar cuenta. Si sigues así voy a tener que llamarte mi gran Tom. Aunque no pega nada, eso...

Le pasó la mano por el pelo y, riéndose, lo despeinó. Sin que él consiguiera evitarlo.

Había comprado buñuelitos en la panadería. Se sentaron codo con codo y se los comieron. Luego, le comentó que se aburría, siempre sola; que estaba harta de repasar las clases y de quedarse encerrada todo el día; que tenía ganas de volver a trabajar en casa de la vieja profe; ocuparse del jardín, cocinarle pequeños platos, leerle pasajes de las novelas Arlequín... Sentirse útil, vaya. Empezaba a echarlo de menos, la verdad.

La campana sonó a y media.

Los dos miraron al cielo. Hacía bueno. Algunas golondrinas volaban, muy alto. Ni una sola nube.

Y Tom le habló de Madeleine.

53

SI LOS SÍNTOMAS PERSISTEN

Durante el trayecto, Joss dejó bien claro que si aceptaba ocuparse de la abuela iban a ser servicios mínimos. Primero, porque no podía cargar nada de peso, con que, si se caía de morros, no iba a poder levantarla. Y segundo, tenía prohibido tocar la vajilla... Samy y Tom se aguantaron la risa... Porque, dijo con los brazos tendidos hacia delante —hizo el gesto para mostrárselo y gritó «¡ay!» al mismo tiempo— era demasiado pronto todavía, ya lo veis, los puntos todavía duelen. Y, por último, el año pasado ya había conocido a la Madeleine esa, y no fue nada bien; era muy cargante. Tom sugirió que quizá había cambiado desde entonces... Joss dijo que le extrañaba. Y empezó a dudar del proyecto.

Madeleine se puso gruñona. Cuando los chicos le hablaron de su viaje a Italia, les dijo que estaba contenta por ellos, pero que igual cuando volvieran ella ya no estaba. Una cosa menos. Y de todas formas, estaba harta de todo. Eso les conmovió. Así que Tom le explicó que sólo se iban tres días y que Joss estaría con ella todo el tiempo. Que no hacía falta, dijo, que ella ya había pasado sola tres cuartas partes de su vida, y que ni ella ni el palurdo de su perro necesitaban a nadie. Marchaos ya. Y se recostó, volviéndoles la espalda. Joss miró a Tom, como diciéndole: ves, si yo tenía razón...

Se fueron al momento.

Pero tampoco les quedó otra. Joss los puso en la calle. Decidió de golpe hacerse cargo. La vieja era una chinche, vale, pero era una buena oportunidad para entrenarse en su futuro oficio de enfermera. Aprender a ser paciente con los

pacientes... era algo que le faltaba, y además, especializarse en geriatría no era mala idea. En esa rama no había mucho peligro de quedarse en paro. Bastaba con mirar alrededor. Había viejos por todos sitios. Así que cogió el toro por los cuernos y se puso a elegir los medicamentos. Una bolsa entera y varias recetas. Le costó desentrañarlo todo, porque los nombres de las cajas no coincidían con las recetas. Productos genéricos. Pero había algo que chirriaba. Y al final lo entendió: Madeleine se equivocaba en las dosis, lo que a la fuerza incidía en su salud. Echando un ojo a los prospectos, llegó a la parte de los efectos secundarios: Somnolencia, depresión, cambios de humor, ausencias, inflamaciones de los miembros inferiores, etc... Si los síntomas persisten, interrumpa las tomas y avise a su médico.

A la mañana siguiente, Madeleine estaba mucho mejor, sin que Joss hubiera avisado a nadie. Ella lo sabía. No hacía falta.

Las piernas de Madeleine se deshincharon. Al contrario que su ánimo. Pudo caminar sin la ayuda de Joss, que no le ofreció su brazo para que se apoyara, procurando evitar cualquier desgarro. Dieron una vuelta por el huerto, y les sorprendieron las cuarenta tomateras. ¡Había como para un ejército! Madeleine le dijo que Tom las había plantado todas. Y le contó la primera vez que se conocieron. La famosa tarde en que creyó que iba a morirse, sí, sola en medio de las coles, y llegó él, el hombrecito tan amable que la había salvado... Joss descubrió la otra vida de su hijo. Jamás habría imaginado que no lo conocía del todo. Fue como una breve sacudida.

—¿Por qué estás triste, pequeña Jocelyne?

—Por nada. Es sólo que me da miedo que mi hijo la quiera a usted más que a mí. Eso es todo.

Las dos se rieron.

Madeleine comprendió que Joss se estaba riendo de sus propios miedos y de su penas para evitar que se agrandaran demasiado y la aplastaran. Y pensó que le habría venido

bien a ella saber eso a su tiempo. No habría gastado tantas lágrimas, quizá.

Además del vestido que Tom le había regalado, Joss venía sin nada más a cuestas. Así que Madeleine la mandó a buscar tela al desván, donde había un gran baúl lleno. Los retales de su oficio. Joss escogió el que quiso, y luego se quedó mirando alrededor, por curiosidad. Sobre un montón de viejos cómics, encontró un cuadro y le dio la vuelta para ver la foto. La impresión le duró unos segundos. Era una foto de Samy, doce años antes, cuando se habían conocido. Fue como si le pellizcaran el corazón. La verdad es que no estaba nada mal... fue normal que cayera. Aunque más abajo, con tinta blanca, se leía: Dan, 18 años (1960).

Luego bajó con la tela.

—La foto de ahí arriba, es de...

—Hace un montón de tiempo que no subo ahí arriba a mirar. Ya no me acuerdo de lo que hay. Antiguallas, seguramente.

Joss no insistió.

Y Madeleine le mostró cómo utilizar la máquina de coser. Hacía más de veinte años que no lo hacía. El sonido la trasladó mucho tiempo atrás; y se secó la nariz con la manga.

Costura.

Joss cortó la tela. Y dijo...

... que le dolía que los hombres ya no se giraran al verla en la calle, que ya no la miran con ese aire goloso.

... Incluso la mirada de las mujeres había cambiado. Ya no la miraban como una rival en potencia, sino como una niñata como tantas otras. Era un poco flipante.

Enhebró una aguja.

... Por un lado —Mmm... clac, cortó el hilo con los dientes— eso la relajaba. Y bueno, para eso había decidido operarse. Pero por el otro, le daba la impresión de que ya no existía. Era difícil encontrarse a sí misma. Hizo un nudo y levantó la vista hacia Madeleine. Que apenas movió la

cabeza, nada más, como ella no había tenido nunca nada más que dos peritas pequeñas, en verdad no tenía ninguna opinión al respecto. Y Joss empezó a hilvanar.

Cosido el último botón, se puso la camisa blanca y se subió a una silla para mirarse en el espejo de encima del lavabo. Todavía no había empezado a estudiar, pero ya tenía el uniforme. Y le quedaba bien, le pareció. A Madeleine también. Muerta de risa, ahora ya sólo le faltaba ponerse enferma, le dijo.

Joss la miró frunciendo el ceño.

—Tampoco hay que pasarse... Eh, Madeleine.

54

AY

Momo, el furtivo, llegó poco después, con su coche.

Traía un faisán listo para cocinar. Como es natural, quiso saber si la liebre que había traído la última vez salió buena. Pero Madeleine no recordaba habérsela comido... Él lo atribuyó a la edad. Él, cuando se olvidaba de algo, era porque había bebido demasiado. Cada uno tiene sus debilidades, se dijo.

Joss le preguntó si de vuelta la podría dejar en el pueblo. Él aceptó, aunque quiso también ponerla sobre aviso. No le aseguraba que pudiera volver a traerla. *Pos* a mediodía no solía estar muy fresco. Y se organizaba a su manera. Aparcaba el coche delante del café, en la plaza que tenía reservada, le daba las llaves al dueño, pagaba su ronda y luego se iba en bici, zigzagueando, claro, pero aun así era menos peligroso que en coche. Y a Marie-Rose, su mujer, la sangre no le hervía tanto.

Joss le dijo que encontraría una solución. En el peor de los casos, volvería en autostop. Hizo sus compras, pasó luego de nuevo por el café, y en efecto constató que Momo ya no estaba sereno. Así que sacó el dedo al primer coche que pasó. Archibald y Odette pararon. Joss no se sintió demasiado cómoda. Tom se había pasado meses trapicheando en su huerto, eso sin contar las noches que se ponía debajo de las ventanas —y ella con él, por cierto— para ver la tele, y comerse las manzanas de su despensa... Es difícil que nunca se hayan dado cuenta. Pero no han dado a entender lo contrario. Apenas le han preguntado por su pequeño... Muy bien, gracias... ¿Está de vacaciones?... Sí. En Italia. Con su padre.

Al llegar, Madeleine insistió en darles una vuelta por el

jardín, y Archibald se quedó asombrado delante de las matas de tomates que, en realidad, eran suyas. Los dos le parecieron muy majos y les regaló una de sus conservas caseras. Archibald leyó la etiqueta: «Tomtomate». Y levantó las cejas. Luego le pasó el tarro a Odette, que reaccionó con la misma discreción. Antes de que se fueran, Madeleine los entretuvo todavía un rato más explicándoles la manera de recoger las pepitas:

—Corten en dos los tomates, bien maduros, y los dejan en un bol durante dos o tres días. Luego quitan la capa blanca, los pasan por un colador hasta que sólo queden las pepitas y las ponen en un plato a secar. ¿Lo ha entendido, señor Archibald?

—Sí, sí. Muy interesante, gracias.

Después de que se fueran, Madeleine le comentó a Joss lo divertida que era la forma de hablar del señor Archibald, que ella también había tenido un acento así cuando llegó. Pero que era durante la guerra, y que había que evitar dar la nota. Así que trabajó duro para eliminarlo. André, su pastor, le ayudó. Y añadió que, últimamente, pensaba mucho en él. Incluso por las noches, en sueños. Y que eso, seguramente, era una señal de que pronto iba a reencontrarse con él...

Joss levantó los hombros y soltó un profundo «ay», claro.

55

POETA, POETA

Los chicos regresaron de Italia.

—Os habríais reído mucho, las dos, si hubierais estado allí. Samy intentando hablar en italiano, es que es demasiado… *Uno caféééé è uno chocolato para el bambino…* Se cree de verdad que habla bien. La gente se reía, pero por lo menos lo entendían. Y luego, hemos hecho un montón de kilómetros por el campo, con unos paisajes muy chulos. Las casas, sabéis, no son para nada como las de aquí. Los techos son más… bueno, que son distintas. Y hemos dormido en dos hoteles. Con cuartos de baño que tenían siempre botellitas de champú, de gel de ducha y un mini jabón. Según Samy eran regalos para los clientes. Me los he traído. Vais a ver, huelen muy bien. Ah, y ya ves, también hemos ido a un montón de restaurantes. Hemos comido pasta todos los días. Estaba súper buena, os lo juro. Eh, Samy, ¿a que es verdad?… Y los helados: ¡nunca había comido unos tan buenos!

Era como si tuviera estrellas en los ojos, cada vez que Tom recordaba esos tres días con su padre. Su primer viaje juntos. Estaba además muy contento por haber vuelto a ver a Joss y Madeleine, y de que se hubieran entendido tan bien. No era fácil, sobre todo por Joss. Pero ha cambiado mucho, últimamente. Y no físicamente… Además Madeleine tiene mejor cara. A lo mejor eso quiere decir que no se va a morir todavía. ¡Quizá llegue incluso a cumplir los cien! Cien velas en una tarta, sería de risa.

Samy le preguntó a Madeleine si no le importaba que hiciera un poco de sitio en el desván para montarse una habitación, y que Joss y Tom se instalaran en la de abajo.

«Como si fuera tu casa, muchachito», le contestó Madeleine tapándose la boca con la mano, pues seguía sin encontrar su dentadura.

Tom decidió dejarlo e irse solo. Se cruzó con la mirada de Joss, que sonrió, aunque se aguantó la risa: los puntos le dolían demasiado todavía. Es que era pronto aún.

En el desván.

Samy encendió la radio y empezó a limpiar y a elegir. Todos esos cómics tirados por el suelo, le sonaban de algo. Pero ¿de qué? De cuando era un crío, quizá. Se acordó, de hecho, de que su padre adorab... Pero no, claro, no podía ser. Así que pensó que ahora, cuando bajara, tenía que preguntarle a Madeleine de dónde habían salido...

Mientras, metió todo en cajas.

Y luego, puso la canción. Debía de ser la centésima vez que la escuchaba, pero nunca había prestado atención a la letra.

Sin saber cómo, se le abrieron los oídos.

Se puso de pie y la escuchó, sin moverse.

Respirando apenas.

Hablaba de un primer gran amor que había acabado mal, que había muerto mil veces y que, mucho tiempo después, renacía de sus cenizas y se hacía todavía más grande, más hermoso. Joder, fue como si estuviera escrita para él... Pero sobre todo eran las palabras que empleaba lo que le puso la piel de gallina: de principio a fin, los pelos de los antebrazos erizados.

Era la primera vez que le pasaba algo así.

Cuando acabó, se sentó de nuevo. La respiración, poco a poco, se normalizó. Y se dijo que si hubiera tenido potra, o mejor, no... si hubiera podido elegir... habría querido ser poeta. Habría escrito poemas que pusieran los pelos de punta cuando se leyeran. Y habría escrito uno así para ella, aquella nena, la de ahí abajo, cuando tenía trece años. A ella le habría molado. Como no podía ser de otra manera. Y quizá se habría quedado. Vete tú a saber...

Tom, pequeño Tom, hombrecito Tom
Barbara Constantine

Título original: *Tom, petit Tom, tout petit homme, Tom*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2011

ISBN: 978-84-322-9113-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com